

EDUARDO ACEVEDO DIAZ

**CRONICAS, DISCURSOS
= Y CONFERENCIAS =
PAGINAS OLVIDADAS**

PRIMER MILLAR

OVIDIO FERNANDEZ RIOS
DIRECTOR



CLAUDIO GARCIA y Cia. Editores
Calle Sarandí, 441
Montevideo

1908579. A333. A6

25416



Dibujo original de Buscasso

Ficha Biográfica

Eduardo Acevedo Díaz nació en la Villa de la Unión el 20 de Abril de 1851. Inició sus estudios en la Universidad de Montevideo, graduándose de bachiller y continuando en las aulas de Derecho, las que abandonó en 1870 para incorporarse al ejército revolucionario de Timoteo Aparicio. De temperamento combativo y pasional, vuelto a la paz, su inquietud y profunda vocación por las letras, lo incorporan a las actividades intelectuales, destacándose en el ciclo de conferencias de ciencia, filosofía e historia, patrocinadas en aquella época por el Club Universitario.

Se inicia en el periodismo político, fundando "La República", en cuyas columnas vuelca su fuerte pasión partidaria, de filiación nacionalista. En 1873, forma parte del cuerpo de redactores de "La Democracia", y en 1875, con Alberto Palomeque y otros jóvenes de idénticos ideales, funda "La Revista Uruguaya", en la que publica artículos tan apasionados contra el gobierno de la época, que le valen el destierro, en aquellos momentos que pasaron a la Historia con el nombre de *el año terrible*. Poco después, se alista en las columnas revolucionarias de la "Tricolor", teniendo destacada actuación en el combate de Perseverano. Derrotadas y dispersas más tardes las filas de la insurrección popular, vuelve a la Argentina, radicándose en Dolores, donde reinicia sus actividades periodísticas, redactando "La Constitución". En esa época constituye su hogar contrayendo enlace con una distinguida dama de esa localidad bonaerense. Vuelto más tarde al Uruguay, desde las columnas de "La Democracia", ataca tan violentamente a Latorre, que tiene

que emigrar del país obligado por peligrosas persecuciones, yendo a radicarse en La Plata, donde ejerce por unos años el cargo de Inspector de Escuelas. Regresa nuevamente a su patria en 1895, época en que funda "El Nacional", cuya campaña periodística, tenaz y combativa, culmina con el estallido de la revolución de 1897, pudiéndose decir, que su prestigio personal, y el calor apasionado de su prédica, fué el alma que inspiró uno de los episodios más significativos en la historia política de la República. Fué miembro del Consejo de Estado en 1898 y Senador desde 1898 a 1903. Profundas divergencias partidarias lo alejaron definitivamente desde entonces, de la acción política. Incorporado a las actividades diplomáticas durante el Gobierno del señor Batlle y Ordóñez, realizó una brillante y eficaz gestión, representando al Uruguay, en carácter de Ministro Plenipotenciario, en Estados Unidos, Méjico y Cuba, desde 1903 a 1906; en la República Argentina y Paraguay, desde 1906 a 1908; en Italia y Suiza, desde 1908 a 1911; en Brasil, desde 1911 a 1914; en Austria-Hungría y Suiza, desde 1911 a 1914. Si admirable fué su carácter y su talento como periodista, orador, parlamentario y diplomático, no menos extraordinaria fué su vigorosa condición de novelista, que lo destaca con originales relieves como a uno de los valores más puros y auténticos en las letras de América. Publicó en 1890, "Nativa"; de 1894 en adelante, "Brenda", "Grito de Gloria", "Ismael", "Soledad", "Lanza y sable", "Minés", "Epocas militares" y "El mito del Plata", varias de cuyas obras fueron publicadas también en ediciones de "La Bolsa de los Libros". Falleció en Buenos Aires, el 18 de Junio de 1924.

Perfil

Evocar a Eduardo Acevedo Díaz sin sentirse tocado de honda emoción, es desconocer una de las figuras más vigorosas que hayan tenido la política y las letras de nuestro país. Porque hablar de este hombre extraordinario, es adentrarse en un medio siglo de nuestra agitada historia política, y aproximarse a una labor intelectual de perfiles tan brillantes y calificados, que aun al paso del tiempo y de las escuelas, parece fortalecerse en un admirable remozamiento de valores. Porque nadie, que al filar de treinta años atrás, que se haya sentido vibrar por la pasión política, cualquiera fuera su credo; nadie que sintiera inquietudes espirituales y gustara deleites con la belleza superior de la literatura, pudo haber olvidado a este hombre singular, de resonante historia y de personalidad proteica y recia, no obstante el torvo silencio que lo envuelve. . .

Caudillo de multitudes, de personal jerarquía y atracción poderosa; político de carácter exaltado en la pasión y acometividad sin tregua; implacable y tonante con los déspotas; poseído iluminado en la fe de la de-

mocracia, fué en un momento de la historia, aliento ardiente en la acción, y alma en la gesta de montonera heroica, que con el guión de las rebeldías prendidas en las lanzas gauchas, abrió rumbos en la patria nueva. Y con la misma prestancia; con el mismo fuste y señorío, fué el realizador de una obra intelectual destacada y altísima en prestigios. Periodista de pluma aguda y concepto claro; fuerte en sus cláusulas y pragmáticas; de estilo afinado en su propio carácter, su temple recto y combativo, marcó sendas en la orientación pública, llegando a ser, su prensa, tribuna de encendidas pasiones, desde donde partiera un día el estallido violento de la Revolución. Orador de sobria elocuencia, dejó profundas huellas de su pensamiento e ilustración; pero donde magnificó su personalidad fué como novelista, de carácter nativo, suntuoso en el color y en la construcción; fiel a las ejecutorias tradicionales, a los ambientes y a las épocas; noble y humano en la sugestión de sus tramas, y vinculado en lo más próximo y naturalizado con la realidad documentada de la historia. Y más tarde, alejado de su patria (propio de su ingénita rebeldía, frente a profundos diferendos políticos), sustanció sus últimas actividades en la diplomacia, donde una vez más demostró su talento armonioso, su clara comprensión en el derecho internacional y una admirable y fina sagacidad para resolver con éxito y prestigio las cuestiones delicadas, anejas a su alta investidura plenipotenciaria.

La obra literaria de Acevedo Díaz es extensa y valiosa. Consagrada en forma definitiva por el juicio sereno de la crítica, que le ha dado categoría eminente en las letras de América,—y el que compartimos sin

reservas,—estas líneas están lejos, siquiera, de un simple análisis de ella. Sólo un ligero comentario, es el nuestro, como perfil inicial de estas páginas que la inquietud investigadora y huroneo anticuario de Claudio García, pudo descubrir en viejos archivos y publicaciones agotadas, que duermen en el fondo de los años y de los anaqueles, en la Biblioteca Nacional. Gracias a ella, podemos ofrecer esta edición, en su mayor parte, como el capítulo proemial, y poco divulgado de su obra, escrita con el amor vocacional de una juventud estudiosa y combativa. Porque en Acevedo Díaz, configuró el mismo núcleo anímico que diera brillo y reciedumbre a su personalidad, la ansiedad por el perfeccionamiento intelectual a la luz de todas las sabidurías, y una permanente renovación en el concepto social de la vida, lo que le diera lugar de ser uno de los más destacados ateneístas en aquella época de oro, en que las doctrinas filosóficas más encontradas pugnaban en brillantes controversias y en duelos literarios, donde a veces cruzaban sus limpias armas los caballeros cristianos y los soldados de la nueva fe del libre pensamiento y del racionalismo.

Y allí, campo propicio para los espíritus encendidos de ideales y de lirismos superiores, Acevedo Díaz campeó por el prestigio y renombre, los que más tarde llegaron a alcanzar definitivas resonancias en la historia. Y fué su juventud, admirable en arrogancia. En alto el blanco penacho, dibujada su recia figura con fuertes líneas de dignidad y señorío, con algo de altanería y prepotencia dominadora, y mucho del romántico empaque del “¿quién que es no es?” defendía con cálida unción las premisas que sustentaba, como

apostrofaba sátrapas o esgrimía su sable revolucionario en los trágicos entreveros de la Tricolor.

Y son de aquella época de tumultuosos sacudimientos para su espíritu, la mayor parte de los trabajos que se han compilado en este volumen. Páginas reveladoras de un temperamento afinado en fuertes emociones, y de una joven mentalidad, nada común, por su vasta preparación y capacidad de razonamiento. Porque Acevedo Díaz, en su potencia inicial, ya fué un victorioso y un rebelde. Así como su imaginación fué libre para arribar a todos los puertos de la belleza y alcanzar todos los horizontes del pensamiento; como su carácter batallador fué fácil a todas las solicitudes del sacrificio heroico y a todos los sublimes ofrecimientos de la sangre, así también fué de irreductible en la propaganda valiente de sus ideas y en sus orientaciones espirituales y filosóficas, aun en aquellas que, proclamadas sin eufemismos ni retaceos, provocaban reacciones sentimentales y herían de lleno a una época que alentaba los principios de su conducta en las rígidas sugerencias religiosas.

Leed, pues, este libro, en la seguridad de que muchas de sus páginas os serán desconocidas u olvidadas. Son la expresión de un valor puro en sustancia, con toda la sinceridad e influencia con que realiza ensayos de altos vuelos, un poderoso talento. Páginas de juventud, plenas de gracia, belleza y saludable frescura, labrada con inquietudes y rebeldías sobre la misma piedra de los tiempos. Páginas que brillan aún sobre las noches del pasado con la misma claridad con que alumbran los hachones en las capillas ardientes!.. Páginas de ayer que harán guardia de honor en el recuerdo de

una juventud gloriosa; porque la juventud de Eduardo Acevedo Díaz fué magnífica y armoniosa como una página ateniense, y en el correr de los años, su vida, —parábola deslumbrante en el valor, en la sabiduría y en el sacrificio—adquirió tan serenos perfiles y tal fuerza de sugestión evocadora, que ahondando en el pensamiento, parecería que el destino recorriera el telón de los siglos, para insinuarnos la escena donde Sócrates y Alcibiades sostienen el diálogo de la eternidad!..

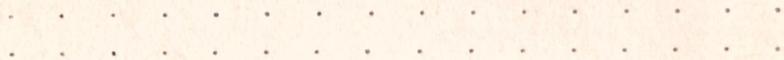
Ovidio Fernández Ríos

Parque Rodó. Diciembre 1935.

Los Orientales

(FRAGMENTOS DE UNA LEYENDA)

LA AURORA DE LIBERTAD



IV

En la infancia de los pueblos existen siempre esos hombres; cuando los pueblos sienten la aspiración generosa de la independencia, son inmensas savias que dan vida a gérmenes inmortales. Hoy pasarían desapercibidas almas de aquel temple, atravesando como oscuros transeuntes la región luminosa de la civilización.

La patria ha sufrido lo que ningún pueblo americano, por haber sido la que más condiciones reunía para ser feliz. La primera carabela que arribó a sus playas conduciendo al genio de las razas privilegiadas, chocó con el escollo terrible de la sublime barbarie, y de los despojos del naufragio lúgubre, hicieron un festín las indómitas razas del desierto.

La España caballeresca que acababa de humillar a Boabdil, quería también para sí la gloria de civilizar

un mundo; pero extraña civilización aquella que guiada por el aventurero, sólo se proclamaba sobre los ensangrentados escombros del Imperio de los Aztecas y de las tierras del Sol. Con el alma de Montezuma se escapó el alma de una raza inocente; con el alma de Atahualpa huyó el alma de una generación exuberante de vida.

Los belicosos charrúas, los agrestes yaros, los valerosos chanaes, ¿no componían otra raza humana que desapareció por el exterminio?

La *mansedumbre* de la religión católica convertida en martirio: he ahí el coloniaje.

El león de Iberia imponiendo silencio y terror a las sociedades de la barbarie, se asemejaba a aquel monstruo que asolaba la Grecia y que mató Edipo. Y sin embargo de todos sus despotismos, España es acreedora al reconocimiento del Nuevo Mundo.

En la patria de los Orientales, la corona de las Españas y la diadema de los Braganzas se disputaron el predominio. La España venció, y el coloniaje con sus leyes tremendas de opresión, volvió a la tranquilidad de las sombras. Pero la patria de Artigas estaba destinada a ser el circo de todos los gladiadores, la arena olímpica en que se venía a combatir por el premio de su riqueza.

El unicornio británico no tardó en presentarse, después de haber batallado largo tiempo con las águilas de Bonaparte; y en la batalla del Cardal, herido de muerte el dominio español, no demoró en perder la llave del vasto emporio trasatlántico: Montevideo!

Recobró después su disputada colonia, cuando Linniers pasando de nuestro territorio con un millar de

voluntarios, reconquistó Buenos Aires rindiendo al ejército de la Gran Bretaña: mas esa recuperación efímera de la Banda Oriental por el régimen español, sólo fué una tregua de los gladiadores en sus incesantes luchas. Pronto las tempestades de que estaban preñados los horizontes del porvenir, estallarían tremendas, y darían un vuelco al carro cargado de oro del coloniaje.

Parecía que nuestra patria era aquel jardín encantado donde se ocultaba el vellocino de oro, y Jaxones de los más remotos climas, navegando en nuevos Argos, venían presurosos, a arrebatarlo; pero al fin, cuando el vencedor, cuando el último adalid adornado con los despojos óptimos llegó a las puertas misteriosas de las americanas Hespérides, se atravesó el temible Dragón. Artigas enristraba la lanza, y con ademán siniestro, parecía decir: *de ahí no pasarás!*

La revolución de mayo, repercusión de las libertades de otro hemisferio, se erguía soberbia sobre las ruinas del virreinato, y celebraba, tal vez inconsciente, el festín de la fraternidad de los pueblos.

V

Artigas, señor y libertador de su patria, se declaraba el Protector de los pueblos libres, y los países del litoral respondían entusiastas al programa del guerrero, vinculándose por idénticas aspiraciones, y unciéndose al carro del triunfador.

Pero la tierra clásica de las hazañas, tenía que aprestar de nuevo a la batalla sus familias homéricas; la trompa de Agammenon resonaba en los valles y

los bosques; necesario era acudir a sus bélicos sonos. Nada era la sangre derramada, nada el sacrificio de la vida por la sagrada independencia. Volvían a la enrojecida arena los infatigables campeones; luego héroes, luego titanes. Cada gota de sangre caída sobre la cuna de los paladines, engendra un valiente; cada cadáver tendido en las cuchillas es un mártir!.. La poblada legendaria, hombres, mujeres y niños, marchan fervorosos sobre el sepulcro. ¡Qué importa morir! El derecho santifica el sacrificio; la historia inmortaliza su gloria. Ellos lo ignoran, pero presienten, adivinan, perciben que su muerte no es fatal; y que si la tumba se abre para pulverizarlos, menos hórrida la harán a sus ojos la fiebre y el delirio y la desesperación de sus almas. Corazones intrépidos enardecidos en la humareda de los feroces entreveros humanos, palpitan de viril entusiasmo, y el hierro movido por sus vigorosas fibras, hiere, mata, extermina, derramando la sangre impura en holocausto a la patria.

Sólo en esos momentos supremos de los pueblos, la chuza de Arminio fulgura y el casco de Vercingetorix resplandece con la luz del porvenir. Prosopopeyas del derecho se identifican con su misión; un oculto y sublime instinto los transforma y dignifica. Y los orientales batallaron con Artigas contra los obstinados conquistadores, y fueron desgraciados en sus heroicas lides.

La patria de los Treinta y Tres, el suelo fecundo de los Pelópidas americanos, desde los orígenes de su historia, fué la ergástula donde se citaron a muerte los hombres de valor, las nacionalidades aventureras, los ejércitos vagabundos en busca de las montañas de oro y de las razas inocentes.

Así pues, la oriflama de Fernando el Católico, el estandarte de Vasco de Gama, la bandera de la vieja Albion, el pabellón de Mayo y el auri-verde de Pedro I, flamearon sucesivamente sobre las ruinas del coloniaje oriental, hasta que acontecimientos extraordinarios devolvieron a una generación nueva y varonil, la cuna adorada de sus mayores.

Artigas había desaparecido del escenario americano y sepultándose en un inmenso sepulcro, el Paraguay, la Abisinia del Nuevo Mundo; y Carlos Federico Lecor en nombre de la dinastía de los Braganzas, toma posesión de esta patria abonada con la sangre de tantas nacionalidades belicosas.

Parecía muerto el espíritu de las grandes épocas, parecía que el pensamiento de Artigas, como él, fugitivo y desterrado, no existiera flotando sobre las campañas de sus glorias. Pero el amor a la independencia arraigado en todos los corazones, subsistía, se conservaba latente como el vapor bajo la tierra, que al fin se dilata, se expande, se hincha, se reconcentra, y rompe violento sus obstáculos despidiendo la chispa del incendio y la conflagración

Dormía, pues, el genio de las redenciones al regazo de una patria que en apariencia no existía: el sueño agitado del destino de los pueblos, lo despertará cuando suene la hora de las lides inmortales, y con su aliento sobrehumano, disipará la fatiga en el pecho de los campeones.

¡Ay del dominador!

Los héroes perecerán y renacerán como el fénix; las madres entonarán el canto de la leyenda, arrullando en la cuna al inocente; las esposas admitirán denodadas

la viudedad por la salvación de la patria; los vivos se inspirarán en los muertos; los ancianos llorarán sobre la tumba de los adalides, y los hijos del derecho prometerán una gota de sangre impura por cada lágrima que de sus ojos se desprendiera...

¡Ay del dominador!

Los Orientales, Anteos de la libertad y del desierto, tienen y veneran los bosques, los bendecidos altares de la patria bien amada; helenos-espartanos, tebanos-epaminóndidas, de improviso levantarán la enseña de independencia y rasgarán el pendón de la tiranía... ¡Alarma!.. El pensamiento de Artigas recorrerá el territorio como un furioso carro de guerra, y en cada uno de sus surcos, gota a gota irá cayendo la sangre impura! La saña cruenta de los altivos conquistadores, cederá ante la cólera grandiosa de los hijos del desierto, y el pabellón del extranjero se humillará ante el lábaro de la naciente libertad!..

El dios de las batallas como en la troyana contienda, arrojará su hórrido escudo a los Aquiles, y perseguirán al vencido como una eterna maldición, los esquilianos ronquidos de las cien trompas de la gloria!

El primer canto de una epopeya había concluído; Artigas muerto moralmente; un silencio precursor de las más negras tempestades, presagiaba la consumación del último canto. Etapa siniestra, tregua pasajera, reposo falaz, armisticio púnico; ese período de tranquilidad que medía entre la batalla del Catalán y la batalla del Sarandí, no tardará en fulminar desde sus borrascosas nubes el rayo de la guerra sagrada.

Las armas se amartillan en la sombra, las lanzas se fabrican en los talleres ignorados, las espadas y las

dagas se afilan en la piedra, en la misma piedra de los suplicios pasados; el gaucho desentierra proyectiles en el campo solitario de las viejas lides; y en el destierro, en el ostracismo cruel, los próceres, los caballeros andantes del ideal, los Campeadores Orientales, arrollan la bandera inmaculada que sólo ha de desenvolver sus pliegues al cariñoso beso de las auras de la patria.

Pero no ha sonado aún la hora del profundo delirio. Sumergido parece en letargo febril el pueblo subyugado, y sobre él enseñoreado y soberbio, vigila somnoliento el Argos de la conquista.

BATALLA DEL SARANDI

VI

En los tiempos heroicos, los homéridas errantes por los pueblos cantaban las leyendas de Illion a trozos aislados, y en las liras épicas; que se perdían hora a hora en la oscuridad de los días genesiacos, como si buscara en la tumba del genio y de la inmortalidad. Pero en aquellas épocas legendarias permanecía latente y sublime en su mismo sueño, el sentimiento de las orfeicas armonías o de las homéricas hazañas.

Así en la patria de los Orientales, cuna diminuta de los gigantes hechos y clásicas virtudes, sus treinta y tres libertadores, después de brillar en el abismo del pasado y eclipsarse humildes como su grandeza, en los horizontes de la humana vida: después de desaparecer uno a uno de la escena esquiliana para descender a la región de los inmortales, dejan en la memoria ca-



lenturienta del pueblo un recuerdo luminoso como el de la libertad que conquistaron, una reminiscencia de adoración y de respeto, de veneración y de culto, de gratitud y de ejemplo colosal.

Inclinémosnos. De esos sepulcros monumentales que encierran los huesos de los Pelópidas, brota la lívida claridad de una generación sacrificada por la patria y por el derecho, brota algo ignorado y tremendo que sólo reverbera en el fondo sombrío de la vieja historia.

VII

En la atmósfera de nuestros tiempos revolucionarios, flotaban ya los gérmenes morales de redención, formados por los poderosos alientos de Artigas. El pensamiento del audaz caudillo, echando raíces profundas, se había transformado en árbol de la libertad. Al pie de ese árbol de la suprema esperanza, los briosos corazones se impregnaban de extraños efluvios y buscaban en su savia regeneradora, patriótica inspiración.

Artigas ha hallado en la posteridad un anatema, de parte de aquellos que en él encuentran la impura fuente del caudillaje: El General Mitre decía en su historia de Belgrano: "es el prototipo de la democracia bárbara y de la segregación funesta" ¡Hé ahí lo que es el sentimiento nacional! Mitre no podía conceder grandeza patriótica a Artigas, porque el caudillo oriental, proclamaba la independencia de los pueblos litorales, fundaba un Congreso de los libres, y *no ha-*

cia más que convertir en hecho aquella decisión brillante de la autoridad de Mayo, que daba a las colonias el derecho de emancipación de la metrópoli y de constituirse en la forma de gobierno más adaptable a sus intereses colectivos.

Si Viriato fué la encarnación de una idea, Artigas no es un Atila; si Arminio fué la encarnación de un pensamiento nacional, Artigas no es un Breno.

El General Mitre no encuentra en el Libertador, sino un bárbaro de la civilización! Veamos: De las masas populares conmovidas, de la noche social agredida y soliviada, parten algunas veces de la espesura sombría, rayos de extraño fulgor: esos rayos originados en el foco hirviente de los sufrimientos, de los pesares y de las desolaciones, enseñan al hombre oscuro del pueblo los tortuosos senderos por do ha de encaminar sus terribles iras. Hé aquí el engendro siniestro de Artigas.

“Hay salvajes de la civilización, — exclamaba un gran pensador del siglo —, hombres de cabello erizado, que en los días lúgubres del caos revolucionario, andrajosos, desaparrados, feroces, aullando, con la pica elevada, levantando la maza. . . proclaman con furia el derecho, aun por medio del terror y del espanto; y eran salvajes de la civilización, y eran libertadores, reclamando el porvenir con la máscara de la noche.”

Artigas, descendiente de un sargento de Zaragoza, era uno de esos orientales fundidos en el molde de Marte, que tanto podrá admirar en la leyenda el cronista de las guerras.

Alentaban en él el espíritu del contrabandista y el genio agreste del guerrillero: la astucia del hombre-

centauro daba a ese espíritu la espontaneidad de desarrollo bélico y a ese genio la iniciativa sangrienta.

Tenía la nariz de Galba y la frente de Mario.

Artigas, en el ostracismo eterno, purifica su existencia; porque el destierro que para siempre nos aleje de las playas de la patria, debe ser un martirio que no se ahoga ni en sollozos ni lágrimas de sangre.

Ahora bien: al trasponer las fronteras uruguayas para perder su preponderancia bajo la cólera de Ramírez, el Protector de los pueblos libres veía morir bajo la opresión todas las redenciones conquistadas.

Los pueblos del litoral entraban a la noche turbulenta del caudillaje; su patria, la heroica Banda Oriental, volvía al tutelaje insolente de la conquista.

Un período brumoso se desliza del año 19 al año 25, como honda respiración de un pueblo fatigado, a semejanza del gladiador sobre la revuelta arena.

La patria esclavizada no había escuchado aún la voz independiente de sus hijos; todo aletargaba en un silencio de muerte; todo era mutismo, aislamiento, denegación; era este el sueño aparente de las nacionalidades varoniles. Si la mirada ansiosa penetra esa atmósfera de sombra, verá agitarse a los libres en el sigilo; verá removerse, unirse y aprestarse a todos los corazones atrevidos, para una segunda lid; verá a un pueblo pequeño, atormentado, disminuido, pero fuerte en la acción y el pensamiento, iluminado con las exhalaciones deslumbradoras del pasado, impelido por el más grandioso sentimiento innato, que jura perseverar por los manes de sus héroes, que se alimenta y vive del recuerdo, esperando el advenimiento de un día majestuoso y solemne para la libertad. Allí se detiene,

en esos centros ignorados, el dolor del patriota que gime en extranjeras playas; allí se pronuncia el nombre de Artigas y se mantiene pura la esperanza; allí el corazón late siempre por una común idea. y no se arredra por el sombrío rumor de tiranía y de suprema angustia; allí se celebra el pacto de los intrépidos y se firma el juramento terrible de exterminio al opresor: nada de vacilación o de inercia moral, nada de inútiles lágrimas y de lamento vano, nada de cobardía o pusilanimidad, porque al cobarde o al pusilánime le perseguirá la maldición espartana de las madres y la sombra vengadora de los viejos héroes!

La aurora de 1825 asoma espléndida en lontananza de promisión: el sol de los libres fulgura imponente, y la estrella de la conquista parece descender a un ocaso tenebroso, circuida de una aureola rojiza y sangrienta.

La hora ha sonado.

¡Ah, de los valientes orientales!

VIII

Miradlos...

Esos que navegan en frágiles barquillas, sobre el Uruguay undoso, son los soldados de Artigas.

¡Arribad felices, bajeles de la esperanza!

Grupo encantador del sueño de nuestros destinos, ahí lo teneis, dolorido genio de la patria: recibidlo en vuestro seno cariñoso, besad la frente de los héroes de Artigas!

Sobre las playas de la patria querida, — vedlos, —

se prosternan, abrazan la tierra de sus mayores, sonríen y lloran, levantan a los cielos la mirada, juran entrelazados sus brazos, morir en la contienda sagrada, como los húngaros juraban sobre la empuñadura de sus espadas; pronuncian el fallo de muerte, y claman: ¡libertad! con desesperación salvaje; se abrazan, se contemplan, se admiran; en sus ojos brilla el fuego sacro de los Pelópidas, y en sus manos el acero del arcángel; el aura del patriotismo ha inundado sus almas de luz y sus corazones de amor; respiran los alientos del derecho y coronan su causa inmortal con la diadema de hierro fabricada en los talleres del valor; el núcleo que forman inmóviles sobre la arena de las playas, transfigura a los paladines en sombras augustas, sombras gloriosas del año 19, que arrastraban tras sí los girones del sudario de la patria, para alentar a los héroes del año 25, sudario ensangrentado y fúnebre, bandera de la desesperación, enseña del martirio y del heroísmo malogrado.

Miradlos... Apenas se eleva el astro y su claridad es leve. El crepúsculo les rodea, de la primera mañana de libertad, y sus melancólicos tintes envuelven en pliegues prismáticos de pálidos colores, aquellos cuerpos y aquellas almas privilegiadas. Ante esa perspectiva imponente, ven tú, Stuben, pintor de las batallas, pintor de Marte y diseña entusiasta el verdadero cuadro de la gloria; ven tú, Juan Cruz Varela, poeta vibrante, poeta de las bélicas armonías, y entona el primer canto de la epopeya... Escuchad, Homéridas: corre ya por las campiñas el rumor de las batallas, y la trompa épica anuncia la era azarosa de los combates, frente a frente y brazo a brazo, sin coraza y sin escudo.

Pero el grupo permanece impasible, sin duda orando al dios de las victorias. Contemplémosle. De vez en cuando, una ráfaga de esplendor ignoto semeja partir del núcleo de los adalides, ráfaga tal vez del volcán de sus entrañas, ardiendo a impulsos de la fiebre patriótica y del delirio patrio en incremento.

Cuántos son los paladines? ¡Ah!

Los espartanos eran trescientos y peleaban recostados a la roca y al granito, parapetados en la montaña y sostenidos por el brazo hercúleo de Leonidas; los orientales eran treinta y tres, oidlo bien, musa de la historia, para que grabeis sus nombres en la piedra de los siglos que no mueren!

¡Treinta y Tres!

Un canto de Homero.

Marchan solitarios, graves y meditabundos, ahora; saludan al sol en su salida, como los Kicsos saludaban al astro del día: piensan que van a morir y van a renacer. El patriotismo es un fénix; la virtud es el arma clásica de la gloria.

Rivera se rinde a la bandera tricolor, y continúa luego aquella marcha admirable, recogiendo a su paso en las campañas, todas las aristas del incendio. Lavalleja y Oribe caminan al frente del escuadrón sagrado, y de las chozas, de las moradas humildes, de las viviendas ignoradas, van saliendo los oprimidos transformados en libertadores, uniéndose resueltos y decididos a aquel escuadrón, símbolo de la venerada libertad.

Las viejas caballerías de Artigas encontraban de nuevo sus capitanes; los blandengues ceñían presuro-

sos sus curvos sables; los dragones empuñaban las enmohecidas pero terribles tercerolas.

A aquellas botas de potro faltaba unirse el gorro frigio; pero en cambio flameaba en medio de aquellas huestes airadas y fieras en su desnudez, el estandarte tricolor que dió la vuelta al mundo.

Las acompañaba, pues, el genio del 89; las conducía el genio del año 10.

Generación oscura, pero generación briosa en el espíritu de libertad; no comprendía la palabra *derecho*, pero hacia de todos los pendones enemigos un sangriento arambel, como hubiera hecho de las coronas de los reyes, si a su alcance hubiera estado, un desperdicio de hierro viejo.

La marcha prosigue. Día a día aumentan los fieros orientales al escuadrón sagrado: día a día el espíritu revolucionario hace del territorio una llamarada inmensa de sublime entusiasmo y de inextinguible ardor. El carro de la victoria empieza a rodar sobre el escenario de las primeras lides, abriendo con sus ruedas en las violadas soledades uruguayas, los hondos surcos para la simiente fecundísima de las generaciones libres. La bandera auri-verde oscila en las fortalezas del despotismo: el extranjero tiembla y se sobrecoge; la conquista es ya una ficción en el ánimo decaído los usurpadores; la libertad surge radiante en medio a las últimas tinieblas del régimen colonial; los orientales dan germen a la guerrilla incesante del exterminio.

El escuadrón sagrado se convierte en ejército aguerrido; Lavalleja al frente de las jóvenes legiones, aumenta la pujanza de su espada.

Era aquel, un oriental sencillo y rudo, que tal vez llorara cuando no percibía la nota del clarín, que cuando la patria exhalaba una queja de dolor. Vivía en la batalla como el ave en los aires, y se dejaba arrastrar en la vorágine sangrienta, gozando como un Marte sin inmortalidad.

¡Hermosos días de sin igual grandeza, aquellos en que el espíritu oriental se presentaba abierto a los gratos aromas del venidero!

¡Horas magníficas de arrebatadoras causas! ¡Horas inolvidables de legendario esplendor!

“Aquellas no volverán jamás, decíanos en medio de la última revolución, con el alma negra por la derrota, un veterano de Lavalleja. . .

¡Ah! Sólo nos resta admirar y bendecir, recordar y sublimar los hechos de los gloriosos antepasados. Admiraremos su memoria, que cada hoja arrancada al libro de la leyenda, es un canto de gloria y de consuelo; que cada página arrancada del libro Odio, es un poema triste saturado de amargura.

Oscuros orientales, entonces, eran gladiadores que se aprestaban silenciosos al combate, y que sólo serían conocidos cuando cayeran con gracia sonriendo al sol de la libertad. Nada desvirtuaba la majestad de sus luchas; nada entibiaba los ardores vírgenes de una raza valerosa, nacida y educada al estruendo de las lides!

¡1815-1827!

Épopeya sin Esquillo; ditirambo heroico sin Píndaro!

La época inmortal de la independencia no tenía Tirteos, que impulsaran, con bélicas liras, el ánimo irresoluto de los combatientes; los bríos orientales como

fundidos en bronce no decaían nunca al embate de la adversidad, y así resistían impasibles los golpes de la muerte.

Los Treinta y Tres libertadores, poseen ese tinte mágico de los padres del pueblo, que jamás pierde su brillo en la niebla lúgubre de las revoluciones locales: son manes augustos que eternamente flotarán sobre la morada del ciudadano y sobre el altar de la patria, porque dieron luz y alegría al hogar, recobrando los dioses lares, luz y alegría a la patria reconquistando su ultrajada autonomía.

El apoteosis de los Treinta y Tres es el apoteosis de Artigas.

El pensamiento del caudillo, latente en las campañas, se conservaba como un dogma en el corazón de los esclavizados Orientales. Pero los Orientales no nacieron para el yugo ni el tutelaje: los que destruyeron las coronas de tres monarquías, no vinieron a la vida de las naciones para unirse al fin al carro del último vencedor.

De aquí la grandeza majestuosa de la patria aun en medio de sus sombríos males; de aquí, esa altivez puramente oriental, que a ciertas horas de su existencia, revela en toda su esplendidez la índole soberbia y noble de sus hijos.

IX

En esta aventura de increíble osadía, ¿cuál era la situación del Brasil en la Banda Oriental?

La provincia cisplatina, bajo el dominio de Pedro I, continuaba integrando con sus riquezas al am-

bicioso Imperio, sin que éste desconfiara un momento de su aptitud sumisa y silenciosa, menospreciando la virilidad y el entusiasmo de un pueblo en los pasos primeros de su infancia.

Las legiones brasileñas, altaneras y aguerridas, poseyendo algunos de aquellos soldados que con Lecor y Jurado en el Catalán vencieron, permanecían desdenosas y descuidadas, sin percibir en su orgullo el rumor de independencia y libertad que recorriera como una tromba los más ocultos ámbitos del territorio.

Bentos Manoel y Bentos Gonzáles ignoraban su futuro destino; el imperio no presentía las fermentaciones convulsivas de Río Grande; el pueblo brasileño dormía tranquilo sin que un oráculo presagiara Ituzaingó, acontecimiento consumado al empuje terrible de la falanges de las repúblicas hermanas en la idea, en la libertad, en el porvenir.

1817 a 1825, era un período luctuoso que iba a alumbrar el claro sol de Sarandí.

La dominación oprobiosa se consideraba invulnerable cuando el verdadero Aquiles es el pueblo subyugado. En el Arenal Grande volaban ya al general incendio las chispas de las iras, y la nacionalidad naciente unía a ellas las chispas de sus cadenas, trenzadas con potente brazo.

Conmovidas las almas de nuestros mayores, insurreccionada por los Treinta y Tres esforzados varones, en la patria de Artigas no tardó en llegar la hora que iluminara el sol de Sarandí.

X

Era el 12 de Octubre.

Sobre la cresta de las cuchillas se forman los unidos escuadrones: los briosos orientales no tienen todavía himno ni bandera Pero ¡qué importa! los ilumina el sol de la libertad. Los clarines resuenan en toda la línea; los guerreros vitorean la independencia, impregnando de gratos rumores las auras del venidero, los corceles salvajes del desierto tiemblan y se estremecen al bélico son de las trompetas; hasta en el fondo de los tristes hogares se regocija el corazón de los viejos y se enardece el de los débiles. Todo presenta la sublimidad del heroísmo, todo se olvida para salvar la autonomía sacra de nuestros destinos.

Los campos de la próxima batalla congregan a los campeones rezgados; el gaucho fiero abandona el techo hospitalario de sus tiernos hijos, y marcha al acento prolongado del clarín; los adolescentes acompañan a los padres, los ancianos exhortan a los tímidos, la mujer varonil maldice al extranjero. No hay más estandarte que la fe en la victoria; no hay otra cita de feroz entrevero que en los campos de Sarandí. No más tutelaje criminal, no más tiranía degradante: allí se va a consumir el acto de vida o muerte, por las almas atrevidas y los valientes corazones.

Nadie permanezca helado cuando el fuego abrasa todas las fibras humanas, porque será traidor al porvenir; nadie favorezca ni sonría al dominador, porque se transformarán en remordimientos sus favores y en lágrimas de sangre su sonrisa.

En los campos del Sarandí se convoca a la pelea. Los regimientos brasileños y los regimientos orientales, frente unos a otros, van a chocar para vencer o morir: el instante ha llegado de suprema gloria.

No se escuchará en esa lid excepcional la voz rugiente de la metralla, no atronará los aires la imponente artillería; no se oirá por intervalos, la cerrada descarga por batallones. Como en las epopeyas del Tasso y del Ariosto, la lucha se iniciará brazo a brazo, y el duelo será a muerte. Los campeones batallarán sin lanzas, sin cañones, sin fusiles; en sus pechos generosos no brillará la bruñida cota, sin celada ni capaceto el cerebro, sin hierro defensivo la pierna. Cuerpo descubierto y apostura firme en los arzones: mano sin guantelete de acero empuñando el sable, carabina a la espalda, mirar ceñudo y sombrío, actitud enérgica como el que va a morir, resolución en los movimientos lúgubres hacia el sepulcro

He aquí las viejas caballerías de Artigas!

Dragones y blandengues que vencieron en Las Piedras; jinetes que escalaran los Andes con San Martín y triunfaran en Lima: allí mezclados y confundidos, allí inmóviles y terribles, esperan la nota postrimera del clarín.

¡Cuadro magnífico de libertadores y de futuros republicanos!

Así deberían ser los escuadrones de Camilo, así los mil jinetes de Maraton

En las crestas de las cuchillas extendidos en alas los fieros Dragones, aguardan impacientes la hora de abrir con sus sables la tumba, hora que va a inmorta-

lizar a aquellos humildes y abandonados caballeros de la libertad.

De repente avanzan audaces los tiradores enemigos, bajan sus tercerolas, resuenan las detonaciones, y una larga columna de humo, marca el camino de la gloria inmaculada.

La voz de Lavalleja enardece de improviso la impetuosidad:

¡Carabina a la espalda y sable en mano!

El clarín tocó carga.

XI

El choque fué tremendo.

Atravesando los campos como el huracán, los valientes escuadrones orientales cayeron terribles en su clásico denuedo en medio de los regimientos extranjeros, y empezó el combate de hombre a hombre con sin igual valor. Disueltos los estrechos escalones, desorganizados los regimientos en la vorágine pavorosa de una carga temeraria, el entrevero fué lúgubre y sangriento, mezclado de inauditos clamores.

El sable abría rojizos surcos en el cuerpo humano; los caballos sin jinetes vagaban por las cuchilas; los heridos sucumbían bajo los cascos de los centauros; y en el medio del estrépito general, de cuando en cuando se distinguían los desesperados disparos de carabina. El arma blanca maniobraba por doquier; los aceros enrojecidos probaban la audacia de un clásico valor; y a centenares ya los cadáveres anunciaban el próximo fin de aquella sagrada contienda.

Bentos Gonzáles y Bentos Manoel, al frente de sus mejores tropas, iban pronto a encontrar su derrota ante Lavalleja y Rivera al frente de las viejas caballerías de Artigas.

En una ola de sangre se ahogaba el predominio del Imperio, en una ola de sangre envolvían a sus guerreros, los fieros dragones de la independencia.

Prosigue creciente el fragor confuso de la pelea; los jinetes extranjeros resisten en el postrer esfuerzo; el torbellino de humo, de voces, de golpes, de frenéticas carreras y vertiginosas caídas; el galope furioso de las caballerías en informe conjunto, el amalgama de los escuadrones en revuelto cuadro, los aislados acentos del clarín que llama a reunión, el clamoreo prematuro de victoria: he ahí el espectáculo solemne de las pasiones en su último grado de energía y exaltación; he ahí el encuentro primero de la libertad contra la tiranía en todo su majestuoso desorden, en toda su grandeza popular.

De repente flaquean los jinetes enemigos, y retroceden en enorme tumulto, el grupo desalentado no escucha la voz del deber, se segrega, se dilata, se desmenuza y la fuga empieza con la dispersión general. Las caballerías orientales avanzan como el rayo, y los sables de los Dragones hienden los cráneos de los temerarios que prefirieron la muerte a la deshonra; los fugitivos arrojan sus carabinas y abandonan sus espadas, y el estandarte del extranjero arrolla cobarde sus pliegues, desapareciendo a la vista de sus despavoridos escuadrones, acuchillados y disueltos. ¡Sarandí, por la patria!

Los guerreros saludan sobre el campo de los cadáveres, la era del triunfo y la redención; el enemigo se aleja para no vencer jamás en el escenario uruguayo, y consigo lleva el germen de una derrota eterna. Los soldados de Artigas han concluído en el suelo de la patria la ruda tarea del patriotismo; lo han purgado de venenosa simiente, donde más tarde habían de esparcir los dientes del dragón.

Los Orientales recorren frenéticos el campo de la victoria, mientras el dominador huye a las fronteras; la República del Uruguay cimienta su autonomía, en los sitios felices donde se realizara el sueño de los valientes, y tal vez llegara a Artigas el eco de su gloria, en el fondo sombrío del ostracismo...

.
.

XII

Hay en la vida de las sociedades humanas, acontecimientos profundos que detienen la vieja ley de su movimiento y transforman su modo de ser político; y esto sucede comunmente en todo pueblo pequeño pero viril, predispuesto por su naturaleza intrínseca y por sus vírgenes elementos, a las innovaciones que con más facilidad lo conducen al fin de sus destinos.

En la historia de la patria hay episodios grandes, como el que acabamos de describir, episodios sublimados al calor de la sangre generosamente derramada, y magnificados por el derecho inmortal de los pueblos.

La joven República de Oriente, supo inaugurar con oportunidad sus homéricos días.

Sarandí fué la gran batalla de la patria contra el opresor: Ituzaingó fué su consecuencia fatal y necesaria.

A aquella epopeya reasumida en una jornada, era necesario un epílogo; Lavalleja era el pensamiento de Artigas que encontraba en Alvear el pensamiento de Mayo, y en los campos de Ituzaingó por primera y última vez se unieron, como si presintieran ya la cercanía de los días azarosos, cuyas fatídicas horas se deslizaran más tarde en medio a las convulsiones sombrías del genio oriental.

El americanismo dejaría su lugar a la rivalidad del caudillaje; las luchas nacionales, abrían el campo de la futura liza a las luchas intestinas.

Sarandí fué la última etapa de la rebelión de Artigas, rebelión sagrada, por cuanto encarnaba el pensamiento de nacionalidad.

Sarandí es un recuerdo gigante que abarca el espíritu vivificador de una época; es un acaecimiento memorable consumado a la sombra de las clásicas virtudes: se conserva como combustible sempiterno en el fuego de la patria; flota como una radiante aureola sobre nuestra turbulenta vida.

Noviembre de 1871.

La diosa Razón y el racionalismo

TESIS LEIDA EN EL CLUB UNIVERSITARIO
DE MONTEVIDEO, EN SETIEMBRE DE 1872

Señores:

Vengo a depositar entre vosotros la humilde ofrenda del correligionario, elaborada en una conciencia sin sombra abrumadora y por una razón apenas abierta a las místicas y sagradas meditaciones. La aceptareis como un sencillo tributo a la profesión de fe racionalista y como una expansión embrionaria de la pureza espiritual: sanción modesta pero sincera de nuestra alma convencida, a ese pensamiento elevado y digno del espíritu joven, consagrado tan espontáneamente a la entronización de la verdad.

Creed, señores, que nuestra conciencia admite sin inquietud ni zozobra, el ideal grandioso de la propaganda iniciada, y que ella podrá originar apreciaciones divergentes, pero nunca separarse de ese ideal que enaltecemos.

Voltaire, arrojado de la escuela en los años primeros de su joven vida, recibía impasible la imprecación de su maestro:

“¡Tú serás el porta-estandarte de la impiedad!”

Y como Voltaire, el Club Racionalista ha merecido idéntico anatema en el seno de un pueblo, cuyos

centros pequeños, no posen aún aquella llama vívida que en el sueño inmenso de los grandes pensadores parecía resplandecer, sobre el cerebro calenturiento de las jerarquías humanas: la utopía convertida en altar, en culto, la infinita grandeza de los principios inmutables.

Señores:

La religión degenerada que combatimos, nació en la sombra, y la palabra de un sublime apóstol, Cristo, rasgando como un estilete el cáncer social, descubrió la gangrena que ocultaba solícito el purpurino manto de los Césares. La humanidad en sus enormes males necesitaba respirar como el gigante postrado en la arena enrojecida, y en las catacumbas de la vieja Roma, manifestóse ya impotente la segregación formidable del espíritu innovador con el espíritu antiguo. ¿Y quién podrá dudar en su más acerbo despecho que en aquellos subterráneos en donde ardía ignorada la antorcha todavía macilenta de la verdad, no erraba el pensamiento de un ilustre maestro de la escuela griega? ¿Quién en su obsecación podrá marchitar las hojas de encina que componían la corona dedicada por los filósofos, al genio augusto de razón humana, cuando sancionó la unidad arrancando al alma sus misterios?

Los atletas admirables de la teodicea primitiva tienen similitudes increíbles; y esas semejanzas se reflejan ostensiblemente en la oriflama del cristianismo. Platón veneraba la luz y conversaba consigo mismo para que el acento de su espíritu iluminado, trascendiera a las generaciones creyentes; Budha propagaba el bien y no guardaba para sí la pureza de la verdad; Cristo no enmudeció, y a su primera voz, elocuente co-

mo la virtud... los dioses se fueron. El anfiteatro del martirio, encerraba en sus lúgubres recintos, la agoría del error, y el cristiano era el catecúmeno en la religión del porvenir.

Las edades y las revoluciones pasaron sobre el mundo en escombros... Proclamándose Juez supremo en los destinos de la humanidad, el Papado despidió el primer rayo católico y el último destello de la razón se apagó al hálito del escolasticismo. En los pasos aventajados del progreso, se nota con dolor que la idea cristiana se materializa y las preocupaciones sociales inundan el foco espléndido de verdad.

¡El evangelio es revelación divina! ¡La trinidad se constituye en árbitro! ¡La majestad eterna de Dios desciende de su solio para insultar a la libertad humana!

La filosofía cristiana tendía a armonizar la razón con la fe: San Agustín vinculaba el dogma religioso con los principios, mutilando sus más grandes tendencias; la vida monástica engendraba el eclecticismo, renunciando mas bien a la prédica culminante de inmortales ideas, que al fanatismo de un culto degenerado. En el silencio de la abadía, en la soledad helada del monasterio, el alma oscurecida, recogía solícita las místicas inspiraciones, y creía elevarse purificada al trono de Dios.

En ese período triste y funesto, la dignidad humana sin fuente ni fórmula, esperaba la era magnífica de verdad que había de engendrar una espléndida esperanza y crear para el espíritu desconsolado el inmenso movimiento del libre examen. Sobre el cadáver de Jordano Bruno habíase deslizado el aura mefítica y fatal del fanatismo, y en el revuelto mar de la Edad Media,

Abelardo, el sutil libre pensador de los monasterios, condenados por Inocencio II, derribaba los cimientos de la fe católica, apelando al fallo soberano de la razón.

San Anselmo, elevándose con alas de Ycaro a la región immaculada de las ideas innatas, soñando conciliar los dogmas con los principios, descendía en raudos vuelos al seno de las teorías fusionistas, pero Abelardo, aquel ilustre moralista que debemos venerar, señores, aquel valiente obrero que socavaba afanoso la base prodigiosa de la teología, transformaba la Trinidad en superstición vana y reconocía en Cristo un átomo privilegiado del linaje humano, Abelardo con su mirada de águila, sondeaba ya el porvenir.

En el lento transcurso de los siglos, hubo una etapa para el frenesí; el hugonote consolidaba su fe, pero el entendimiento sancionado al libre examen, abría ancha tumba al catolicismo ensoberbecido.

La filosofía social, conducía, señores, al sublevado espíritu por el sendero de la más fúlgida transfiguración, e inoculaba en el corazón del pueblo el magnánimo sentimiento de la común redención por medio de leyes filosóficas universales. Descartes y Bacon inauguraban la era del criterio.

La diosa Razón, adorada en aquel tiempo dedicado a la filosofía, que los revolucionarios crearon en su tremendo delirio, era un prematuro arranque del genio del porvenir. Las generaciones en su marcha ascendente, creyeron realizar todos los ideales; y en su fiebre intermitente abarcaron las hojas benditas del árbol de la libertad. El templo de la Razón, envuelto en los pliegues inmensos de aquel movimiento formidable,

era el naufragio del alma, el renunciamiento de la virtud, la muerte dolorosa del ideal.

Por qué, señores? Porque el individualismo absorbía la ciencia, el ser se concentraba en la conciencia abstracta, el infinito desaparecía en la pluralidad de las imperfecciones. El alma humana se agitaba en esa sombra maldita que hiel y espasma en lúgubres intervalos; y el ateísmo apagando la antorcha de la verdad, eliminaba a Dios, bajo la máscara del progreso benedecido. Los espíritus pensadores han leído el lema del escéptico, en las palabras siniestras de Chaumette, el cerebro calcinado de la Comuna:

“Legisladores! El fanatismo ha dejado su autonomía a la razón. Sus ojos sombríos, no han podido soportar el relámpago de la luz. Hoy, un pueblo inmenso se encuentra bajo estas góticas bóvedas, que por primera vez han servido de eco a la verdad. Los franceses han celebrado el único culto verdadero, el culto de la libertad, el culto de la razón... Hemos abandonado los ídolos inermes, por la razón, por esa imagen animada, maestra de la naturaleza”.

Estas ideas implican la labor lenta de un siglo sobre la conciencia del pueblo todavía en tinieblas.

Aguellas generaciones delirantes socavaban los cimientos que dislocó Voltaire, y creían en su inmenso desvarío, iniciar la religión venerada de la verdad. La razón hablaba por boca del fanatismo; y la conciencia soñadora, en su despertar cruel, se encontraba con un altar sin fuego sacro y con una diosa creada en la contingencia y la finitud. Las imágenes eran, señores, atentados a la perfecta noción de Dios; y sin embargo

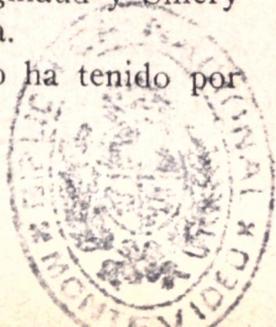
Marat oscurecía la apoteosis de Pedro, y Lepelletier el martirio de Juan.

Este fué, señores, el pecado de una fiebre inmensa; pero también el origen de una reforma espiritual. La revolución francesa, en sus formidables días, tomó pues la consumación del ideal; Anacharsis Clootz, el diputado del pueblo-dios, inspirado en la república universal y en el culto de la razón, decía que no había otro infinito que la naturaleza ni otro rey que el género humano.

Funesto error, señores, el panteísmo social; funesto error, la prédica de la nada! Descartes se confundía con Condillac; Holback con Voltaire; Rousseau con Helvecio, y de este engendro monstruoso, de este pacto secreto y terrible, resultaba un intérprete sombrío, hijo de la duda y de la meditación extraviada: Anacharsis Clootz. ¿Qué fué entonces de Dios? La filosofía popular le creó un firmamento aparte: el nihilismo, firmamento-antro, con el velo del error por azul, con las chispas del delirio por estrellas. El alma humana posee, señores, esos eclipses desconsoladores, cuando en vez de buscar el misterio arriba, lo busca bajo los pies; cuando en vez de salvar la conciencia al reflejo de una llama impura enciende en ella el fuego fatuo del fanatismo revolucionario. La diosa razón es una concepción informe; tiene su arranque en la materia y su fin en el ateísmo.

Esta caída del alma fué violenta e irascible, pero aun en medio de su hundimiento, Vergniaud y Sillery salvaron incólume la idea racionalista.

¿Qué idea muere, señores, cuando ha tenido por apóstoles a Vergniaud y a Sillery?



En la hora de suprema angustia, decía aquel arcángel de la libertad humana:

“La muerte no es otra cosa que el más potente acto de la vida, porque ella entraña una vida superior. Si no fuera así, habría entonces *algo más* grande que Dios. Sería el *hombre justo*, tal como nosotros, inmóvil sin recompensa y sin porvenir a su patria! Esta suposición es una ineptia o una blasfemia. Yo la rechazo con desprecio o con horror... No; Vergniaud no es más grande que Dios; pero Dios, es más justo que Vergniaud...”

A esa metafísica elaborada en la postrera hora, agregaba Sillery, señores, removido su espíritu inquieto por las palabras de su compañero en vida o muerte:

“Cristo muriendo sobre un cadalso, como nosotros, no es más que un testigo de la razón humana. Cristo era el Girondino de la inmortalidad”.

El racionalismo se inoculaba en el alma de Sillery en el último instante, y depuraba la idea cristiana, renegando de la diosa razón, engendro delirante de las noches del Terror.

El racionalismo es el código de la conciencia culta.

Un ilustre pensador, soñando con la utopía, exclamaba:

“La filosofía debe ser una energía; debe encaminar sus esfuerzos de tal manera, que tenga por efecto mejorar al hombre. Sócrates debe entrar en Adán, y producir a Marco Aurelio; en otros términos, hace que resulte, del hombre de la felicidad, el hombre de la sabiduría. Transformar el Edén en Liceo, la ciencia debe ser un cordial. Gozar! Qué objeto tan triste y qué ambición tan mezquina! Los brutos también gozan.

Pensar, he aquí el verdadero triunfo del alma. Extender, ofrecer el pensamiento a la sed de los hombres, en ellos se hermanen la conciencia y la ciencia, hacerlos justos por medio de esa confrontación misteriosa; tal es la función de la gran filosofía. La moral es una expansión de verdades. Contemplar, conduce a obrar. El absoluto debe ser práctico. Es menester que el ideal sea respirable para el espíritu humano; el ideal es el que tiene derecho a decir: *tomad, esta es mi carne, esta es mi sangre*. La sabiduría es una comunión sagrada. Con esta condición es cómo ella deja de ser un estéril amor de la ciencia, para convertirse en el modo uno y soberano de reunión y de asociación humanas, y de filosofía, elevarse a religión."

El racionalismo posee una majestad excepcional, y un brillo, señores, que depura y dignifica las cosas humanas, por cuantos sus severas prescripciones no han tenido por legislador al hombre. Humanizar el culto racionalista, es conquistar ese ideal que vislumbramos en los linderos de la perfectibilidad indefinida. Rompamos con la preocupación a la faz del fanatismo; esa audacia será un rayo de luz; sorprendamos en su vuelo al grifo del Apocalipsis, arranquémosle las alas y desvanecemos la torpe ilusión de los espíritus extasiados en la contemplación del milagro. Transformemos el Sinaí, no en púlpito, sino en tribuna universal: derribemos de su cima al profeta que explota la candidez de la fe, y en ella dejemos al sacerdote austero de la escarnecida verdad. La razón es el transparente de la claridad divina; el fanatismo es su cuerpo opaco; que accione y se regularice la ley natural, para que

ese cuerpo ruede y se pierda en espacios que jamás vieron luz, como el Satanás de Milton errante por el caos, lejos del esplendor del sol.

Señores:

El esclarecido pensador, antes citado, decía con elocuencia:

“¿Qué cosa es la conciencia? Es la brújula de lo Desconocido. Pensamiento, delirio, grandes irradiaciones misteriosas. ¿Adónde van esas irradiaciones majestuosas del alma? A la sombra; es decir, a la luz.

“La grandeza de la democracia consiste en no negar ni renegar nada de la humanidad. Junto al derecho del Hombre, a lo menos al lado, está el derecho del alma.

“Confundir los fanatismos y venerar al infinito, tal es la ley. No nos limitemos a prosternarnos bajo el árbol creación, y a contemplar sus inmensos ramajes llenos de astros. Tenemos un deber: trabajar en el alma humana, defender el misterio contra el milagro, adorar lo incomprensible y desechar lo absurdo, no admitir de lo inexplicable sino lo necesario, sanear la creencia, eliminar las preocupaciones de la religión; depurar en fin la idea de Dios.”

La depuración de la idea infinita es la ciencia del racionalismo, señores, de esa sublime religión del porvenir, de esa sanción unánime del entendimiento iluminado. Psicología de la verdad, tribunal del error, tiene por principio el hombre y por fin Dios, por origen el alma, por consumación la omnipotencia divina. Penetrar el misterio eterno, es descubrir el arcano que la humanidad ignoró durante cuarenta y cinco siglos, y que en la noche de las edades creía encon-

trar el genio impotente del hombre. Llegará día, señores, en que el racionalismo sea centro del sistema ideal; sol perenne del género humano, grandeza sin mentira, verdad sin sombra.

La deidad sombría de la revolución francesa, en cuyos altares se esparcía el perfume del delirio y se canonizaba a Marat, no es pues, señores, el racionalismo, culto rígido y austero, en cuyos altares se quema el aroma de la verdad y se sublima a Dios. ¡Notable antítesis! La hora solemne de las redenciones, llega lenta con el ideal que concebimos; hora sin angustia, hora sin zozobra ni naufragio del alma.

Convirtamos, señores, la ciencia en religión; hagamos del hombre una personalidad inviolable; transformemos la teología maravillosa, en cuento de *Las mil y una noches*; arrojemos el milagro a la cuba de Mesmer; y magnifiquemos el ideal que no muere, el ideal que, como ha dicho un brillante apóstol del socialismo, es el punto culminante de la lógica.

¡Grata alborada del espíritu humano, aquella en que el astro nace sin una nube tormentosa en el día sin igual de la conciencia! ¡Grata emoción para el alma que duda! ¡Grata claridad para la nube sin fin del secular error!

¿Será más grande, señores, la salutación espontánea del género humano, que el *hossana* de los mundos, en la primera mañana de la creación?

¡Ah, señores! ¿Quién pondrá en duda el regocijo del alma que ansía desesperada, amar y confundirse en el ser? ¿Quién negará la nítida pureza de su sublime adoración?

Nada es el poder de la lanza de Jorge, ¡metáfora vana! El dardo que ha de clavar al dragón del fanatismo, es la ráfaga del ideal, ráfaga infinita que se desprende de la razón para morir en el regazo de Dios!

El mahometano se prosterna; el católico se en-
ceguece; el hugonote se predestina. el idólatra se arras-
tra ante el becerro de oro; el budhista se degrada.

¿Qué haremos, señores, nosotros?

Iluminarnos. El alma sólo vive en medio de los
esplendores.

Así el verbo se hace carne.

Conceptos sobre religión

“Esta es mi carne; esta es mi sangre.”

No hay mas hostia que el ideal.

Depurar la idea de Dios!

Hé aquí la misión de la juventud.

La herencia de los libre-pensadores llega también hasta nosotros, hijos de la libertad y de la república.

La religión del porvenir se engendra en la pureza del espíritu; el fanatismo lúgubre se origina en los dominios del clero.

Es necesario arrebatarse al clero el tutelaje oprobioso que ejerce sobre las almas; es necesario fulminar con el rayo de la verdad a ese carcomido coloso de la mentira.

Memnon era un silencioso titán recostado en la inmensidad de las Lybias arenas; los rayos del sol le arrancaban sonidos misteriosos, y los pueblos esclavos se humillaban creyendo en el milagro.

Así es el clero: un jinete en condiciones de pigmeo — un atleta rebajado por la civilización — reposando en el desierto de las almas, como Memnon en el desierto de las arenas.

Socavemos su cimiento. Su cimiento es el fanatismo, y su vida, el calor ficticio del delirio.

No más religión inerte; no más culto desolado. Los parásitos morirán en la inacción; las alas del ángel se desplegarán para el vuelo de la razón.

La razón será el águila; el espíritu enfermo, un ave rastrera.

¡Oh! Cuán grande es la depuración de la idea infinita! Cuán grande es el sueño de los inspirados pensadores!

Renace fecundo, oh, tú, entendimiento privilegiado de otra edad, tú que sondeabas los arcanos inconmensurable de la omnipotencia y predécías caridad y esperanza en vez de luto y llanto; tú, que esclarecías el espacio que los vulgares ojos no ven y flagelabas a la noche encubridora de los crímenes de la Iglesia; renace, espíritu consolador de otra época más entusiasta, y desvane la ilusión de Luzbel en los dominios malditos del fraile, y sepulta en el desprecio al genio airado de las manifestaciones impías, y haz brotar de la región ignota, no el caballo alado que en la roca solitaria de Patmos inspirara al profeta y apóstol delirante, sino el primer esplendor de verdad y el primer destello de alegría que la ciencia reserva al que marcha en pos de la perfectibilidad indefinida!

Pero no! Guárdate para los tiempos que fueron. La moderna vida es robusta y vigorosa; el moderno ideal recoge el viejo apostolado, y proclama la soberanía de la verdad.

¡Los dioses se van!

Así se exclamó sobre la Roma-Sybaris, sobre la Roma autocrática, y el género humano, apenas remo-

vido al impulso de los pensadores, despierta asombrado en la aurora de la esperanza.

Las muchedumbres se erguirán sublimadas, los hombres gozarán el espectáculo de la fúlgida transformación: la mujer se emancipará del sacerdote que explota su debilidad, el niño no quemará las alas de su inocencia en aras de un dogma enervador; sobre la conciencia humana redimida, no brillarán siniestros los relámpagos del Sinaí, ni la voz de un Dios pigmeo vendrá a deprimir la dignidad del hombre; por encima de las viles preocupaciones, el ideal se dejará oír, para exclamar: *esta es mi carne, esta es mi sangre! Esta es la hostia que purifica y regenera, esta es el agua del bautismo depurador* y ¡ay! de aquellos que corrompieron el corazón de las sociedades con su aliento impuro, porque la execración unánime confundirá su existencia maldecida.

El catolicismo, religión del oscurantismo y del error; el protestantismo, apostasía criminal del libre exámen; el culto mahometano, degradación del hombre por el hombre; el dogma de Brahama, encarnación del infinito, animalización del ser humano, sofocación instantánea de la virtud: hé ahí las maestras de las sectas positivas, hé ahí las tiranías más formidables y más horrendas que absorben la savia toda del progreso y hacen prorrumpir a las cabezas enfermas por el delirio sano, aquellas palabras de lamentable desvarío:

¡Dios ha muerto!

¡Desconsoladora expresión!

¿Cómo no sufrir, aun en medio del sueño que agita al pensador, una conmoción indecible de angustia y de zozobra, ante esas sombrías perspectivas delinea-

das por el fanatismo en los horizontes de luz, que el género humano entrevé en las horas excepcionales de libertad y de amor? ¿Cómo no sufrir, sí, momentos amargos en presencia de ese mal crónico, cuyas punzadas producen espasmos a un pueblo fanatizado, a un pueblo devorado por la fiebre lenta de la superstición inveterada?

Hagamos respirable para todos el ideal, como ha dicho un valiente pensador; hagamos el pacto de independencia moral, en los ignorados senderos del porvenir. El tabernáculo no se encuentra en la noche de los siglos que pasaron para jamás volver; no, no se encuentra allí; se halla en la región misteriosa del venidero, rodeado de una aureola más bella y más positiva que la que el catolicismo coloca en la cabeza de sus hombres-dioses, de sus mujeres-ángeles.

Antes de emprender esa gloriosa marcha al futuro, para la conquista del ideal respirable, la juventud emancipada tiene que llenar otra misión, la misión de concluir el desprestigio del Papado, en pie todavía sobre los ensangrentados escombros de la intolerancia, de arrancar su sacerdocio inicuo a los que anatematizan la sacrosanta libertad y degradan la más sublime concepción humana; de descorrer el velo tenebroso con que la Iglesia Católica cubre su gangrena; de contar una a una, en el templo de los suplicios pasados, las gotas de sangre destinadas a aplacar los manes vengadores; de invocar los legados memorables, que los mártires como poemas entonaron en vida, y de condenar a esa religión, a esa Iglesia, que no es madre sino déspota, a escuchar eternamente los lamentos de esos mártires bajo la diestra armada del verdugo!

El clero es un vampiro.

Bajo la sandalia de sus frailes, la ciencia se convierte en víbora y hace alarde de aplastarle la cabeza. ¡Cinismo increíble! ¡Decir que la ciencia es la ponzoña que mata, y que el culto material es la práctica que regenera!

La *literatura bíblica* de los Thompson, los Parrella y los Queirolo, nada es ante el vuelo del espíritu libre: el cruel escepticismo que nos atribuyen, pasó con el poeta de la orgía en el siglo XIX; ya no existe hoy, no existirá jamás; ¿bullirá aún en el fondo del sepulcro el genio inquieto de Espronceda?

“Y en torno gira indiferente el mundo,

“Y gira en torno indiferente el cielo!

“Bailad, mortales; regocijaos globos, brincad como cabritillos, ángeles y serafines, que estoy yo alegre; rasgad vuestras vestiduras, hombres; bramen de dolor tus entrañas, tierra; deshaceos y convertíos en polvo, mundos... porque estoy triste!”

¡Apóstoles de las religiones que mueren!

Permaneced en la cima del Sinaí, hasta que a vosotros llegue la voz de Dios; y permitidnos que seamos la vanguardia, lanzando nuestra razón a los espacios infinitos para sondear más cerca el inmenso misterio.

Octubre de 1872.

Ideales de la poesía americana

TEMA LAUREADO EN LOS JUEGOS FLORALES DEL "CENTRO GALLEGO" DE BUENOS AIRES CON UN DIPLOMA DE HONOR DEL "ATENEO DEL URUGUAY" EN OCTUBRE DE 1884

La poesía del porvenir, como el ángel de seis alas de Milton, que irradiaba en medio de la aurora, derramará luz intensa sobre el cerebro del pueblo.

I

La corriente incesante deposita y acumula mayores y robustos elementos de un mundo apenas desbrozado y recorrido; los sedimentos que preparan el suelo del porvenir se suceden sin tregua; y el desierto que aún conserva su pristina grandeza escucha sorprendido el rumor de civilización invasora: los hombres aborígenes se agitan en sus aduarez ante la luz extraña que avanza, con el pensamiento culto, audaz y reformador; pierden su aspereza los instintos y desaparecen sin violencia las costumbres primitivas: Es que razas viriles han salvado la valla impuesta por antiguas leyes, trayendo consigo vicios y virtudes, pero también preciosos gérmenes de fuertes democracias.

Las asociaciones así formadas por vínculos misteriosos, se estimulan en la labor profunda y en la lucha por la vida. La pasada historia es una lección, y es un ejemplo.

El espíritu de libertad guía sus nuevos destinos, multiplicando el esfuerzo que no abatirán privilegios ominosos: el trabapo no es ya un tributo, es un derecho.

La justicia apoya en el suelo el extremo de su acero y levanta la balanza entre fulgores de un oriente desconocido, en tanto cae sobre los surcos un riego de sudores, único homenaje augusto que a la común madre rinde la dignidad humana.

La igualdad allana los senderos, como un viento templado y cariñoso las encrespadas olas; los méritos prominentes son los sólo títulos perfectos.

De ahí que los hombres de todos los climas y latitudes se coloquen al mismo nivel en la obra del progreso, y las fuerzas individuales se busquen y encuentren, se concilien y confundan para dominar otras ciegas y resistentes que ocultan el horizonte a la mirada altiva de los hacedores de repúblicas.

Considérese en sus efectos toda esa gran fuerza moral y política, movida por la energía del progreso!

A sus impulsos se transforma el aspecto rudo y agreste de las praderas; los montes descubren sus entrañas para dar paso al veloz vehículo de acero que lleva a las tribus errantes la buena nueva; el río caudaloso es dominado en su curso, antes irresistible, por medio del canal y del puente de formas colosales; el hilo telegráfico salva las distancias en un segundo, semejante al rayo solar, llevando en su corriente los prodigios de la idea; espléndidas ciudades ensanchan los

horizontes de la industria y del comercio, concentrando en sus talleres la energía vital de diversas generaciones, y nutriendo con savia selecta la semilla gigantesca de un mundo venidero, más dueño de su suerte, tal vez, que el mundo conocido.

El pensamiento y la acción se refunden en medio del vértigo, removiéndolo todo sin volver la vista al pasado. Una ola enorme de esfuerzos sacude poderosamente la naturaleza inanimada, y convierte las soledades en luminosos panoramas. El brazo del obrero, más hábil y fuerte que el del antiguo atleta, sube la piedra a la montaña y construye el observatorio para descubrir los caminos del cielo; el sincero creyente deja la Biblia sobre la hierba, descuaaja con su hacha el bosque y hace huir las quimeras, levantando allí la escuela y el templo; el obrero se aventura en el valle cenagoso, y lo disea, domina al torrente, utiliza la cascada, sondea los lagos milagrosos en cuyo limo se arrastraban las hidras de la leyenda, y baja a los antros temidos para arrojar los monstruos de la fantasía inocente: en cada sitio deja una huella de su experiencia, adquirida en una vida de privaciones y dolores, como éstas la dejaron en su frente sudorosa y pensativa!

Por el carácter, por la intención, por el hábito, es el hombre de todas las razas que adhiere al suelo del desierto por un principio de conservación común a todas; que se modifica a medida que nuevas necesidades reclaman nuevas aptitudes; y que se genera a sí mismo, por decirlo así, sin guardar recuerdo de los errores e injusticias que cambiaron su destino, conservando tan sólo de la pasada existencia el aliento po-

deroso que hace apto su organismo para imponerse activo en los rudos combates de la suerte.

Lejos de renovarse la tradición mosaica de la confusión de las lenguas, los idiomas parecen reunir sus raíces en una, para formar el idioma de la democracia; las diferencias físicas son simples detalles que no influyen en el inmenso movimiento activo de los espíritus; y las costumbres de otros siglos, yugos severos de generaciones malogradas, ceden a una originalidad de rasgos profundos y resaltantes, principio de un carácter nacional de extraño vigor y consistencia: carácter propio de los pueblos que han observado con rigurosa lógica las instituciones libres, sin dudar un momento de su excelsa virtud.

Este mágico prestigio que atrae, seduce y asimila tan distintos elementos hace también que las razas se reconozcan e identifiquen en el cumplimiento del destino humano, complementándose entre sí y confundiéndose en la prodigiosa actividad a que todas concurren, con el sudor, con el brazo y con el cerebro, apoderándose de la naturaleza toda, que se entrega generosa y magnífica, como si sintiera, en presencia del efusivo amor de una gran familia de razas, agitarse en sus entrañas el feto de la libertad universal!

Véase ahí el aspecto que presenta la sociedad americana: grandioso conjunto de pueblos emprendedores llamados al banquete de la vida para robustecer en la fraternidad sus anhelos insaciables y sus conquistas gloriosas, fundiendo en molde ciclópeo el tipo selecto que resumirá a su vez mañana, en uno solo, todos los fines sociales; en una sola todas las creencias; en una sola todas las aspiraciones supremas de las nacionali-

dades viriles: la paz, la verdad, la justicia, el derecho, — soberbias visiones de la humanidad en la historia, — en sus formas más correctas y en sus sanciones más soberanas.

Véase ahí también el teatro vasto e imponente que la grandeza americana ofrece a los ideales de la poesía moderna: junto a las obras admirables de la industria, del arte y de la ciencia, los encantados reinos de una naturaleza exhuberante y maravillosa, cordilleras de titanes que guardan el fuego eterno, ríos sin igual en el mundo, que brotan de sus laderas inaccesibles, florestas que han crecido con los siglos sin perder sus galas de juventud; y sobre todo ello como un ejemplo de la superioridad del hombre en lucha con el espacio y con el tiempo, sutiles mensajeros eléctricos que difunden a millones los átomos de luz, y hacen sentir de uno a otro hemisferio las palpitations ardientes de los pueblos, rieles aéreos por donde vuela el hipógrifo domeñado, perforaciones profundas en las montañas, que dan paso de una a otra región a los fuertes alientos del progreso: síntesis de los antiguos ideales, en acción, que derraman por doquiera misteriosas promesas de una perfectibilidad indefinida!

II

Así, las proyecciones de esta actividad extraordinaria y de este impulso inmenso, los grandes principios políticos y sociales, son raíces tan profundas en la época contemporánea, señalan tendencias más acentuadas a la fantasía inquieta y soñadora, que no pue-

de sustraerse a ese influjo, ni a la atmósfera que la rodea.

El sentimiento estético, insinuado por exigencias superiores a la espontaneidad con que en otros tiempos se cantaba a la naturaleza, y a las virtudes sencillas, dando tonos sublimes a la cólera de Aquiles o al infortunio de Eneas errante sobre las olas, invocando para los héroes la caridad de los dioses, tiene hoy que amoldarse al carácter y tendencias de la sociabilidad en que se desarrolla, sin olvidar la fuente de las pasiones que lo es también del dolor y de la acción, fuente fecunda y secreta de donde los escogidos extraen la esencia del sentimiento y de la idea, estrechamente enlazados, como una imagen viva y palpitante del alma en lucha con el misterio que la envuelve en el encaje sombrío de la duda.

Esa sociabilidad singular que ha vencido obstáculos antes insuperables y preocupaciones de tantos siglos, parece decir al numen creador, en severo lenguaje matemático: "Preparad la obra de la gran generación que viene: la que pasa sin rubor hacia el sepulcro e hizo verdades de vuestros presentimientos, levantando la personalidad humana a la altura de los destinos sobre la tierra.

Después de un largo trayecto por caminos extraviados, la humanidad empieza a reconocerse en todos sus elementos, y hace refluir a un solo centro las fuerzas dispersas y considerables, que a manera de legiones de titanes, pretendían aisladas y rebeldes escalar las

cumbres en busca del fuego celeste. Considerad su obra, y a vuestra vez cantad a la gloria del futuro.”

La poesía, en efecto, que ha servido a la ciencia, sembrando presentimientos de felicidad no sentida, y arrojando como un polvo de luz en los senderos que abriera en la sombra temerosa, no ha concluido por lo mismo su misión, adquiere, al contrario, mayores proporciones ante las soberbias conquistas del progreso. Arte de aumentar la grandeza de lo verdadero, con la difracción esplendorosa de lo bello, el camino recorrido en su cielo es una vía láctea, con todo el calor y la vida de lo infinito; y por eso sus ideales revistieron siempre la vaguedad fantástica de las constelaciones perdidas en el éter, sólo perceptibles por la ciencia investigadora, que marcha con lentitud calculando el alcance de su poder real en relación a las fuerzas de inercia que la poesía ha salvado, sin removerlas, como traspone el ave de alas anchurosas, abismos y montañas.

Si la ciencia, pues, ha aprovechado de lo que ella ha entrevisto en espacios desconocidos por descubrir leyes y consagrar principios inmutables, menos debe la imaginación creadora abdicar de sus fueros; ella que presente y adivina, y que no cansa de volar en los siglos, siempre atravesando la inmensidad, en la inmensidad de la duda confundida.

Pero ya que no le fuera dado por el momento emprender excursiones por el campo de las grandes utopías, quédale el privilegio de hacer sentir, de mantener en sus cantos el fuego de las virtudes, dándoles crecimiento en medio de los fenómenos complejos de una sociedad en que las pasiones se agitan sin reposo.

¿No le ofrece, acaso, temas de noble inspiración, esa sociabilidad multiforme que cede a inclinaciones especiales, sin descuidar los sentimientos de la patria y de la familia, aunque susceptible en la fiebre de la lucha de transgredir las leyes morales en holocausto al éxito que corrompe, al fanatismo que ahonda y divide, al error que descamina y pierde?

Nada serían los pueblos democráticos sin pasiones ardientes e impetuosas, y nada la alta poesía, sin esa fuente en que ella ha nutrido sus ideales.

El gran cuadro en sus fases diversas, la acción misma en sus proyecciones profundas, invitan al abandono de una musa ya estéril, a ahondar los surcos, y a difundir todas las conquistas morales en el seno de las muchedumbres para que el pensamiento y el ideal ocupen los vacíos que dejan la decepción y el infortunio, encendiendo una chispa en cada cerebro y un nuevo amor en cada corazón; germen de ideas, y fuente de ternuras; conciencia del derecho en el uso de la soberanía, y del deber en la religión del hogar. En esta obra la poesía se agiganta. Ayuda al progreso, y ella misma es un perfeccionamiento.

Levantar con sus cantos instituciones elevadas que decaen, retemplar las conciencias que desmayan, dar una nota más alta a las virtudes, encelar los sentimientos de gloria, mantener perpetua la trova al honor, añadir nuevas ofrendas a la patria, tejer coronas al mártir, al héroe, al apóstol, precediendo a la justicia de los tiempos, y fortalecer en el seno de la familia el culto del amor no conocido por las sociedades antiguas — todo esto pertenece al reino de la poesía americana.

Ella aproxima el amor espiritual, sentido y cantado por Dante, a la plenitud de su reinado. No es éste un algo indefinible y vago como en la época de su consagración por el vate eminente; es un sentimiento que trasciende, se dilata, alienta y robustece el destino humano, condensándolo todo en su grandeza única y expansiva: abnegación, fe, paz, ventura, caridad, idilio, drama, melodía, aroma, luz, ensueño, esperanza, gloria; amor que recibe en tributo las más bellas guirnaldas de la naturaleza, las más puras armonías del arte, los más ricos dones del estilo, y que da en cambio a la inspiración sus temas nobilísimos, a la música sus motivos ideales, a la pintura sus imágenes selectas, a la estatuaria sus modelos eternos y sus impulsos incontrastables a la conciencia del bien.

Cuán distinto era ese amor en los tiempos sensuales, en que ni lo divino guardaba la pureza de su esencia, ni flotaba en las almas como un consuelo la esperanza de una vida ulterior!

Quédanle aún las grandes pasiones que nacen y se nutren en el fondo de nuestra vida psíquica, impacientes y generosas, con todo el arranque y la vehemencia que les presta la libertad democrática: pasiones que Shakespeare modeló en dramas inmortales, — y que en los poemas de Byron recuerdan a ciertas aves de vuelo poderoso que se ciernen, en medio de las tinieblas surcadas por el rayo, sobre las revueltas espumas de la tormenta!

III

De otro punto de vista, en el tiempo en que vivimos, vasto laboratorio de mejoramientos sucesivos, la gran poesía, la que arranca de los hechos que constituyen el mayor progreso adquirido, para peregrinar hacia el mayor progreso posible, parece recogerse en tregua necesaria y pensar en el mundo por venir, pidiendo a la intuición esfuerzos distintos, y elementos más robustos al numen, que bosquejen lineamientos de una patria suspirada sobre el mismo campo de la acción republicana.

No falta el estímulo para estos generosos anhelos, vuelos vigorosos de cóndor que sobrepujan las cimas, para vérselo luego descender al valle con las alas tendidas e inmóviles, como una ambición impaciente que se resigna a esperar la hora de la lucha.

El espíritu protector y humano de la democracia, realizando en mucha parte los ensueños del poeta, coloca a éste en el caso de sobreponerse a las conquistas de su época, por exceso de inspiración y osadía; e indícale al hombre, como manantial inagotable de revelaciones, que no como objeto de ficciones enervadoras, en boca del profeta o del oráculo, intérpretes de un fatalismo sombrío. Arrancada a su esclavitud la mujer, restan aún las preocupaciones, en las profundidades del alma, que son otras tantas cadenas que ligan al libre albedrío: aquellas, sobre todo, que impiden obrar y discernir, y cuyo origen debe buscarse en lo extraordinario o fabuloso que no ha desaparecido del escenario del mundo, no permitiendo que el hombre quede

solo, con la cabeza erguida, y la mirada fija en el secreto de su ser.

Un hálito de espíritu nuevo se extiende sobre el cielo de América, y reiniciase la actividad creadora.

El pensamiento se reconcentra en sí mismo, en pos de las grandes sensaciones provocadas por la magnificencia de lo externo, y busca su origen para adquirir más nervio y extensión en sus ulteriores desenvolvimientos: Nilo fecundante que replega hacia sus fuentes desconocidas, después de depositar en los áridos yermos su limo misterioso, y de donde ha de volver, derramando mayores beneficios, conseguidas otras fuerzas en sus vertientes poderosas.

Contéplase al hombre en las facces más elevadas de su ser; no como en los tiempos remotos en que por vez primera veía reflejar sus formas en la laguna tranquila, sintiéndose orgulloso de la hermosura física y del poder muscular, ni como en los siglos en que las diferencias sociales nutrían el odio, distinguiéndose la estirpe o el abclengo por el emblema de la cimera o el escudo... Mírase en su interior de semi claridades, vuelve la pupila hacia la bóveda imponente del cerebro, donde flota y se agita en extraños espacios el embrión de futuras cosmogonías, y algo como una esencia superior e inmanente, que se expande y modela bajo formas admirables a medida que se esfuerza la voluntad del genio, o se amengua y debilita a medida que cede el afán intenso de confundir con el ideal su destino. La personalidad humana, integral y completa, empieza a dibujarse en el cerebro del soñador llamado a ensanchar la esfera de vida fuera de los límites que le han asignado un progreso actual. Eajo

esa bóveda profunda en que se elabora con sustancia impalpable todo lo que ha de conmover y transformar la materia, el bardo se inquiere, se busca, se solicita, se desconoce en sus actos anteriores, y se absorbe en meditación sublime para arrancar en el secreto de sus abismamientos la fuerza incorpórea, sutil y prepotente que ha de sostener a aquella personalidad de suyo inviolable, en el imperio de sus derechos naturales y que ha de remover el mundo como un soplo de tempestad sobre los mares, revelando a las profundas ansiedades de los tiempos las mágicas fórmulas del porvenir.

¿Existe acaso esa poesía de grande aliento, en los focos radiantes del continente libre?

Si no existiera, sería necesario crearla. La humanidad no marcha sin precursores y los sonos de la lira deben acompañar al ruido de los talleres, para conservar en sus cantos las virtudes que han operado prodigios, haciéndolas crecer y dilatarse como una atmósfera vital, y para combatir los vicios y errores que pueden vulnerarlas con el triunfo de las pasiones sensuales y corruptoras. Y esa poesía no podría sustraerse, en medio de las vastas evoluciones de la sociedad americana, a una abstracción impuesta por múltiples fenómenos sociológicos y políticos, si ella había de dar nuevo impulso a los sentimientos reinantes, y erigirse en heraldo de las victorias venideras.

IV

La poesía subjetiva: tal es la fórmula de los nuevos ideales. El arte refluirá hacia esas fuentes, a fin de

producir y desenvolver gérmenes preciosos, que esperan su palabra de aliento, para adquirir formas y convertirse en hechos.

La epopeya antigua, magnífico reflejo de la vida helénica, conservada por los homéridas como una tradición sagrada del heroísmo y de la creencia cuya celsitud aún se admira, fué el fruto de las grandes emociones poéticas sugeridas por la naturaleza y las virtudes sencillas de las primeras edades.

En los tiempos medios, ya en su plenitud las pasiones, agitadas las sociedades por fuerzas e impulsos diferentes, Dante recoge el plectro de la epopeya religiosa y consigue grabar en sus páginas con sublime elocuencia todos los éxtasis y arrebatos de la fe cristiana: notas imponentes de un órgano colosal que aún vibran en la atmósfera de los siglos, como cánticos de la eterna creencia, o gigantes sollozos de la perocupación sombría.

Los cantos de Tasso, después, y las creaciones de Milton, más tarde, al influjo de la reforma, prolongaron todavía el reinado de la epopeya.

Pero, los tiempos han cambiado. Abrense ahora, para la poesía americana, otros horizontes. La *epopeya científica* se ofrece como género adaptable a las exigencias del pensamiento moderno, y como medio elevado de infundir luz, a manera del ángel de seis alas de Milton, sobre el cerebro del pueblo. El estilo de Dante era comprendido por los humildes, porque era el lenguaje sencillo de todas las almas. Las verdades de la ciencia descendiendo con la poesía, y encauzándose en las corrientes populares, dejarán de ser problemas oscuros o inciertos para el gran conjunto, que es el

soberano, pero que en rigor no podrá serlo nunca propiamente, si sus facultades no alcanzan a penetrarse de la grandeza de sus destinos.

Las leyes naturales y principios de cultura, en la última expresión de progreso obtenido, son los que han de precisar en adelante el movimiento de los espíritus y constituir la fuente de potente savia en que ha de recoger sus imágenes profundas la poesía superior. Es en el interior del hombre y en las cimas y en los fondos desconocidos o inexplorados en que obran y reaccionan sin cesar los elementos formidables que mantienen la economía del mundo, donde ella irá a buscar con el del ser pensante el secreto de las cosas, sin envolver en un común origen, idea y materia.

El poema épico no cantará sencillamente las proezas del valor y del denuedo, sino para considerarlos como efectos magnánimos del patriotismo y del deber en las grandes tribulaciones de la historia.

La poesía personal y amarga, singularmente triste, desmayada y escéptica, que tiene siempre empañada la pupila y el labio maldiciente, y que habla de impresiones íntimas que no trascienden, por llevar consigo misma la impotencia de hacer sentir y pensar, cederá su puesto, entonces, a la poesía lírica, que estudia al hombre *en todas sus manifestaciones*, y canta en sus virtudes a la familia, a la sociedad, al pueblo, desentrañando de la vida psicológica más que las formas típicas del individuo, que siente y sueña, los caracteres acentuados de toda una generación, unificada por el esfuerzo y por el ideal de la justicia.

Una grande ilusión sentida ante los fenómenos complejos, ha de seguirse a la quimera o al delirio,

sugerido por los propios pesares; algo semejante a un cosmos reemplazará al átomo; leyes eficaces a inútiles devaneos; un fresco rocío de ideales, como preludio de felicidad soñada, a la desesperación sin eco ni verdad. Así, al desencauzar la inspiración de un rumbo incierto, la nueva y alta poesía no corregirá tan sólo su viciosa corriente, sino que detendrá la decadencia del arte, a tal extremo llevado, en general, por la imitación de pasiones cerebrales no sentidas.

El genio, conjuración sublime de las células y fibras del cerebro, contra la inferioridad a que las condenan sus propias funciones fisiológicas, sentirá escapar el pensamiento hacia el reino de la verdad más que al de la ficción, que la verdad es la luz, y la poesía su vehículo, a través de los más oscuros problemas de la vida.

De esta suerte, el drama también al reflejar pasiones acentuadas y robustas nutridas en el seno de la libertad, y desenvueltas simultáneamente en la sociedad y el hombre, pondrá de relieve la perfectibilidad obtenida, haciendo resaltar los contornos de aquella que ha de obtener en la sucesión de los tiempos. Los siglos no son los de su *rudeza nativa*. Han pasado por muchos crisoles de prueba, dejando en ellos la broza salvaje, para adquirir un grado superior de cultura.

El teatro americano del porvenir, será así un cuadro completo de lo más magestuoso y palpitante de la vida democrática, con todas sus facetas y relieves: vida que será un día la del mundo, arte que será el medio conductor de la ciencia en las conquistas de la libertad en todas las zonas de la tierra!

Juan Jacobo

VIDA ERRANTE E IDEALES DE VENTURA. — ROMANTICISMO EN ACCION. — TEA DE INCENDIO. — EL CABALLO BLANCO

Su tránsito por el mundo fué una triste odisea.

Vientos adversos y enconados oleajes después de arrojarlo a orillas inhospitalarias lo arrastraron a islas de abundancia y relativa quietud, para atraerlo de nuevo en sus violentos torbellinos al amor del abismo, anegarlo en vértigos sin tregua y estrellarlo contra duros peñascos como un miserable indigno de la piedad humana. Parecía predestinado desde que vino al mundo a luchar con su propio orgullo, a llevar como cadena al pie el peso de una nostalgia perpetua, a resolver en lágrimas todos sus goces y alegrías pasajeras, y a concluir con su vida en la oscuridad del último gusano.

Su historia nos lo enseña sin hogar ni patria.

Su padre era relojero; su madre murió dejándole en pañales. No conoció caricias, ni arrulláronle cantos en la cuna. Creció como los árboles viciosos con savia mal distribuída, ramaje áspero y nutrido, corteza asediada de parásitos y tronco poderoso. A su sombra había lugar sobrado para muchos de sus émulos, para todas las hipocondrías y todas las paradojas.

Plutarco, en sus Vidas Paralelas, le enseñó a amar la virtud y la gloria. Richardson con sus novelas sedujo deliciosamente su espíritu, nutriendo su juventud con ilusiones no soñadas. Qué páginas para él tan encantadoras!

Y soñando sin que nadie de ello se apercibiera, pues que no asomaba a su rostro adusto y sombrío la luz de su cerebro, empezó a preocuparse de hacer algo para ganarse el pan. Como aquellos filósofos de otros siglos que empuñando el cayado y echándose el zurrón a la espalda enderezaban por el primer camino en busca de un poco de alimento en cambio de “una verdad eterna”, él se lanzó al teatro de la vida sin mirar para atrás ni tener en mucha monta el presente.

Púsose de escribiente de notario. A poco convino en que el oficio no era para sus gustos, y creyó que mejor los serviría entrando de aprendiz de grabador. Protestante por creencia, resuélvese a ingresar en el seminario de Turín, y de allí sale previa abjuración de su fe, católico completo. La lucha por la existencia no le permite lograr aplomo ni equilibrio; fuerzas contrarias lo sacuden y arrojan solo y desamparado en medio de los conflictos. No se aturde por eso el desgraciado! Decídese a servir de lacayo a la condesa de Verceilles; luego de camarero al conde de Gouvon; después de caballero a la reina de Cerdeña. Oficios honrosos y lucrativos! Pues que ellos nada dan sino escarnios y humillaciones, mejor es no trabajar...

Arroja entonces la librea vergonzosa, júntase con Bacle — un *gamín* de muchas libras — y determinase con este amigo de desdicha, a la vida trashumante. Oh, la vida vagabunda, tan llena de impresiones, encantos,

percances y aventuras!.. Pero estaba ella, en realidad, llena de miserias, pesares, vergüenzas y oscuridades infinitas. Hecha intolerable desde los primeros pasos, vuelve los ojos al seminario de Annecy, y ocúltase allí en sus claustros, preñada su alma de angustias y rubores. La cruel fatalidad que le persigue, hace al cabo de que de aquel lugar lo expulsen como a un incorregible o un leproso. Qué! ¿La sociedad humana es un conjunto de instintos implacables? ¿La tierra es un desierto? ¿La voz que implora ayuda no tiene eco en el espacio? Parece en verdad que no existiera nadie capaz de compasión! Sin embargo, él sueña siempre en los grandes ideales y en las pasiones sublimes: la humanidad no debe juzgarse por lo poco que se alcanza a descubrir, y que tal vez no sea más que una faz trasera del grande individuo. Ya se verá, cuando él alumbré la escena con sus soberbios pensamientos, e indique a los hombres la manera de conducirse. Tendrán que reconocer el error y enmendarse, así que el espíritu castigue recio a la carne!

Entre tanto, es preciso buscar una ocupación cualquiera para realizar con algunos recursos la obra, porque estarse lisa y llanamente al simple "espiritualismo" es como encerrarse en la torre del hambre. Consigue hacerse emplado de la oficina de catastro. Las operaciones del censo y del padrón estadístico, y los metódicos trabajos sobre fincas rústicas y urbanas no se avienen con sus hábitos peculiares. Escapa cuanto antes de la afixiante oficina, y métese a maestro de música. Siquiera el solfeo y las armonías podían procurarle el deleite de lo bello, un ambiente más sereno y esos halagos dulcísimos con que el arte consuela las

almas enfermas. La de él lo estaba. Envolvía la por todas partes la tristeza como un tul de crespón, y a haber revestido forma típica habríasela hallado pálida, histérica y febril... El profesor de música fatigase pronto, y tira su instrumento. Mad. de Varens lo llama con una sonrisa de protección a sus jardines de las Charmettes, y le tiende su blanca mano. Buena época de su existencia esa, a pesar de su hipocondría! No le faltaron el oxígeno, el sol y las aromas, dulces venturas del hogar y la poesía del eterno femenino. Pero ¿cómo era posible que él se viese libre de hondas amarguras, de indeseables pesares? El dolor vino callandito y lo asaetó cruelmente. Adiós, hermosas Charmettes!

Recomienza su lúgubre vida errante. Vase por su tierra como un ser extraño, con mucha claridad oculta en el alma y con el corazón partido. Por doquiera, ni una sonrisa, ni un gesto de interés, ni un saludo. Es un ilustre desconocido, con lepra de miseria. Tierra, aire, luz, todo parece venirle de limosna. Hasta el cielo, adonde convergen sus ideales, aseméjasele una plancha de acero duro y frío.

Forzoso lo es de todos modos, dedicarse a alguna cosa de provecho, porque vagabundo de aquí para allá, todo el mundo lo codea, lo empuja, lo salpica y hasta le clava el agujón como a un ente demás en la colmena. Todo eso era intolerable para un hombre de su dignidad. Acaso tenía razón el pobre romántico! Él solo valía más que toda aquella muchedumbre.

Entró de preceptor, en Lyon. La enseñanza debía ser para él un profesorado nato, una vocación indeclinable. Bello oficio lleno de encantos, instruir al que no sabe! Pensaba regocijarse mucho con ese nuevo

sistema de vida. La domesticación de las almas tiernas había sido una de las atenciones preferentes de Cristo. "Dejad que los niños se acerque a mí". El también quería que se le acercasen rodeados de la aureola de la inocencia, a fin de encaminarlos por aquel sendero luminoso que él conocía, sin acordarse que para conocerlo le había sido preciso ayudar con estudios su intelecto, y que perfeccionando su intelecto raro y fecundo, no irradiaba para nadie la ilusión de la vida, sino para sí mismo, como un castigo de su sublime ingenuidad.

Pero, en medio de sus íntimas fruiciones de dómine entusiasta asaltáronle por quinta vez con pujos irresistibles las veleidades del arte lírico, y arregló un sistema de anotación por números para la música que él creía insuperable en su género. Abandonó su misión docente, y fuese con paso firme a París, orgulloso y altivo, como quien lleva un capital en el cerebro y va mirando por encima del hombro el dantesco torbellino de la turba condenada.

La Academia de Ciencias recibió el trabajo de anotación, y pronunció luego su fallo diciendo que "no era nueva ni ingeniosa".

Ante este fracaso, él se encogió de hombros, y puso gesto fiero a la suerte. Su valentía le propició el favor del embajador Montaigu, quien lo llevó a Venecia en calidad de secretario. Ya en el cuerpo diplomático crecióse en rumbos, y pugnó por recogerse en sí mismo, dispuesto a hacer prevalecer su superioridad aunque se la discutiera el rey que fuese. A pesar de esparcir brillos seductores, cien percances y aventuras lo doblegan y perturban, y sin fuerza, renuncia los

idilios nocturnos de los lagos con sus lunas de plata y sus cantos de gondo'eros.

Vuelve a Francia...

Siempre soñando, compone su ópera *Las Musas Galantes*, sin duda por el gusto de hacer a las mujeres musas, y los hombres apolos. Creyendo luego que era posible la encarnación de uno de esos tipos fantásticos, o de "espíritus" de la Hipocrene, en una modesta costurera, ofreció libaciones de agua, miel y leche a Teresa Levasseur; y obligándola a dejar la aguja, se casó con ella. Una costurera sencilla y candorosa; ¡qué luna de plata! Abriósele esplendoroso el porvenir.

Pero las necesidades arreciaron...

Era indispensable un empleo para subvenir al consumo de la miel.

A fuerza de empeños, consigue entrar de cajero del Tesoro Nacional.

No era nada la adquisición! Guardián de la caja, puesto superior al de archivero por cuanto el olor del metal — con ser sui-géneris se diferencia del de la polilla — como una pepita de oro de un gusano invisible. Libros! Nada con ellos. El cobre mismo humilde, es más llamativo — aunque huele a usurero. Y comenzó sus tareas de custodia armándose de una paciencia estoica, con ánimo de permanecer junto a su caja hasta el fin de la vida. Al poco tiempo, sin embargo, llegó a pensar que aquel empleo ofrecía tentaciones no fáciles de vencer, y que por otra parte, no le dejaba tiempo suficiente para dar una mano maestra a un diccionario de música y a otro diccionario de botánica que él venía trabajando con mucho ardor. Si a esto se agrega el apresuramiento de sus

superiores para desprenderse del cajero, no habrá que extrañar que él desapareciera como una sombra de la tesorería.

Y al salir contento de verse libre de tan prosaica ocupación, a la vez que de sospechas y vigilancias, casi indignado de verse oliendo a vil metal, metióse a copiadador de música.

En esto, por desgracia, no había veta explotable. Las llaves y escalas para todo servían, menos para abrir cofres y tomar alturas. Su mujer le reñía con frecuencia, a cuestras con sus hijos, y sin dejar de serle fiel, había llegado a convencerlo que de una costurera no era fácil hacer una décima musa, ni siquiera una lira de cuerdas de hierro.

Misero y errante siempre, regresa a Suiza...

Allí en la patria está el verbo y la esperanza y la ventura suspirada. El haberla juzgado mal y el haber él sufrido como pocos, no es razón para maldecirla. ¡Cuántas ternuras tiene para sus hijos esa madre tan amorosa! A los malos no los quiere. ¡Oh, nunca la gobiernan los malos! Siempre se deja acariciar por los buenos, por los virtuosos, por los inmaculados, porque es concienzuda y discreta. Jamás los hijos protervos priman sobre los incorruptibles, por lo mismo que los sarracenos jamás molieron a palos a los cristianos: ella vela de hora en hora por el talento y la virtud, Suiza! *Oh, mon beau pays!*..

Vuelve, y, acosado por el infortunio tanto como por duros desengaños, reingresa en la comunidad protestante. ¿Pensaba descansar al proceder así, y se engañaba a sí mismo creyendo burlar a su destino? Quién sabe! La tierra nativa no le recibió en brazos, aun

cuando nadie como la madre debiera conocer mejor a su hijo. El vacío le rodeó, y entre las altas montañas le faltó el oxígeno. Parecióronle quizá ideales congelados sus blancas cumbres, abismos sus lagos, esqueletos sus selvas, hormigueros las muchedumbres, colmenares sucios las ciudades, quoserías nauseabundas sus vergeles; y huyó triste y desolado.

A París se encamina su planta vacilante...

Desde el valle de Montmorency, otra que la Warrens, Mad. d'Épinay, observa cómo se aniquila aquella fuerza viva en la sombra; y lo llama cariñosa, enamorada del talento como una falena de la luz. De esa vida en *L'Ermitage* brota *La Nueva He'oisa* como un resumen de esencia y de rimas de la naturaleza. Pero, no satisfecho el escritor con tal desahogo intelectual, y con la placidez de sus horas entre flores y tranquilas auras, quiso probar el fruto de carne, siquiera fuese para olvidar que había echado todos sus hijos al hospicio y que no habían contraído vínculo alguno en la tierra, que no fuera el vínculo con la desgracia. Y púsose a hacer el amor a Mad. de Houdetot. Gallináceo viejo para tender con gallardía el ala, quedó en el acto al descubierto; y este amor imprudente lo hundió a los ojos de sus pocos amigos. Las pullas sangrientas de Mad. d'Épinay y los celos crueles de DIDEROT, unidos a aquel pecado, pónenlo en fuga vergonzosa.

Los señores de Luxemburgo lo hospedan en su palacio. Buena suerte que sólo encontrarán el héroe de Cervantes o Gil Blas, eso de andarse sin un cuarto por la boca de las bodegas y en roce con las talegas de escudos!

A la sombra de viejos árboles hace revivir sus utopías y ensueños y no recuerda que nadie lo haya despreciado ni perseguido. Por el contrario: esa pobre humanidad doliente que él contempla con lástima sin apercibirse que él mismo era el reflejo fiel de sus dolores, necesita encontrar el perdido camino de la fortuna; y un riego de teorías luminosas no le vendrá mal. Preciso es decirle la verdad. No hay más soberanía que la del pueblo; la sociedad es un contrato. Los hombres en estado de naturaleza se avinieron a la cohesión del esfuerzo en común: el derecho divino consagrado por cien leyes pierde su cetro ante el derecho humano que salió intacto de las selvas y las cavernas después de disputar a tigres y leones el pleno goce del dominio. Y así meditando escribió *El contrato social*, formidable paradoja capaz de hundir imperios.

Produjo también el *Emilio*, causa ocasional de sus nuevas peregrinaciones.

El alumbramiento de *Emilio* le vale un decreto de prisión del parlamento de París. Escapa a Ginebra. En Ginebra se le condena, y el *Emilio* es quemado públicamente. Refúgiase entonces en el cantón de Neuchâtel, donde en algo se le ampara. A salto de mata o de monte, pordiosero de paz y de derecho, vagabundo temible, arador paciente en tierra de siglos pobre y cansada, espíritu rebelde a la regla del hábito, agitador constante de las almas en sentido del cambio, instrumento de demolición con más poder que un ariete para abrir un sendero a la corriente evolucionista, heraldo de principios y verdades nuevas, soñador de una república ideal capaz de hacer surgir del foco de todas las miserias los fanatismos más subli-

mes, no podía pretender se le concedieran muchos días de bonanza; y escribiendo sin cesar artículos, panfletos y libelos que lanzaba a luz como quien arroja el santo y seña desde una ladronera o la mecha que ha de dar fuego al polvorín, se le expulsa de Suiza.

Adiós otra vez, tierra de lagos y montañas, en donde el espíritu romántico creyó encontrar con la región del águila la región excelsa del pensamiento libre! Adiós patria de relojeros, agricultores, queseros, y demás industriales menudos, que os agitaís en los valles profundos amasando con sudor honesto la virtud republicana: Juan Jacobo como el águila caudal, remonta el vuelo hacia las cimas y nunca más vendrá a perturbar tu zona neutra con fatídicos augurios de colosal tormenta!

Y como el hombre salvaje, de que él nos habla, envuelto en su orgullo y en su soberbia como una piel de fiera, fuése por quinta vez errante por la Europa.

Estuvo en Berlín. Después, atravesó el Rhin y la Francia a paso furtivo a manera de presidiario que ha purgado ajenos delitos y se siente quemado por la vergüenza de vivir bajo el rigor de la injusticia; y esta injusticia unida al odio y a la envidia lo acosan en el tránsito sin piedad, le persiguen hasta las playas del océano, lo entregan al oleaje enfurecido entre cuyas espumas mugidoras se había mecido su existencia, y confiado a los vientos implacables lo arrojan éstos a las costas de Inglaterra lo mismo que a miserable despojo de un siniestro.

David Hume, — el historiador ilustre —, lo recibe fraternalmente en su residencia de Wotton. Es un hermano que llega, casi desnudo como el sabio de la Gre-

cia al salir de la ciudad incendiada, pero en toda la plenitud de sus ideales, aunque hipocondríaco, insociable, semi agreste, con resabios y rudezas análogas a los de su *homme sauvage*... No importa: es un privilegiado! Bajo aquel clima frío y severo escribe el primer volumen de sus *Confesiones*, como si ese clima hubiera llamado a cuentas su conciencia y condensado sus memorias, en sólidos capullos; escribe nuevos libros, que le atraen el descontento de Hume. — ya inquieto ante los progresos de sus desequilibrios nerviosos —, y le suscitan persecuciones tenaces; y, no viendo en su orgullo en la vieja Albion sino mantos de brumas, hombres hechos de nieve y flema, y ciudades de salgruesa, apresúrase a despedirse de sus playas, entrégase de nuevo a las olas y los vientos, y arriba pobre y desvalido a las costas de aquella Francia que había nutrido sus ideales y dado teatro a sus ambiciones.

El príncipe de Conti lo llama compadecido a su palacio de Tyre; pero, el huésped, que se iba haciendo insoportable trabajado por la hipocondría, no demora mucho allí, y vase errante como el condenado de la leyenda, envidioso de la alegría de la alondra, de la audacia del gorrión y de la mísera ventura de la hormiga alada a quien nadie inhibía de gozar de su poco de tierra, de aire y de luz...

Y vagabundo anda de ciudad en ciudad y de pueblo en pueblo; recorre solo y sintiendo el escozor de cien heridas todo el Delfinado, piensa, escribe, brilla por una hora, desaparece misterioso en cada lugar; dirige sus pasos a París, reposa, pugna por reincorporarse, y sacudido el polvo de su viacrucis lanza a la

publicidad sus *Diálogos* y sus *Reveries*. Postreras llamadas de su cerebro! El infortunio acrece, redobla sus golpes de dolor, se hace más hondo el vacío, más dilacerante la crudeza del desengaño, disminuye el fluido en la cabeza poderosa y la razón empieza a nadar en el vértigo.

Todavía hay una mano protectora para el que lucha desesperado entre agua y cielo. De Girardin se la tiende y lo lleva a Ermenonville; sigue empero el descenso, el ánimo se abate y sobreviene la muerte.

Una crónica dice que esa muerte se produjo por el veneno o por un disparo de pistola. Otra lo niega y lo da por extinguido bajo el peso brutal de su infortunio. Se le sepultó en la isleta de los Alamos, en el centro de un lago tranquilo.

Tal fué en síntesis, la vida de Juan Jacobo Rousseau el filósofo revolucionario y el escritor ardiente que se destaca en los primordios de la lucha, y acentúa con ruda energía el sentimiento de rebelión contra la fórmula clásica.

En el orden social y político minó la omnipotencia de los reyes y dió armas a las muchedumbres. Sus ideas se abrieron paso en la masa como dardos de fuego, dejando en pos las chispas precursoras de un incendio pavoroso. A sus ensueños románticos, adunó las pasiones sin freno, que convocó a la lucha rompiendo todo lazo de disciplina y desertando a la regla con gritos de combate. Los instintos terribles que bramaban en todos los pechos como hienas aherrojadas en sus jaulas, mucho tuvieron que agradecerle. Él había evocado al hombre primitivo en mágico conjuro, para que se irguiese y arrojase sobre todas las grandezas el

polvo de los siglos; para que opusiera en toda su ruda majestad el derecho humano a los privilegios de la monarquía y del feudo; y la paradoja se hizo verdad en el alma de las turbas, la ficción se hizo carne y hueso para los que concentraban rabias y odios letales. Sobre las multitudes flotaron los ensueños de una vida mejor; y bajo su planta uniforme y maciza como un muñón de elefante, quedó aplastado todo lo que había brillado con poder fascinador desde la real corona hasta el escudo del último caballero. La libertad fué un delirio, la igualdad arrasó todo lo saliente, la fraternidad puso al mismo nivel todos los instintos. Juan Jacobo llegó a resurgir casi divinizado en medio del desorden, y su efigie alzada muy en alto dominando las ruínas, fué símbolo de una humanidad nueva. . .

Digna era la obra de quien nunca dudó de la utopía, sin haber jamás descendido al análisis de la miseria humana al favor de la ciencia inquisidora; y lógica era la consecuencia de los gritos airados y de la protesta perenne de quien nunca conoció la paz del alma!

Las muchedumbres que viven de emociones pasionales y no de verdades científicas, porque sufren, y el sufrimiento reclama acción y estallido, recogieron la utopía como una tea incendiaria, el grito de cólera como un toque de carga y la protesta como un himno inmortal del derecho. ízose por doquiera la ruina; el nombre de Rousseau atravesando los mares, como una nave sin brújula al favor de la corriente y de un viento clavado de tempestad, fué conocido en América como una fórmula final de combate y sacrificio.

Deísta, creyente sincero del dogma eterno, soñador de dichas perdurables, polemista duro y soberbio, escritor de estilo brillante y armonioso, talento vasto capaz de aventurarse en todos los rumbos del pensamiento con la audacia de la luz, espíritu rebelde a la disciplina clásica cuanto era de expansivo y contagioso para el alma pasional del vulgo, corazón lleno de alientos pero también de sensibilidad superflua en armonía con su índole candorosa, Juan Jacobo Rousseau fué en su tiempo el representante conspicuo de la reacción contra las reglas consagradas en literatura, el tronco robusto de la filiación romántica, así como del doble punto de vista social y político, fué el generador de teorías que debían dar en tierra con la unidad individual prepotente en nombre de la soberanía del número.

Sin dejar de tener sus conexiones de detalle, cuán distinta sin embargo la vida y qué diferentes fueron los medios y la acción de propaganda de su émulo y coetáneo Dionisio Diderot!

No es posible hablar de los dos sin traer al recuerdo aquella imagen que el filósofo griego presentaba bajo la forma de un tronco de corceles; blanco el uno, negro el otro, unidos por lazo indisoluble y flotando en los aires: símbolo el primero de anhelos inexplicables e ideales vigorosos, y emblema del segundo de la realidad amarga y del dolor positivo. En vano, con las crines revueltas, las narices dilatadas y el ojo encendido; — ¡romántico corcel! — el blanco puja por lanzarse al infinito, como si fuera propio perderse en el vacío y servir a nadie de satélite sin provecho ni beneficio. El caballo negro con el ala firme, tendido.

el cuello, hinchados los músculos por el esfuerzo; — ¡bizarra caballería! — puja para abajo buscando por instinto noble la corteza sólida que ha de afirmar los cascos. La cordura del intento parece centuplicar sus fuerzas, pues raro es el instinto que supera al de propia conservación; y por el hecho, como se dice en el arte, el blanco habrá de ceder a la larga antes que le sobrevenga la cinchera.

Hemos visto cómo el hijo de un relojero, ascendió a la región de los ideales y de las utopías, donde los espíritus superiores se mueren de nostalgia, y cómo caracterizó la rebelión romántica contra el cataclismo, dando como el pelícano a la prole, de su próspera vida savia a la humanidad hambrienta.

Ahora veremos cómo el hijo de un cuchillero, descendió a los recónditos de la ciencia oscura para buscar la regla exacta, el análisis “vivo y seco” y exhibir la verdad desnuda a la masa ignorante, reaccionando en cuanto a los medios, contra la tendencia vencedora a que había contribuido. El hijo del cuchillero no quiso librar nada a la fantasía, al vuelo romántico, ni aun su esperanza más risueña; sino a la observación y al experimento dentro de la rebelión romántica, racional, cuerda, amarga, sin fosforescencias fugaces ni prestigios maravillosos, despojada de encantos, como una octogenaria de ilusiones; y por eso, faltando a la prédica la emoción pasional, su influencia fué menos sensible que la de Rousseau en el medio ambiente de su época, pero de mayor proyección en el espacio y en el tiempo.

II

DIDEROT

SISTEMA DE TANTEO. — DICHA POSITIVA. — LA REGLA CIENTIFICA Y EL ANALISIS SECO. — ARADOR PROFUNDO. EL CABALLO NEGRO

No se trata ya aquí de hermosos ensueños y de utopías más o menos deslumbradoras, explotadas como armas necesarias para conmover los cimientos del viejo edificio social. Las ideas espiritualistas, las teorías abstractas y los brillos de imaginación van a ceder su puesto a otro orden de principios y de tendencias metódicas. De Juan Jacobo pasamos a Diderot; como si dijéramos: del obrero que se agita febriciente bajo el sol estival, al minero que trabaja en el fondo de los pozos.

Sabido es que producida la insurrección contra el clasicismo, manifestáronse, decirse puede, sobre el campo de la victoria dos propensiones acentuadas del espíritu: la de los retóricos, que se preocupaban de la forma y del estilo para dominar con la magia de sus galas y la pasión de sus frases; y la de los analíticos, que sólo tenían en cuenta la viveza, la sequedad y la precisión. De aquí que, hiriendo más directamente el sentido popular, y desde luego todos los entusiasmos inherentes a la naturaleza humana, los retóricos imperasen en la escena — con un llamamiento perpetuo a los odios o a los amores, según la índole propia y el alcance de la prédica. Los analíticos, trabajadores pacientes y concienzudos, no podían luchar con ventaja contra la corriente, y los efectos de su obra no

eran tan sensibles que trascendieran al público y alcanzaran éxito en el sentido que ellos querían dar a la evolución literaria.

Si bien compañeros en el esfuerzo contra el clasicismo, unos y otros discreparon luego profundamente acerca de los medios a emplearse en la nueva obra y del objetivo mismo de la rebelión triunfante. Los retóricos calcaron sus teorías y su propaganda en la filosofía espiritualista, dando al deísmo una inmixción exagerada en las cosas del mundo, pábulo a todas las ilusiones de la vida, alas a la mente para sustraerla a la realidad palpitante, y hasta un aspecto de poético martirio al que sufría las consecuencias de su pecado o de sus propios yerros. El bien y el mal tenían sus encarnaciones correctas, conforme a la lógica de escuela, y la fantasía soñadora se permitía extraviarse como el poeta en la selva oscura para sorprender los misterios de ultratumba.

Los analíticos se mantuvieron firmes, por su parte, en el terreno que consideraban sólido, creyendo que la marcha de lo conocido hacia lo desconocido era la conveniente con sujeción a reglas que debían proporcionar la observación y el experimento. No negaban a Dios, desde luego, sino la utilidad de discutirlo; los efectos debían estudiarse en sí mismos, antes de investigar sus causas; el suelo antes que el cielo; la vida humana antes que la seráfica; las leyes de la materia orgánica con preferencia a la de una teodisea eternamente nebulosa.

Verdad es, repetimos, que románticos y naturalistas no eran más que frutos maduros de una misma evolución que ellos venían siguiendo a impulso de la

ley fatal del cambio, para sufrir al fin unos y otros las consecuencias de la misma crisis purgadora que los había hecho dueños de la escena. Por manera que, factores activos de un movimiento que tenía su arranque inicial en época más apartada y que venía desenvolviéndose lentamente en la sombra, con todos los caracteres singulares que el espíritu humano elabora sus cosmogonías, no podían pretender la paternidad exclusiva de una obra anónima, vasta y compleja, y sí limitarse a proseguirla conforme a las tendencias distintivas de cada grupo. Pensadores fueron los de uno y otro campo, no bien definidos éstos todavía; pero discreparon en punto a lógica. Las mentiras envueltas en rico ropaje; la fe, el amor, la virtud, presentadas en forma de idilios; el sacrificio, la abnegación suprema preconizados como actos comunes y frecuentes de la vida, singularizaron desde los primeros tiempos la labor romántica, propiciándole las simpatías del conjunto herido en su sensibilidad estética por un himno permanente a lo bello y a lo sublime.

Del otro lado, cambiaba por completo el criterio y el aspecto de las cosas. Todo lo noble y lo grande; con ser la excepción, desaparecía bajo el cúmulo de fealdades y miserias, de instintos y apetitos desordenados de la masa, inquieta siempre por su destino, primando en ella con el sentimiento de conservación propia la crudeza del egoísmo, la desigualdad de clase, el orgullo de raza, la bajeza de origen, la injusticia cruel, el dolor ignorado y los dramas palpitantes del crimen.

Todo esto, naturalmente, quedó de relieve, después; pero en la época a que nos referimos tuvo su germen y su principio de desarrollo.

Rousseau representó la tendencia romántica; y su amigo Diderot la llamada naturalista. Uno y otro son los antepasados de la evolución literaria que aún prosigue, y constituye su doble tronco.

Por eso Zola, al rechazar la afirmación de que él era o pretendía erigirse en jefe de escuela, ha dicho:

“La verdad es, sin embargo, muy sencilla. Soy crítico y nada más. Como crítico he estudiado nuestra literatura contemporánea, y forzosamente me he preocupado de su origen y del fin a que parece dirigirse. En mis estudios, lo que me ha interesado sobre todo, es la evolución general de las inteligencias, esa gran corriente que se produce en una sociedad bajo influencia de las causas humanas e históricas. Y de este modo me he visto llevado, partiendo del siglo XVIII, a demostrar la evolución naturalista, que se declaró primero por la insurrección romántica, y que hoy día parece llegar al empleo, en las letras, de los métodos científicos de observación o de experimento.”

A fines del siglo XVIII, Diderot, en realidad, puso empeño en la aplicación de esos métodos, aun cuando pudiera tachársele de lógico en algunos de sus juicios. Quería “el retorno a la naturaleza”, según la frase del famoso escritor.

Sabido es que Diderot, era de origen humilde, y que recibió su primera educación en una comunidad religiosa. Los buenos padres que abrieron su espíritu a la luz, lejos estuvieron quizá de conocer la fertilidad de la tierra en que echaban la semilla.

Disciplinada algo más su inteligencia en el colegio de Harcour, y libre de vínculos escolares empiezan para él las agitaciones de la vida y con ellas los

tanteos del talento que busca colocarse convenientemente en el terreno de la lucha.

El estudio de un procurador, en que al principio se ejercita, no le llena con su ambiente; conflictos domésticos lo alejan de los suyos; y al aislarse confiado en sus fuerzas propias, pónelas en juego, abriendo cursos de idiomas y ciencias exactas.

Contrae enlace luego, con una joven de familia oscura. Comienza entonces la labor obligada; el ingenio entra en actividad, se aguza, se desenvuelve, y a medida que adquiere elasticidad y fuerza, acrecen sus anhelos y osadías. Hace traducciones, escribe sobre el mérito y la virtud, diserta sobre otros temas filosóficos, y ocúrresele su epístola acerca *des aveugles*. El "absoluto" como principio como verdad recibe un golpe rudo en este libro, que no sólo le atrae el desfavor de Voltaire, sino que le acarrea como consecuencia un encierro en Vincennes.

Libre, ensaya el drama en la escena francesa, pero, sus grandes trabajos fueron los emprendidos en compañía de D'Alembert. En la Enciclopedia dejó su rastro de luz. Ciertas traducciones del inglés, dieron motivo a la obra, que bien luego aumentó extraordinariamente sus dimensiones. El prospecto y el sistema de los humanos conocimientos, fueron frutos de Diderot. El concurso de cien inteligencias cubre las páginas con múltiples temas; y, perturbada la serenidad los maestros y de los sabios ante aquella irrupción de cosas, ideas y teorías, verdadera bandada de golondrinas en pleno invierno, se produce un grave disturbio en el dominio de las letras. D'Alembert abandona la trulla al sentir el viento tempestuoso, y deja solo a su

compañero en los andamios del edificio, que estaba aún lejos de su coronamiento. Aquella obra de extraña arquitectura sublevaban en efecto todas las resistencias de la vieja escuela, o del clasicismo, en cierto modo degenerado, pero, lejos de quebrantar ellas los bríos de Diderot, que recibe impávido y rechaza los golpes, como el joven soldado que siente orear por primera vez sus sienes por el trémulo puño de su bandera, los increpan y levantan trasmitiéndoles enérgico aliento. Personajes ilustres le estimulan. La Pompadour hace con él, lo que otras hicieron con su amigo Rousseau; tiéndele su mano perfumada y llena de promesas. Estos cuerpos entregados al placer, suelen encerrar entusiasmos delicados. La aturdida vida sensual paga así también su tributo al talento, siquiera sea para olvidar un poco las torpezas del instinto!

Con semejante apoyo, el laborioso escritor llevó a la cima su empresa, solo en la tarea; pasó examen a todos los párrafos, corrigió muchos e hizo otros nuevos. La Enciclopedia salió de sus manos de cuerpo entero, por encanto o magia de una poderosa inteligencia, como una cosmogonía índica. Las artes, especialmente las mecánicas, tuvieron en la obra su lugar distinguido. Para formar conciencia plena de ellas, no le fueron bastantes los libros con sus teorías más o menos luminosas; él quiso por sí mismo hacer una verdad de las lecciones sobre objetos, de la enseñanza por los ojos, partiendo del principio sepultado en el olvido hacía dos mil años — *nihil est in intellectu quod prius...* — principio incorporado como exacto a la pedagogía moderna; y, lógico con el método que se había impuesto, cortando las alas a la fantasía, recorrió talle-

res, fábricas y obradores, examinando todo en sus menores detalles por largos días y noches. La observación y experimento hábil y pacientemente aplicados, lo pusieron al fin en aptitudes para emprender el trabajo de desmenuzamiento y de recomposición de todo lo relativo a las artes útiles.

Mientras su íntimo Juan Jacobo se iba errante de pueblo en pueblo, buscando cumbres como el águila, o pugnando en las alas de la mente enardecida por levantarse del suelo, cuyo nivel le parecía bajo y miserable, a semejanza del corcel blanco de la alegoría griega; él, Diderot, se aplastaba más a la tierra, pidiendo la clave de sus secretos a la madre naturaleza: sondaba lo desconocido, y como el corcel negro de la misma imagen platónica, concentraba todos sus esfuerzos en sentido de afirmarse en la costra sólida y resoplar contento el polvo, para esparcir a todos los rumbos la verdad de la materia en átomos luminosos. Juan Jacobo se lanzaba fuera de su atmósfera, dejando en pos estelas brillantes que seducían la mirada de las muchedumbres con la atracción irresistible de los fenómenos celestes; Diderot se asemejaba a esas lámparas de claridad azulada y fija que alumbran las profundidades en donde el ojo experto descubre la verdad oculta, el brazo incansable ahonda la mina y la mano inteligente extrae del lodo y los guijarros el diamante evuelto en greda.

El uno representa los anhelos grandes y vagos del espíritu sin tipo conocido, de emoción pasional, pero nada coherentes con la realidad de la vida; el otro encarnaba la aspiración al cambio por la natural virtud del esfuerzo humano, por el estudio de los hechos po-

sitivos y la coherencia de la ayuda propia con los medios científicos de mejoramiento.

Verdad es que Diderot, en medio de tantos afanes y desvelos no se hizo opulento, pero en cambio logró en mucha parte esa tranquilidad relativa de que no disfrutó su amigo Rousseau, por cuyos altos vuelos llegó él, sin embargo, a sentir un poco de envidia. En circunstancias difíciles Diderot puso en venta sus libros; y esta resolución fué adoptada cuando su nombre tenía verdadero valimiento en el mundo de las letras. El cálculo, o la suerte, favorecióle hasta en la calidad de comprador. Este comprador fué la célebre czarina de Rusia, Catalina II, quien para hacer más ruidosa su oferta, impuso a Diderot la condición de aceptar el puesto de director de la biblioteca de San Petesburgo. Rehusóse el filósofo a esta honra; pero, presentóse en la corte moscovita a manifestar su gratitud a aquella otra dama encantadora, que buscaba en el amor al genio una compensación a las íntimas tristezas que en pos dejaban las pasiones ardorosas. Todavía al regreso, el afortunado Diderot evitóse un exceso de complacencia; pues que, estando el gran Federico, en Berlín, al acecho de su ilustre persona, con buenos deseos de abrazarlo y seducirlo, él prefirió a este beso y abrazo dar un rodeo, trayendo sin duda en sus labios el dejo gratisimo de envidiables deliquios.

Ya en París, púsose de nuevo a la obra. Diversas producciones brotaron de su pluma, y entre ellas algunas novelas en cuyas páginas campea el espíritu analítico, sutil y vigoroso. Su último esfuerzo fué para Séneca y los tiempos de Nerón.

Cuando esta grande energía se extinguió, los métodos científicos de que echó mano para sus obras, sólo vivían en ella, y quedaron dentro de la misma evolución como moldes ricos de una fórmula que el tiempo debía madurar. El reinado del romanticismo con sus innegables esplendores, mantuvo la tendencia contraria en la sombra; hasta que, disipada la embriaguez lírica al soplo continuo de la realidad amarga, efectuóse “el retorno a la naturaleza” y la crítica exigente fué a buscar en los viejos archivos el documento humano que pusiera de relieve el principio, la razón y la lógica del movimiento evolucionista.

Sentado esto, explícate uno claramente por qué el crítico — no el novelista — Emilio Zola, reconoce como antepasados a Diderot y a Rousseau, para demostrar que el naturalismo y el romanticismo parten ambos del mismo sentimiento de rebelión contra la fórmula clásica.

Y echando una mirada a fondo sobre retóricos y analíticos, define las respectivas posiciones de esta manera:

“Filosóficamente los románticos se detienen sobre el deísmo, conservan un absoluto y un ideal: no son ya los dogmas rígidos del catolicismo, es una herejía vaga, la herejía lírica de Hugo y de Renán, que pone a Dios en todas partes y no le deja en ninguna. Los naturalistas, por el contrario, van hasta la ciencia; niegan todo absoluto y no es el ideal para ellos más que lo desconocido que tienen obligación de estudiar y conocer; en una pa'abra, lejos de negar a Dios, lejos de aminorarlo, lo reservan como la última solución que

está en el fondo de los problemas humanos. Esta es la batalla.”

Y sigue en todas partes oyéndose el rumor de esta batalla, que tiene en suspenso los ánimos y preocupados los espíritus; por cuanto la teoría nueva de suyo expansivo y avasalladora, ha llegado a penetrar hasta en los mismos dominios del derecho, abriendo con los estudios antropológicos vías no exploradas al criterio jurídico y ofreciendo más sólidas bases a la sanción penal.

Noviembre de 1900.

La mujer uruguaya y su educación religiosa

I

¡Ah! ¿Es que nadie vendrá en auxilio del alma humana en esa sombra? ¿Será por ventura su destino el esperar allí eternamente al espíritu, al libertador, al inmenso cabalgador de los Pegasos y de los Hipógrifos, al combatiente de color de aurora que desciende de las cerúleas regiones del firmamento, entre dos alas, al radiante caballero del porvenir? — VICTOR HUGO.

Así como coloca al alma encadenada, este valiente pensador, coloca a la mujer el Dr. Arrascaeta, en materia religiosa

Impulsa a la mujer por el sendero del fanatismo, a la *práctica del culto divino, más eterno que nacido de la conciencia y del alma.*

Y con una literata americana, agrega: *sea la mujer el agente divino que bajo la mano de Dios, opere nuestra regeneración social!*"

El Dr. Arrascaeta cimenta así, en la mujer, la base del porvenir.

Merced a ella, el catecúmeno aparecerá con celestes alas; merced a ella, la recomposición de los elemen-

tos sociales se efectuará de una manera lenta y tranquila.

Consideremos la idea enunciada con bastante sencillez y profundidad.

La educación social de la mujer, tal cual la manifiesta el Dr. Arrascaeta, es en verdad aceptable y posible; su educación religiosa viene a destruir por completo las ventajas de la primera.

Humilde obrero del ideal, quiero para el hombre la soberanía de la verdad; quiero para la mujer idéntico principio inviolable.

Apóstol novel del Racionalismo, ¿cómo pudiera desear para la mujer oriental la parálisis del dogma?

¿Cómo pudiera desear para la mujer, madre de las generaciones, el estacionamiento del error católico?

¿Cómo aspirar que la mujer, maestra del niño, beba en la fuente impura del absurdo religioso, e inculque sus doctrinas parietarias a ese niño, esperanza consoladora del bien y recurso de la virtud vilipendiada?

De ninguna manera. Precisamente en la mujer, tal cual se presenta en el artículo refutado, viene el Dr. Arrascaeta a atacar la majestad inmaculada del principio y del ideal, a que la humanidad se encamina a pesar de todas las religiones positivas.

El Dr. Arrascaeta confunde en una sola protesta, todas las esclavitudes de la mujer; y concluye por imponerla una, la más oprobiosa y denigrante, la tutela religiosa.

La mitad del género humano siempre se halló en la penumbra.

Pero el rayo del ideal alcanza hasta los umbrales del templo subterráneo.

La mujer ha sido la hermosa planta, inmóvil en la pared en ruínas, mostrando sus flores de primavera eterna y lanzando al aire sus perfumes inagotables.

Nadie podó esa planta; nadie regó sus raíces con el agua que purifica; nadie dió a ellas más de una lágrima de amor cuando tantas dióle el rocío de la noche.

El pozo de Jacobo lo bebieron todos los sedientos!

Las sociedades primitivas exigían en sacrificio, ante los altares de Mitra, el pudor de la mujer.

Las sociedades modernas la exigen vida en las tinieblas.

¿Por qué condenarla a vegetar en el dogma? ¿Por qué arrancar a pedazos el ideal de su alma?

Estupro de las conciencias!

Seamos justos en nuestra prédica mundana y no oscurezcamos.

El libro de los fanatismos, las escrituras del fraile, dicen que en la última mañana del Edén, la mujer se perdió por el pecado.

Mentira. El Edén será con ella perenne: el Edén será la verdad, cuando el racionalismo sea el hecho consumado.

¡Pobre mujer! La vemos llorar sobre la tumba de todo lo bello y de todo lo bueno; la vemos sollozar por las desgracias del hombre, y sin embargo el espíritu de los fanáticos está bien calcinado, para que no perciba esa queja y ese lloro.

La vemos hundida en la soledad monástica; la vemos prosternada ante la imagen de Magdalena, tal

vez, la prostituta en vida; y no obstante, en ella está todo vindicado, todo está legitimado, nada importa el error de la mujer!

El sacerdote, verdugo que encadena su espíritu y dilacera su corazón, cumple una misión, llena un deber!

Así la mitad del género humano, sufre; así el niño nace muchas veces para el Seminario, para la Iglesia o para el Vaticano. El frenesí que la mujer fanatizada, es más sombrío que en el hombre. Bien vale Juana de Arco lo que Juan Huss; bien vale Carlota Corday lo que Ravailac.

De este modo la mujer es un ángel caído. Ha citado a Norte América el Dr. Arrascaeta; no extrañe pues, el distinguido articulista, que exponga estas ideas, extravagantes para muchos; para otros, extensas y universales, comunes al libre pensador.

La mujer racionalista, será la muerte formidable de las religiones caducas; la madre meditativa, el punto de partida de la regeneración social, el engendro necesario del verdadero ciudadano. Grande era la vieja Roma con la virtud de las Cornelias; grande será el género humano con las Roland, en la esfera religiosa.

II

No hagamos de la mujer la expresión de la debilidad, después que las generaciones del Bajo Imperio, hicieron de ella la expresión de lo innecesario y del deleite luego, sumidas en el marasmo asqueroso de la fiebre pútrida.

Eduquémosla desde hoy con la propaganda de la verdad, morigeremos sus hábitos monásticos, abramos

el cáncer cuyos envenenados alientos, propagan y eternizan el mal; y habremos entonces conseguido la primera etapa del ideal en marcha. La mujer oriental necesita esta educación.

La mujer no nació sólo para amar; nació a su vez para educar: el niño ha de formarse al regazo de su virtud severa y de su puro amor.

La conversión del alma es un entrañamiento de virtudes, como la conversión de la noche es un entrañamiento de auroras.

Crea el Dr. Arrascaeta que entre las mujeres orientales, hay algunas que profesan el culto de los principios eternos, y han desechado ya lo absurdo para escoger lo necesario.

Es este un paso aventajado, que no dejaremos fracasar, nosotros los que rendimos tributo al progreso bendecido.

Se asegura que el bello sexo oriental no posee intérpretes ilustrados en su seno; y este es un error que desvaneceremos en adelante y de la manera más evidente, si es que merece una réplica fecunda la cuestión que presentamos.

Concluiremos con el final del acápite que encabeza estas líneas y que simboliza bien la condición de la mujer tratándose del alma:

“¿Habrá de permanecer siempre allí, sin una vislumbre, sin una esperanza, entregada a esa formidable aproximación vagamente olfateada por el monstruo, temblorosa, desgñada, torciéndose los brazos, encadenada para siempre a la roca de la noche, Andrómeda sombría, blanca y desnuda en el seno de las tinieblas?”

1872.

A correr sortija

Radiante fué el domingo tan esperado en el pago. La corrida de sortijas prometía ser de lucimiento, a juzgar por los preparativos hechos y el número de concurrentes de todas edades y sexos.

Las dos amigas se habían instalado en sitio dominante, y complaciase Margarita en instruir a Paula sobre cosas relativas a la fiesta. En eso estaba cuando de pronto le señaló un recién venido.

—Ese vive en los yuyales — díjole. Come miajas. No lo mirés porque te van a doler los ojos.

Aludía a un gaucho que acababa de desmontarse de un caballejo estrellero, y cuyas “cacharpas” eran fieles denuncias de su vida ociosa. Con botas de cuero de potro endurecidas y llenas de grietas, chiripá a listones ya incoloros, “chepí” de piel de gama sin un solo lunar de pelo, y chambergo color ala de mosca con una rotura en la copa por donde le salía un mechón de greñas, este vagabundo adunaba a su aspecto mísero la fealdad del rostro mordido de la viruela, y surcado en toda la mejilla por una cicatriz profunda.

Traía a los tientos una guitarra vieja con clavijas de madera rústica, y en vaina de cuero a medias des-cosida, un cuchillo con mango de asta.

Aunque sus décimas, más que versos, parecían desahogos en prosa feroz, gozaba cierta nombradía de payador, y de ahí que tuviese su pequeño círculo de relaciones este poeta repentista.

Su llegada, como de costumbre, había absorbido la atención de la concurrencia, en buena parte avispada y chocarrera, a no ser la aparición imprevista de dos forasteros en pingos de alza con arreos de lujo.

Prodújose una emoción general.

Los hombres dieron principio al cuchicheo, y las mujeres se quedaron contemplando de hito en hito a los "pajueranos".

Aunque se había visto a uno de ellos en la fiesta anterior, no por eso despertaba menos curiosidad, pues nadie pudo averiguar de dónde venía y por qué se fué sin cambiar saludo con persona alguna.

Este era el del cinto atigrado, con el cabello a dos bandas y el aire taciturno.

Ahora vestía de pantalón y saco oscuros, bota a media pierna y pequeñas espuelas de plata. Caía con gracia a un lado de su cabeza un sombrero de pajilla blanca y ala corta, provisto de barboquejo negro. Tenía la tez luciente, los ojos avizores, sombríos, de expresión serena y una firmeza rara — el mirar que no sabe del mando y del peligro. Cubría su labio un bigote todavía muy negro. Presentaba limpio el resto de la fisonomía, un tanto aguileña, de un gesto ceñudo y melancólico.

Este hombre andaba derecho, sin ademanes descompuestos, con aplomo y continente digno.

Después de haber puesto manea a su zaino tostado pisaba el terreno como si fuera propio.

Su compañero era un hombre más alto y macizo,

algo mayor de edad, de ojos semi ocultos por párpados largos y gruesos, pero de una movilidad y un brillo sorprendentes; pelo corto y recio, y manos pequeñas de dedos regordetes, capaces de la presión de dos zarpas, a juzgar por los brazos en extremo musculosos. Con el sombrero echado atrás, dejaba bien al descubierto un semblante color de bronce, franco y abierto, de nariz con fosas amplias y boca regular, apenas sombreada por pelos ralos y fuertes.

Era cervigudo y de peso. Llevaba chiripá azul, botas recias y espuelas de hierro.

Este sujeto se había apeado de un "malacara" delgadón y bufante, de remos inquietos y penacho sobre la faja blanca que le bajaba desde la frente hasta el final del hocico. Lucía un lomillo con encabezada de metal fino y sobrepuesto de piel de "guazubirá", A grupas, un buen lazo de trenza y "boleadoras" en "retobos" de lagarto.

A la vista de tales huéspedes y cosas no vulgares, acrecía el interés entre los circunstantes, los que formando grupos se trasmitían en voz baja sus impresiones.

Las mujeres acometían el diálogo de un modo vivaz, aunque luego se guardaban en suspenso, para fijar de nuevo los ojos en los recién llegados como inquiriendo la razón verdadera de su visita.

El tape Verdún, aventuró que el más grande debía ser charrúa mestizo, y el otro criollo sin vuelta.

En oyéndolo el payador Deolindo, golpeó con los nudos de los dedos la caja de la guitarra, deslizó las yemas duras por las cuerdas, se la echó al hombro y miró con aire de reto. Todo obra de dos segundos. De

este remedo del golpe del antiguo heraldo en el escudo de las lizas nadie hizo caso.

El comisario Faustino, que estaba muy atento desde el comienzo de la escena, dijo de pronto a don Goyo el patizambo, teniente alcalde de la sección:

—A mi parecer estos son bomberos.

—De dónde saca?

—Saco de lo avispaio del indio y de lo zorruno del manso.

—Pué ser. Pero el manso se me ase ensemismao y el indio chacotón.

Y mirando a los caballos con algún estupor:

—Montan lindo

—A lo jefe, don Goyo. Desta echa los venteo bien.

Éra el comisario un hombre entrado en carnes, ventrudo, piernas cortas, cabeza de forma arietina con dos mechones por encima de las orejas, nariz gorda muy colorada, ojos redondos, saltones, plomizos, con estrías amarillas y dos cachetes que parecían morrones en sazón.

Colgaba un sable de su ancha cintura y del lado opuesto un cachirulo de hojalata metido en funda de mimbres.

Su aire de autoridad y cierto ceño de sus revueltas cejas, le daban un aspecto de caudillo de pago, duro y temible.

A pesar del respeto con que todos lo miraban, en aquellos momentos se habían olvidado las añejas prácticas, pues las atenciones se dirigían a los forasteros con una preferencia un poco mortificante para su vanidad de funcionario.

Faustino llegó a creer que sufrían merma indeco-

rosa los fueros oficiales, y empezó a levantar la voz un tanto ronca con pretextos fútiles, a fin de advertir a los extraños que él estaba allí y se le debían cumplimientos.

Como viése que ellos no le tenían en cuenta, se propuso abordarlos.

Y dijo al teniente alcalde :

—Güeno es que yo averigüe de aonde vienen estos entrusos, porque tengo orden de vigilar y dar parte de las ocurrencias.

Luego, encarándose con un subalterno que estaba detrás, agregó :

—Cabo Mujica, que se ayegue el resto de la polecía y forme al costao del mujerío para guardar el orden.

Don Goyo, que merecía concepto de reposado y juicioso, observó al comisario que aquellos sujetos no daban motivo para medida alguna policial, y que en todo caso se les hiciera seguir cuando regresasen, hasta saber de su paradero y género de vida.

—Eso pensaba aura — repuso con gravedad Faustino; — y ansina ha de ser, porque veo que están pagando sus boletos con mucha plata.

Cerca del grupo compuesto por las mejores mozas, Ubaldo y Camilo conversaban con Paula y Marga sobre el incidente en auge. Esta vez el "taimao", como llamaban al uno, venía de "pueblera". Al otro lo distinguían con el mote de "el mestizo". El primero no tenía facha de "ensartador" — a juicio de Camilo, — y el segundo parecía un hombrazo de pura parada.

El payador Deolindo se aproximó, acomodándose un calandrajo de la vestimenta que tenía el arrastre,

e intervino en el coloquio sin saber de qué se trataba, para decir después de desgarrar ruidoso:

—Estos son del pago de la florcita, logrerros a la mucelga. Hay que espantarlos con un renvido al resto. El “mestizo” es medio toruno. A ver, muchachos, si ustedes les ganan de mano!

Los “troperos” diéronle la espalda.

En eso, el que hacía de juez o de encargado golpeó las manos y anunció que no había ya que comer “manises” porque iba a empezar la corrida.

Esto motivó un gran movimiento. Los espectadores se acomodaron de la mejor manera en sus posiciones, y los que debían correr fueron a tomar sus caballos.

El único que no se movió de su puesto fué el “taimao”, quien sin manifestar mayor interés por la fiesta, se entretenía con el mango del rebenque en trazar rayitas en la tierra.

Su compañero, con semblante de hombre abierto y confiado, enderezó a su malacara, guiñó un ojo con aire socarrón al poeta repentista e hizo rin-rin con las espuelas.

—Sí! Ya te van a dar de trinos — gruñó Deolindo, que lo miraba un tanto pasmado ante su bizarría y aplomo.

Llamados los primeros números, el resultado de las pruebas fué negativo. Una vez cayó bajo la arcada la sortija.

Parado sobre una banqueta, el acomodador volvió a colocar aquella en la cinta, y las dos puntas de ésta en el hueco de una cañita bien sujeta en el centro a un listón de pino.

Empezó a reinar natural ansiedad cuando llegado el turno al "mestizo", éste saltó en su pingo sin calzar estribo.

Apenas lo hizo, rozando el ijar con la rodaja, el malacara dió un brinco enorme, púsose de costado y lanzó un par de coces tan cercanas al comisario Faustino, que éste se vió en la urgencia de echarse trás con su rosillo. Seguidamente, el brioso "flete" se revolvió alzándose de manos en posición vertical, giró sobre sus remos traseros derecho como una baqueta, sentó vigoroso en el suelo los cascos de adelante y lanzó un relincho más agudo que la nota de un clarín.

El "mestizo" impasible examinó de una ojeada el palito o asta de ensartar, oprimió las paletas con las rodillas y arrancó a escape dando una voz estridente, sólo parecida a la que arroja el carancho que pelea en las alturas. Pasó bajo el arco con la velocidad de una "bola perdida", y siempre con el brazo fornido bien alzado, sofrenó con el otro al pingo, poniéndolo de frente a la concurrencia.

Oyóse un clamoreo. Era la forzada expansión de las turbas, hasta entonces en sus penas, no poco atónita y embargada ante el primer simulacro.

Al coplista campero se le había alargado la cara hozosa, y al tape Verdún se le volcó el licor fuerte del vaso de guampa que pensaba beber por el fiasco del "mestizo".

Este, que volvía al trotecito, enseñó de lejos a su compañero la sortija con que se había adornado el meñique, y según su hábito, le guiñó un ojo.

Todos dirigieron la vista al lugar del taciturno, quien se había cubierto el rostro con las manos, como para no hacer notable su explosión de risas.

Y reía en efecto, de un modo espontáneo, comprimiéndose, como quien no tomándole de sorpresa una cosa, la celebra de la mejor gana por el lujo de detalles superfluos con que ha sido realizada.

Pronto, sin embargo, reprimió su acceso, volviendo a su actitud fría e indolente.

La concurrencia seguía intrigada, y empezó a dividirse en dos bandos, según es práctica tratándose de asuntos baladíes.

El teniente alcalde se puso risueño; el comisario refunfuñó. Todavía protestaba contra el "mestizo" por no haber sofrenado su caballo siendo tan jinete.

Margarita demostraba un comienzo de entusiasmo en lo encendido del semblante, y Paula había vuelto a su natural huraño, pero con un brillo intenso en sus grandes ojos cuando los fijaba en uno de los forasteros.

—Un baladrón — decía el "tape".

—De volar con el pingo — agregaba un palabrimujer, paisanito de quince años y voz muy dulce que parecía sentir de veras la influencia del hechizo que causan la fuerza, la destreza y el valor.

Deolindo deslizó todas sus uñas, corcobadas de gabilán sobre las cuerdas, e hizo sonar con un golpe brutal de nudos el vientre de la guitarra.

El encargado, llamaba al número que correspondía, puesta nueva sortija; y tocó correr a Camilo.

El airoso mocetón fué feliz esta vez. Ganó el aro, que era de regular factura y piedrecita de ágata.

Grandes aplausos de viva voz acogieron el lance. La alegría un tanto interrumpida reanudó de súbito en el crédito del pago.

Pero estas manifestaciones subieron de punto, y

borbataron, cuando Ubaldo el de linda estampa, lanzó a su turno el overo al arco y se llevó en el palillo la prenda.

El paisanaje reía de gozo y a hurtadillas ojeaba a los dos forasteros, entre discreta y zumbona.

Este jolgorio cesó, hasta reinar gran silencio, cuando en fracaso varios corredores, con tres caídas del anillo, que era de oro, con una pequeña esmeralda, llegó nueva ocasión para el "mestizo".

—Aquí se chinga — murmuró el tape con los dientes apretados.

Y como el ajenjo lo había puesto en excitación, avanzóse a la pista y se agachó apoyándose en las rodillas, en actitud farsaica de observar si mediaba alguna trampa en la maniobra, o acaso con la intención de malograr el lance.

En ese instante, el malacara arrancaba con ímpetu poderoso, la cabeza en alto y el copete en balancín derecho al arco, sin dar más tiempo al imprudente Verdún que el de echarse de bruces.

Se alzaron cien voces de espanto.

Pero el caballo bajo diestra mano dió un gallardo brinco sin rozar en lo mínimo al yacente, prosiguió el trayecto sin apartarse una línea, cruzó la arcada con igual velocidad, y sólo se detuvo al final de la pista alegre y "coscojero".

La gente respiró...

El tape, reincorporándose, antes que la policía cargara con él, dijo entre muecas y traspiés:

—A salto de zanco. Güena mandria!..

El comentario fué rápido e incisivo.

—Gracias que se arroyó como un mataco! — exclamó una vieja que fumaba en cachimbo.

—Ahí viene el “mestizo” muy entonaó.

—Pa mí que le juega a la uña larga y no al palito — arguyó un gaucho de gesto avieso, al ver que el aludido reunía a la anterior la segunda sortija, con burlesca complacencia.

El palabrimujer que estaba cerca, prorrumpió al oírle con indignación mal reprimida :

—Se créé que todos son de su laya?..

—Me faltás al respeto, charabón.

—Usté será el ñandú.

—Si no estuviera la autoridá presente te lonjeaba! — dijo el lenguaraz montando en cólera.

—Haga la prueba, vamo a ver.

Y el lindo paisanito de voz harpada y ojos azules se le cuadró delante, con la diestra en el puño de un cuchillito que en vaina blanca cargaba en el correón que le servía de cinto.

El hombre hizo un ademán de desprecio y rezongó :

—Andate criatura... Sólo mirando a tu padre!

—Sí! Cuando uste va, habemos de recontar las ovejas y las terneras.

Y se apartó riendo con infantil insolencia.

La vieja del cachimbo, más tranquila con esto, dijo a su vecina, que a la vez se había alarmando presintiendo gresca :

—Este mocito es hijo del comandante Centurión que es manate en el otro pago, primo de mi compadre Fulgencio y casao con Florinda Azúa hija del vasco rico quesero afincao en el país desde que comenzaron a correr las patacas partugas juntando tantos montones que el hombre ha perdido la cuenta, por lo que ya no trabaja mantecas y se ha metido a ovejero.

La que escuchaba, se aprovechó de la corta tregua que se tomó la vieja al despedir gruesa humareda de la pipa, para exclamar con estupor:

—Veanló al indiao! . . Ya muestra dos y las muestra al sol pa lucir las piedras!

El "mestizo" venía al tranco, y en verdad levantaba el puño para contemplar los anillos con el aire de un niño sus juguetes, pero cerrando uno de sus ojos-relámpagos y sonriente, hasta mostrar dos hileras completas de diente-cillos encajados en mandíbula de hierro.

Marga, ahora muy emocionada y parlera, llamó a Camilo para pedirle que disputase bien una sortija con amatista que le constaba debía jugarse.

—Quiero que no la dejés llevar por otro — añadió excitada. Ese hombre terrible no yerra tiro.

—Hay que saber cuándo se colgará la prenda — observó el tropero, que estaba aún más nervioso que ella ante los incidentes inesperados que se iban sucediendo. Quién asegura que me toque el número? . . Voy a preguntar.

Paula no dijo nada a Ubaldo.

Concentrada y silenciosa, sentía raras ardentías. Se le había puesto el semblante muy encendido y la mirada inquieta y vivaz, buscando con frecuencia ocasión de fijarse en el forastero misterioso que no compartía los azares de la fiesta.

Aunque Ubaldo, más sobre sí que Camilo, le habló varias veces con terneza, contestóle a medias palabras, como absorta o aturdida ante tantas novedades. En esos lapsos correspondía ella bien al mote de "rosa de cerco": corola vistosa en cáliz tosco con sus defensas de espinas agudas y enconosas. Era su índole.

Cuando así se encogía, parecía estar conjurando algo de enérgico y de bravío que se agitara dentro de su ser, para transmitirle como alimento aquellas de sus impresiones externas de efecto más pronto y violento.

Alguna cosa que ella no podía calificar, pero que se le entraba en los sentidos y los dominaba, surgía del forastero huracán; tal vez un contagio de modalidades de la misma especie, quizá el natural influjo que emana de lo viril y de lo hermoso, del prestigio atraente, que puede y se adueña sin esfuerzo de la voluntad ajena, la acaricia y la fascina.

Aquel sujeto no era para ella como los otros... Siempre callado y quieto, y a ratos rayando en el suelo unas figuras raras, como taperas donde entran todos los vientos y se cuelan todos los duendes de la noche!... La luz errante por el campo, no parecía más solitaria entre las sombras, ni tampoco más sugestiva o "tirana", en el concepto de Paula. Lejos estaba de saber que pocos tipos como ella había modelado el sol de su tierra para centro de fenómenos psíquicos intensos. Su imaginación ardorosa yuxtapuesta a la inteligencia inculta reinaba sola, recogiendo del ambiente del pago sensaciones e imágenes propias para nutrir su temperamento de fuertes brincos, de hondos celos y suspicacias. En el natural abandono en que se había formado su espíritu, los instintos ocuparon todo el vacío, se condenaron y se robustecieron como únicas fuerzas vivas determinantes. Las pasiones vehementes tenían allí su haz de embriones. Una se había ya desenvuelto, y era la tendencia a dominar, a imponerse aun en sus gustos más extravagantes.

Contra estos arranques, Marga estaba prevenida,

por lo que escogía siempre medios de contestarlos con suavidad en el interés de mantener su afecto.

El clinudo y Ramona, por su parte, habían empezado a ceder poco a poco ante sus barruntos de rebelde y domadora. No le ponían ya trabas. Después de haberla hecho crecer entre durezas, sentían la necesidad de amansarse ante su hermosura y su naciente soberbia. Había peligro en mortificarla.

Más dada y queriente, un tanto soflamera y burlesca, en el fondo accesible al halago por coquetería de sexo y vanidad de tener hombre que en ella se mirase y por ella sufriera, Margarita resultaba en comparación amable, efusiva, graciosa. De ahí que, superándola Paula en belleza, fuera la preferida para el cortejo y el agasajo.

Sin duda presintió algo en su disfavor, cuando pidió a Camilo que "porfiara" por el logro de la sortija amatista.

Casualmente era ésta la última que debía jugarse.

—Somos cuatro los corredores — le había dicho el joven. Yo el segundo

Con motivo de la prueba final, los bandos seguían pronunciándose, y se hacían apuestas con ardor creciente. Todos se distribuían entre Camilo, Ubaldo y el "mestizo", hasta entonces lo vencedores, sin desconocerse que el forastero era el que iba adelante.

El amor propio local de algunos confiaba que la decisiva sería para uno de los campeones del pago.

El comisario Faustino, con tono arrogante, jugó dos contra sencillo en favor de cualesquiera de los mozos del distrito.

—Cinco patacones contra uno, por el "mestizo"!

— clamó una voz muy dulce y armoniosa, la del travieso de ojos azules!

Todos se vieron y se miraron en consulta moviendo las cabezas, pero ninguno recogió el guante.

Faustino se limitó a decir con aire compasivo:

—Es un menor de edá.

Margarita se volvió a Paula muy agitada para proponerle que hicieran una apuestita, pues que los dos amigos corrían.

—Yo no juego — contestó aquélla seca y bruscamente echándose para atrás. Que la saque el más ladino.

Y se encerró en un empaque que desconcertó a su compañera.

En orden ya los corredores, faltaba uno, y este era el “mestizo”, quien conversaba con el otro forastero.

A poco, dirigióse al encargado y le manifestó que su amigo entraba en la tanda para ocupar su puesto a su ruego, correspondiéndole el número cuatro.

—Como median apuestas, hay que advertir — hizo notar el acomodador.

—Den no más cuenta a la riunión.

Aquél se avanzó y gritó con acento campanudo:

—El señor no corre y por él va su camarada.

Alzáronse murmullos, más por la sustitución que por lo apostado.

Aunque el nuevo competidor iba a estrenarse recién, inspiraba cierto respeto, por el hecho de merecer la confianza del que había sorprendido a la concurrencia con sus proezas inesperadas.

Así es que los apostadores mantuvieron sus decisiones, esperanzados unos en mejorar con el cambio, y los otros en la bizarría del contendor.

Cuando éste montó a caballo y lo puso en jaque, los murmullos aumentaron, el interés se avivó, y pudo creerse por su apostura que era un caudillo el jinete.

Marga prorrumpió:

—¡Qué guapo!..

Paula se mantuvo reconcentrada y ceñuda.

Hecha la señal, arrancó Ubaldo el primero con gran brío, pero sin éxito.

Siguióle Camilo con igual malogro, y caída de la sortija.

Vuelto el anillo a su sitio, tocóle el turno a un paisanito de trena, bien sentado en los lomos de un pangaré blando de freno que a mitad del trayecto levantó el testuz lo bastante para desviar el brazo de su hábil guiador y defraudarlo en el intento.

Grandes rumores poblaron el aire, y hubo quien tocó un cencerro.

—No hay más que el “mestizo” traiba en el cuerpo al condenao! — barbotó el guitarrista.

—Le está haciendo gancho al compañero, — agregó una china maliciosa

Al llamarse el número cuatro, reinó una calma profunda.

Los ojos todos se volvieron hacia el sitio en que se hallaba el “taimao” de cinto atigrado, y lo vieron siempre frío e impasible, airosamente plantado en su montura y el pajizo a la nuca. Luego, azuzar con una simple presión al zaino tostado que en pos de una ligera corveta se lanzó veloz, y en pocos segundos pasó

el término. Su dueño llevaba en el palillo la sortija, sacada con la mayor pulcritud y limpieza.

Hubo entonces un estruendo de manifestaciones diversas. El vocerío llegó al colmo y formáronse grupos.

Muchas mujeres agitaban los pañuelos.

Sin hacer caso de todo esto, el "mestizo" dijo al vencedor, con su guiñada habitual:

—Dejá la sortija a la más linda de aquel montón de mozas... por quedar bien. Yo voy a brindarle una a esa india vieja de trenza a un lao petiza y vejigona que me está quemando con sus ojos de coatí... ¿No te parece güeno?

—Sí — respondió sonriendo su camarada. A una he de darle el aro, y después nos vamos. De no, va a reventar el lazo.

Dejó su zaino junto al malacara, y encaminóse ai lugar en que estaban Paula y Margarita.

En ese, como en otros pequeños círculos, la emoción fué muy viva.

El "taimao" se acercaba, sin duda a regalar la prenda.

Los grupos de hombres se habían apartado, y disputaban llenos de confusión y ardimiento.

El del lance final se quitó el sombrero, y fijó en Paula una mirada atenta y prolija como si las facciones de la joven resucitaran en su mente un recuerdo ya lejano, acaso la memoria más dulce perdida en lo remoto de una vida turbulenta.

A raíz de una conmoción visible, pero que él reprimió al instante, dirigióse a Paula con voz suave, casi de ruego:

—Si no soy atrevido al brindarle...

Sin dejarle concluir, con un arranque brusco, inusitado, ella le interrumpió llena de emoción, diciendo:

—No!..

Y le tendió trémula la mano.

Púsole la sortija y al recibir las gracias, agregó sin demostrar el menor orgullo, atento y fino:

—No ha que darlas.

Sin hablar más, saludó y se fué.

Margarita miró a su amiga con asombro.

Era la sortija de amatista, que tanto había deseado, poco antes, exigiendo de Camilo todo empeño para lograrla, la que Paula miraba ahora como aturdida, dándole vueltas y probándosela en uno y otro dedo con el afán febril de nena encantada con un chiche que nunca soñó.

Aunque atónita y perpleja, fué poniéndose sobre sí, sin pronunciar palabra. Tampoco le daba alientos un rudo escozor.

Su amiga, que había seguido pasando la joya a diestra y siniestra, suspiró al fin de un modo ahogado, y miró a Marga cual si recién saliese de un sueño. Luego ató en silencio el anillo en una punta del pañuelo. Después, acomodó con aire distraído en el índice los que Ubaldo le había regalado. Por último, recogióse muy taciturna, como hundida en una especie de abismamiento.

La civilización americana

PRIMERA CONFERENCIA

Cronistas e Historiadores

CONFERENCIA PRONUNCIADA EN EL CLUB UNIVERSITARIO
DE MONTEVIDEO EN MAYO DE 1873

SUMARIO: Introducción al estudio de historia americana — Dificultades sucesivas de la investigación de la verdad — Espíritu de la ciencia moderna — Cronistas del Descubrimiento — Historiadores de la conquista — Deficiencia de sus datos y apuntes para la elaboración de la historia razonada — Solís, Clavijero, Benaducci, Lorenzana — Gomara y Herrera — Las Investigaciones Filosóficas de Mr. Paw sobre las razas indígenas — El Dr. Robertson y su Historia de América — Un auto de fe de Zamarraga — Dos grandes imperios reúnen los elementos imperfectos de la civilización primitiva — Crítica europea sobre la cultura americana — Ginés de Sepúlveda — Consideraciones generales.

I

Nos hemos aunado, señores, por el mismo pensamiento, para dedicarnos exclusivamente al estudio de esas tradiciones originarias del Nuevo Mundo, que hasta el presente han merecido la atención profunda de la ciencia; y cábeme el placer de inaugurar en el seno de los amigos de la Historia, como lo permiten mis

modestas facultades, una tarea tan honrosa y fecunda en benéficos resultados.

Bien ardua es esa tarea, emprendida sin recursos suficientes, y a pesar de las muchas y detenidas lecturas, cuyos frutos pudiera la memoria conservar; pero el afán, y la perseverancia que tanto os distinguen, prevalecerán al fin, y si no conseguimos algo de nuevo en tan enojosa excursión a las primeras edades de América, mucho de bueno reportará el legítimo anhelo de nuestro espíritu fuertemente preocupado con las misteriosas herencias morales que legaron excepcionales generaciones a la curiosidad del presente.

El bajel que nos conduzca en esa excursión aventurada, surcará las ondas quietas de majestuosos ríos: a ambas orillas, selvas invioladas nos mostrarán sublimes vegetaciones y seres desconocidos, pero muchas veces nuestros ojos asombrados no encontrarán el secreto o el origen de esas creaciones ignotas de imponente grandeza, irguiéndose altaneras en el silencio y el misterio de los tiempos que transcurrieron callados, muy lejos de otro hemisferio y de otra civilización.

En esas regiones de pasada historia no se percibe el rumor de bélicas pobladas, y se verán, sí, mudos escombros de imperios ya muertos, mas ellos no recordarán al viajero aquellas ruinas del Oriente que son inagotable fuente de clásica leyenda, ni los vestigios de Lacedemonia, ni las cenizas sagradas de la vieja Itálica que son inanimados despojos de los siglos, momias que el viento de las edades no logró jamás desmenuzar y disolver.

La historia americana presenta pues, en sus diferentes faces al pensador, serios obstáculos a la in-

vestigación de la verdad, obstáculos muchas veces difíciles de superar dada la obscuridad que ha reinado y reina sobre sus orígenes dudosos, sin que hasta el presente una completa claridad haya descubierto a los ojos de la ciencia, *todo* lo interesante que se oculta bajo el velo de la tradición primitiva. No es el origen de las poblaciones indígenas—que han de buscar con anhelo la fisiología y la lingüística—el único problema a resolver en los intrincados anales del Nuevo Mundo; en la sucesión de los hechos conocidos, así mismo hemos de encontrar, señores, acontecimientos notables cuyas causas filosóficas escapan a la mirada del recto criterio. La fisiología y la lingüística—ciencias modernas con respecto a la filosofía de la historia—han empezado ya a interpretar fielmente los principios de la civilización americana, y se abriga la fundada esperanza de alcanzar por medio de ellas lo que no ha conseguido la narración razonada de los hechos. Tenemos pues, señores, que el espíritu de la ciencia moderna, apartándose por completo de los sucesos cronológicos y de las áridas nomenclaturas biográficas, sólo se sirve de ellas para investigar las causas que motivaron los inmensos males de los pueblos y señalar con certero juicio la hermosa senda de paz y libertad a las generaciones del porvenir.

Los cronistas del descubrimiento nos legaron precipitadas y ligeras apreciaciones acerca del hemisferio maravilloso cuyo secreto había arrancado Cristóbal Colón a los mares; y sus escritos incompletos, sus descripciones increíbles, sus vistas exageradas con el objeto de aumentar a la distancia la mayor o menor gloria que pudo caberles en la posesión primera de esos mag-

níficos países, contribuyeron bastante a extraviar los juicios de los historiadores que les subsiguieron, si es que en justicia merecen este título simples compiladores de fábulas y leyendas intercaladas de hechos reales y positivos. Los datos insustanciales y los apuntes aislados de sus múltiples historias, no han disipado en manera alguna las tinieblas de la antigüedad indígena, ya por la insuficiencia de noticias y elementos constitutivos de historia, ya por la ignorancia peculiar de los aventureros que preferían adquirir de los naturales una libra de polvo de oro, a poseer una pintura o descifrar un jeroglífico en las paredes de extraños como interesantes monumentos. No eran estos, señores, los *Cicerones* más aparentes para conducir y guiar a los sabios de aquella época, al estudio detenido de la historia americana.

II

Con lo expuesto se deduce la ineficacia de los primeros cronistas, como fuentes puras de verdad histórica; y necesitamos recurrir a viajeros y escritores de autoridad reconocida que satisfagan en parte la ansiedad de nuestro espíritu, brindándonos narraciones exactas aunque deficientes sobre los dos grandes imperios que reasumen los elementos de la embrionaria civilización americana. Conviene altamente a nuestro plan de estudios, designar a esos autores y formar opiniones críticas acerca de sus preciosos libros; y así tendremos entonces depuradas las fuentes en que hemos de beber nociones verdaderas y fecundas, sin temor de incurrir en contradicciones perjudiciales.

Aparte de su imperfección y de la apología que encierra el Conquistador Hernán Cortés,—la obra de Antonio Solís, *Historia de Nueva España*—es un bosquejo si se quiere, irregular y diminuto, pero elocuente y razonado. Solís vierte en ese libro interesantes consideraciones políticas, y si hubiera ampliado algo más el vasto cuadro que se ofrecía a su vista, cubierto de materiales inapreciables para la investigación histórica—no dejándose llevar de una admiración tan entusiasta por el caudillo español—habría hasta hoy mantenido perenne la favorable opinión que mereció su libro de los escritores europeos, cuando recién vió la luz pública. Solís no escribió su *Historia de la Nueva España* en Méjico, y es esta una de las razones, quizá la más poderosa por la que ella adolece de muchos defectos. No obstante fué traducida a todos los idiomas cultos, y aunque a grandes distancias y a grandes rasgos dibuja el confuso panorama del Nuevo Mundo, deteniéndose más en los detalles que en el conjunto, observando más al conquistador que al vasallo, al europeo que al indígena,—podemos, señores, considerar esa obra como fuente de pasados hechos y de exactos recuerdos. Con respecto a la historia clásica otro tanto nos sucede, dando autoridad a Herodoto y a Xenofonte, sin que esto importe un paralelo imposible. El padre de la historia tiene también sus períodos dudosos, entretejidos de fábulas y cuentos de Oriente, sin que ellos sean obstáculos que priven de recoger todo el fruto que se reporta de su obra en general.

Clavijero sobrepuja a Solís en ideas y vistas históricas, y es a Méjico, lo que Garcilaso de la Vega al Perú. Nacido en Vera Cruz, este literato de claro

ingenio tenía más ocasión que Solís para estudiar detenidamente los anales de su patria; pero al mismo tiempo, templado su genio ardiente por el sentimiento de patriotismo, produjo una obra histórica más vasta y más descriptiva que la de Solís, mas no cierta y verídica hasta el punto que fuera de desearse. Publicó su libro en Italia, en la ciudad de Cecena, por los años de 1780 y 81, mereciendo algunas censuras de críticos españoles.

Sabemos por Moxó que un docto italiano, Boturini Benaducci, estuvo a punto de realizar con notable ahinco el estudio más completo de historia americana, para lo cual, trasladándose a Méjico, visitó y registró sus mejores archivos, recorrió el desierto y las playas dilatadas de los dos océanos, vivió familiarmente en medio de las tribus estudiando su lenguaje y recibiendo las menores tradiciones que pudieran ilustrar los orígenes históricos. El resultado de tan infatigables pesquisas, nos lo dice el autor citado: "Varios sujetos me confesaron con harto rubor, que una política demasiado celosa había desvanecido las lisonjeras esperanzas, que los amantes de la historia americana fundaban ya con singular complacencia en el perseverante celo y extraordinaria erudición de aquel noble milanés. En efecto, su riquísima colección de manuscritos, de pinturas y otras antigüedades mejicanas, que tantos sudores y desvelos costaba a su dueño, se malogró enteramente, quedando confinada su mayor y mejor parte en un rincón del real Palacio de Méjico".

Benaducci publicó en Madrid un *Ensayo* de su obra, y es lo único que nos queda de este sabio emprendedor, cuyos pasos siguió también el Barón de

Humboldt, en sus vastísimas conquistas de Historia Natural.

Poseemos ya, señores, en la declaración que antecede, suscrita por un erudito español, una pieza importante del proceso histórico contra los dominadores.

Lorenzana, arzobispo de Méjico, con el fin de remediar en lo posible estas faltas, criminales en alto grado a los ojos de la posteridad, recopiló las cartas de Hernán Cortés a Carlos V sobre sus conquistas, ilustrándolas con notas y estampas. Estas cartas dejan mucho que desear acerca de los mejicanos, y no es en ellas donde hemos de encontrar, señores, el retrato fiel de las costumbres indígenas, ni los juicios razonados a que se presta su original vida política. En nuestra ardua y trabajosa tarea escogeremos más brillantes horizontes de luz y de verdad, toda vez que hallamos lienzos de exacta pintura y real colorido en que detener la mirada ansiosa, sin tropezar a cada instante con nebulosidades o enigmas históricos indescifrables.

III

Entre los cronistas del siglo décimo sexto, descuellan dos que merecen la atención de los que se dedican con su afán al estudio de la historia americana; no sólo por sus dotes especiales, sino por el anhelo vehemente de ceñirse a la verdad, que se nota en sus décadas. Estos cronistas, bien aplaudidos y ponderados en su época, son Gomara y Herrera (1). Gomara, des-

(1) Gomara — Historia General de las Indias.

Herrera — Historia General de los hechos de los Castellanos en las Islas y Tierra Firme del Mar Océano.

cribe suscintamente los usos, costumbres y religión de los indígenas—presenta claras sus leyes, e interpreta sus tradicionales fiestas, y ambos desarrollan con brillo la riqueza virgen y vegetación exuberante del Nuevo Mundo, demostrando en la crítica histórica cierta imparcialidad benéfica que no se nota en las insustanciales cronologías de los tiempos en que florecieron. Sin embargo no han dejado de rendir culto a la exageración que entonces pudo extraviar al buen sentido, en algunas de sus narraciones recogidas de los labios de los guerreros; mas hoy las muchas noticias que la curiosidad erudita ha proporcionado a la ciencia, permiten deslindar esos errores de los hechos reales, relegando las vulgaridades al silencio y al olvido.

No debemos extrañar ese ascenso espontáneo y ligero de los cronistas a los datos falsos, ascenso casi natural y lógico en el siglo décimo sexto; por cuanto en el siglo XVIII se publicaron varios libros en que brillaba la mentira envuelta en ropaje poético, y aun en 1800 vió la luz una bellísima disertación histórica en la que se leían las siguientes palabras:

“Los conventos situados en los Alpes ven lejanas,
“ tersas y uniformes las ondas del Grande Océano;
“ un cielo transparente rebaja el círculo de sus horizontes sobre la tierra como sobre los mares, y parece encerrar el *edificio de la religión* dentro de un globo de cristal. Los rayos verticales del sol hieren los hielos de los montes que brillan como una eterna iluminación sobre el templo del Señor. La flor capuchina borda con sus cifras de púrpura los sagrados muros: el llama, atraviesa el barranco por en-

“ cima de un puente de enredaderas; y el *infeliz Perua-*
“ *no* viene a rogar al *Dios de las casas.*”

Un erudito escritor replica a estas expresiones con el siguiente interrogatorio: (2) “. . . ¿dónde están aquellos conventos que describe aquel sublime filósofo? ¿en qué lugar, en qué sitio de la dilatadísima cordillera que corre sin interrupción desde el fondo del istmo de Panamá hasta la punta más meridional del Cabo de Hornos, se hallan esos *edificios* de la Religión que logran de una perspectiva tan majestuosa y agradable? En cuanto a mí, lo ignoro, y lo que únicamente sé es que las pendientes de los Andes, donde se descubren a lo lejos las inmensas llanuras del Océano Pacífico, permanecen del todo despobladas sin sufrir más habitantes que las llamas, guanacos y vicuñas, sin cubrirse jamás con otros vegetales que varias especies de gramíneas, entre las cuales se levantan a trechos algunos débiles aunque muy útiles arbustos.”

En el sinnúmero de crónicas e historias escritas sobre estos países, hallaremos siempre exageraciones semejantes; las circunstancias de que se ven rodeados los extranjeros ilustrados que aspiran a descubrir los misterios de las razas americanas, no son siempre las más a propósito para el lleno de sus generosos deseos, y en esa condición colocaremos sin trepidar a Mr. Paw, autor de las *Investigaciones filosóficas*. Este filósofo prusiano, cuyas aseveraciones sobre la raza indígena fueron victoriosamente refutadas a principios de este siglo,—afirma de una manera absoluta entre otros muchos errores, que el indígena es débil e indolente hasta

(2) Moxó, Cartas Mejicanas, pág. 121.

el punto de dejar a los europeos y africanos el cultivo de la agricultura; que los americanos son calvos por su temperamento frío;—que el trigo sólo se halla en algunos ángulos de Norte América, y en este estilo, sienta otras aserciones que prueban su ignorancia en materia de civilización americana (1). Pero nada serían, esas apreciaciones erróneas, si otros no establecieran como verdades evidentes la existencia de *ciertas ranas que braman como terneras* (2), y la inoculación del mal venéreo a los que comen carne de iguana en América.

Sabido es, señores, que el indígena pocas veces envejece, que es fuerte y robusto por naturaleza y que en Méjico se dedica al cultivo de la agricultura, así como en los demás países donde existen numerosas tribus; pero, ¿a qué detenernos en combatir errores ya disipados y que sólo pudieron engendrarse en una época de oscurantismo, con relación a las cuestiones americanas? La Araucanía; Chile Perú, Méjico, libres y constituidos los últimos, libre, varonil y guerrera la primera por el valor indómito de sus hijos, han desmentido elocuentemente las falsas opiniones que desvirtuaban las calidades de la fuerte raza que conservan en su seno ya fusionada con la latina. Mas como nos habíamos propuesto designar las fuentes puras de historia americana, nos ha sido necesario comentar aquellos escritos que por sus títulos pomposos y por la autoridad del que los trazó—pudieran ser consultados sin utilidad ni provecho alguno.

Siguiendo, pues, el orden que nos hemos impues-

(1) Paw, Investigaciones filosóficas sobre los Americanos.

(2) Véase a Buffon, tomo 3.º — Cartas Mejicanas, pág. 34.

to al hablar de los historiadores de América, llegamos al Dr. Robertson, preclaro ingenio—que analizando minuciosamente todas las crónicas y manuscritos españoles, logró formar su apreciable *Historia de América*. Con dificultad encontraríamos, señores, un historiador más erudito que el sabio escocés. La claridad de su estilo, la sencillez de sus descripciones, la pureza de sus máximas y pensamientos, el candor que rebosan sus páginas elocuentes, hacen de la *Historia de América* una de las producciones más estimables del último siglo. Obra tan elevada y meritoria consiguió el aplauso de los críticos más descontentos (1); a la España estaba sólo reservada el no hacer justicia por entonces, a los desvelos y afanes del distinguido escritor—que supo arrancar la verdad histórica al laberinto de las crónicas, y hacer lucir el criterio filosófico sobre las tinieblas de la conquista. Por medio de un plan excelente, Robertson depura los orígenes de los imperios americanos, nos presenta sus progresos y estados respectivos al tiempo del descubrimiento, investiga el secreto de sus civilizaciones, y nos advierte enseguida de los errores de la barbarie que equilibran a aquellas situaciones lúcidas de desarrollo y adelanto, todo basado en certeros raciocinios y en hechos irrecusables. Para dar a su obra tal tinte de interés e importancia, Robertson compulsó detenidamente *doscientas quince* historias, crónicas y manuscritos cuyos títulos se hallan al final de la *Historia de América*, y solamente con ese cúmulo de materiales disponibles pudo legar una disertación maestra a la curiosa posteridad.

(1) Juan de Nuix, Reflexiones imparciales.

Con todo, no hay obra, señores, que no posea sus defectos como que emana del falible humano juicio, y Robertson sienta un principio erróneo, al pretender probar la incapacidad de los indígenas para formar *ideas generales y abstractas*; principio que refutaremos así que nos sea dado avanzar en la difícil senda de este estudio, con el auxilio de un esclarecido historiador y filósofo que ya dió a conocer los adelantos de los indígenas en geometría y astronomía.

A favor de todos estos trabajos científicos, dignos de la atención más prolija, ha llegado hasta nosotros casi completa la tradición americana, a pesar de los célebres *autos de fe* consumados por los españoles cuando guiados por el fanatismo religioso entregaban a las llamas documentos y legados indígenas, que eran el caudal de su misteriosa historia. Zumarraga, obispo de Méjico, para facilitar la conversión de los idólatras, relegó a la hoguera los ricos monumentos del antiguo imperio, las pinturas inapreciables cuya desaparición tanto lamenta la escuela simbólica, y su frenesí en obra tan bárbara fué digno del de Omar incendiando las Bibliotecas del Oriente. Las Religiones positivas cumplen del mismo modo su misión, ya armadas de la cimitarra, ya de la cruz. Las pesquisas de Zumarraga (1) y el ardor de las misiones, arrebataron pues, los ídolos al salvaje, sin respetar ni interpretar siquiera los *caracteres cuneiformes* que en ellos se veían grabados, como preciosos arcanos de una civilización muerta.

(1) Robertson, *Historia de América*, tomo 4.º, pág. 7. Cita en su apoyo a Acosta y Torquemada.

Hemos hallado, señores, otra pieza del proceso histórico contra los dominadores. Muchas recogeremos cuando entremos con la antorcha de la razón a la profunda noche del coloniaje.

IV

SUMARIO — Objeto de esta Conferencia — Hechos de que se compone la Civilización — Descubrimiento del Nuevo Mundo — Escarmiento de ciertos actos de los Reyes Católicos — Antagonismos y rivalidades nacionales — Cristóbal Colón y sus arbitrariedades — Carácter de los aventureros de la Conquista — Justicia de algunas acusaciones graves dirigidas por los escritores contemporáneos a los dominadores — Pizarro y Cortés — Sumisión de las razas — La propaganda religiosa, su rápida influencia y sus resultados funestos — Protestas severas del libre-examen — Juicio de Leibnitz — Consideración final antes de entrar al estudio de los orígenes históricos.

Tenemos ya el punto de partida para el estudio de la historia americana, y sabemos que la civilización indígena ha de buscarse en dos fecundos centros, en los dos grandes imperios de los Aztecas y de los Incas. Méjico y Perú reasumen todos los elementos de progreso y cultura: relativamente a las demás tribus salvajes que los rodean, justo es, señores, reconocerlas como naciones aventajadas, aunque sea imposible parangonar el genio excepcional de sus respectivas civilizaciones, con el espíritu de algunos pueblos de la antigüedad clásica.

Suscitose entre los sabios europeos la cuestión de si los imperios americanos, merecían o no el título honroso de *civilizados*; en la próxima conferencia, y antes de entrar al estudio de los orígenes históricos, hablaremos detenidamente sobre este punto importante, ateniéndonos al sentido profundo de la palabra *civilización*, para averiguar en el largo transcurso de nues-

tras conferencias, si el Perú y Méjico pueden ser calificadas como naciones incultas; aunque ya la crítica más severa ha fallado favorablemente a ambos pueblos—asignándoles un rol elevado en los primitivos anales de América. No sólo discusiones de este carácter, pretendieron desvirtuar la cultura americana; hubo un distinguido escritor, Ginés de Sepúlveda, que disertó largamente sobre ella, concluyendo por aseverar que los *indígenas eran naturalmente esclavos*.

Como debeis comprender bien, señores, inoficioso sería el confundir tales aberraciones, únicamente disculpables por la retirada época en que se iniciaron y sostuvieron, y cuando aún la experiencia no había venido a afianzar opiniones aventuradas en el primer impulso de espíritu innovador, con respecto a la índole y al genio de la raza americana.

Esa raza se presenta a la ávida mirada de nuestro espíritu, como hemos dicho, fraccionada en dos inmensas asociaciones políticas, cuyos tronos y dinastías brillan, apesar de todo, al través de los años. En el seno de esos imperios poderosos se agitan los gérmenes inmortales del progreso, y viven embrionarios en la semi claridad de una civilización naciente. Desarrollémoslos para reconocer la fuerza impulsiva que hubiera alcanzado su savia fecunda.

No veremos maniobrar gigantescas legiones, como en los días de la clásica historia, en las soledades de esos imperios, ni erguirse en los desiertos pirámides de colosales proporciones; no veremos sucederse eras espléndidas que perpetúen monumentos imperecederos a la soberbia humana engreída en los progresos violentos, y aunque observemos pueblos subyugados y un-

cidos al carro del vencedor, no veremos tampoco levantarse empíreas ciudades al esfuerzo prepotente de esas generaciones esclavas, impelidas a la labor ruda por la infame ley del servilismo. Los imperios americanos se asimilan los elementos dispersos de la virgen raza y extienden sus dominios soberanos, sin lograr la centralización absoluta: civilizaciones sin olimpiadas, sin leyes de las doce tablas, sin Ateneo ni Foro, conservan a pesar de todo un tinte misterioso de grandeza originaria que las hace dignas de estudio y meditación.

Las civilizaciones antiguas habían visto cruzar los Alpes encumbrados a las caballerías formidables de la barbarie; los imperios americanos vieron cruzar los nevados Andes a los bárbaros de la civilización, armados con la maza de Pelayo y la espada del Cid Campeador.

¡Al fin, señores, las caballerías de la barbarie llevaban el hacha de Breno!

El Descubrimiento y la Conquista

SEGUNDA CONFERENCIA

I

En el curso de la anterior conferencia nuestra atención se detuvo en el análisis ligero de las más reconocidas autoridades en materia de historia americana antigua, y dejamos para más tarde el de aquellas que concretaron sus esfuerzos a la investigación prolija de las tradiciones de los Incas, sin incluir en sus narraciones lo que se apartara de la esfera local en que

esas tradiciones se consumaron. No es nuestro ánimo en manera alguna, aspirar a una general reseña de todos los que escribieron con más o menos rectitud sobre civilización americana, ni tampoco dar el mérito que no tiene, a un pálido bosquejo de cronistas e historiadores; nuestro objeto no ha sido otro, como ya lo indicamos, que el de designar las fuentes más puras de historia, sin recordar en nuestro rápido diseño el sinnúmero de *comentadores* cuyos juicios acertados se refundieron en las obras bien organizadas, y cuyas erróneas aserciones fueron ya victoriosamente combatidas.

Debiendo empezar nuestro estudio desde los principios históricos, justo era, señores, que recordáramos los inapreciables textos y documentos donde se engendraran nuestras primeras inspiraciones, sin citar los modernos que sólo las han desarrollado, Acosta y Garcilaso de la Vega (1) se cuentan entre aquéllos, y a la par de estos dos afamados cronistas, enumeraremos en adelante otros de no menos importancia, así que lo exija la sucesión de los acontecimientos, sin conceder entera credulidad a muchos de los períodos históricos que comentan ligeramente a pesar de sus orígenes dudosos.

El objeto, pues, de esta conferencia, es la apreciación razonada del descubrimiento y de la conquista, conforme a los datos más verídicos y a las opiniones más imparciales. Nuestra norma será el dar unidad y

(1) José de Acosta — Historia Natural y Moral de las Indias.
Garcilaso de la Vega — Historia de las Guerras Civiles de los Españoles en las Indias.

cohesión a las modestas proporciones de estas conferencias tendiendo siempre a hacer resaltar los progresos especiales de los pueblos indígenas, hacia un hecho difícil, complejo y necesario: la *civilización*.

II

El título que hemos dado a estas humildes disertaciones, confiando en la veracidad histórica y en el testimonio de los hombres, no es impropio, inadecuado o contrario al actual espíritu de la ciencia. Sabemos que hoy ella tiene una misión más grande y fecunda que la que tuvo el pasado, y que desterrando las áridas ilusiones analíticas, como las férreas fórmulas de la estéril crónica, aspira a interpretar los sucesos humanos conforme a la ley suprema, llamada a presidir la marcha ascendente de las generaciones en la adquisición del ideal.

La *Civilización*, fin de los desarrollos, centro de los adelantos y de los perfeccionamientos, puede ser descrita e historiada, por decirlo así; y para conseguir el grado cierto de civilización a que alcanzaron las sociedades primitivas, es necesario reconocer y reunir sus elementos de cultura, su política, su religión, su industria, en una palabra, las ocultas conquistas morales que lentamente obtuvieron en el transcurso de los tiempos, y que por su carácter distintivo, sus tendencias recíprocas y unidad de acción convergieran al hecho simultáneo y colectivo de *civilización*. Como se ve, esta palabra encierra un sentido profundo. No significa sólo el desenvolvimiento progresivo del estado social, sino también, el desarrollo interno, moral del

individuo en sus relaciones con el orden general. A más ampliación, citaré algunas frases de un ilustre escritor doctrinario, que corroboran lo anterior: —“Además del desenvolvimiento de la vida social, otro se ha manifestado con brillo: el desenvolvimiento de la vida individual, de la vida interior, el desenvolvimiento del hombre mismo, de sus facultades, de sus sentimientos, de sus ideas. Si la sociedad se encuentra allí más imperfecta que en otra parte, la humanidad aparece con más grandeza y poder. Quedan muchas conquistas sociales que hacer; pero se han realizado inmensas conquistas intelectuales y morales; muchos bienes y derechos faltan a multitud de hombres; pero multitud de grandes hombres brillan a los ojos del mundo. Las letras, las ciencias, las artes, despliegan todo su esplendor. Doquiera que el género humano vea resplandecer esas grandes imágenes, esas imágenes glorificadas de la naturaleza humana, do quiera que él vea crecer ese tesoro de goces sublimes, reconoce y nombra a la *civilización* (1).

En alguna de nuestras ligeras y mal pulidas producciones históricas, escritas y publicadas sin corrección ni reforma de estilo, hemos citado varias consideraciones filosóficas del mismo autor sobre la *civilización*; al presente tocamos el punto de nuevo, en virtud de lo que dejamos convenido en la primera conferencia, al recordar los debates de la filosofía europea sobre si merecían o no el título de *civilizados* los imperios americanos.

A la verdad, señores, para emitir nuestros jui-

(1) Guizot. Cours d'Histoire Moderne, tomo 5, pág. 16.

cios, deberíamos aguardar la conclusión de nuestros ensayos en rigor; empero la necesidad de una definición exacta, nos ha obligado a trazar estas líneas para averiguar más tarde la razón o la justicia que asistía a los eruditos al conceder o negar cultura a las razas indígenas.

Tenemos pues, que la civilización comprende dos hechos, definidos por el historiador nombrado, de una manera clara y elocuente:—el grande hecho de la *civilización*, subsiste con dos condiciones, y se revela con dos síntomas: el desarrollo de la actividad social y el de la actividad individual. el progreso de la sociedad y el progreso de la humanidad. Donde la condición exterior del hombre se extiende, se vivifica, se mejora, donde la naturaleza íntima del hombre se muestra con brillo, con grandeza; en esas dos manifestaciones, y a pesar de la profunda imperfección social, el género humano aplaude y proclama a la *civilización*.

Y bien, señores! ¿Pretenderemos negar la imposibilidad de tal condición a los países antiguos de América? ¿Será nuestro deseo probar la existencia del hecho complejo que explicamos, en la vida social de los indígenas? ¿Encontraríamos nunca en los mitos, en las leyes. en las costumbres nacionales de esas razas el perfeccionamiento sucesivo que da por resultado la *civilización*? Incontestablemente, no. Apenas en la infancia del progreso, apenas irguiéndose sobre los usos tradicionales y bárbaros, apenas luciendo su vida política con pálido fulgor, esos pueblos se hallaban en situación bien inferior con respecto a otras naciones del orbe antiguo.

Pero reflexionemos un momento, señores. El au-

tor doctrinario cuyas ideas comentamos, parece inclinado, a su vez, a negar ciertos pueblos modernos que adolecen de males transitorios en su organización social o de imperfecciones relativas en el desarrollo del individuo, la virtud de *civilización*, por cuanto ellos no mejoran sus condiciones primordiales y se entregan a las vías de anarquía o retroceso. Después de citar varios ejemplos de naciones que gozan de tranquilidad interior, de bienes materiales, cultivando sentimientos elevados y obedeciendo a puros dogmas religiosos, pero en las cuales una autoridad absoluta sofoca el principio de libertad, concluye su última hipótesis del modo siguiente: —“La libertad de cada individuo es muy grande, la desigualdad entre ellos es rara, o al menos muy pasajera. Cada uno hace poco más o menos lo que quiera y no difiere mucho del poder de su vecino; pero en cambio existen pocos intereses generales, pocas ideas públicas, casi ninguna sociedad, en una palabra: las facultads y la existencia de los individuos se desenvuelven y transcurren en el aislamiento, sin que ellas obren las unas sobre las otras, sin que ellas dejen huellas; las generaciones sucesivas entregan a la sociedad en la misma situación en que la recibieron: es el estado de las tribus salvajes; la libertad y la igualdad existen; y por tanto, a juicio seguro, la *civilización* no se encuentra allí.”

No estamos en todo conformes con estas teorías de Guizot. Si bien es cierto que la cualidad eminente de la *civilización* es la idea de *progreso*, subsisten sin embargo, pueblos que no avanzan, en situaciones estacionarias, por mil circunstancias diversas, pero a las cuales no se puede rigurosamente negar el título de

civilizados. No ya la India, cuna de los progresos orientales; la China se halla en esa situación. ¿Y llamaremos salvaje o bárbara a esa nacionalidad asiática? ¿Creeremos que sus inventos y desarrollos anteriores a su estacionamiento, de nada han servido o servirán a la civilización humana?

Aunque desaparezca le idea de *progreso* en la vida social de un pueblo que ya haya gozado de los beneficios de la civilización y los conserva para atender a su inmovilidad presente, no puede calificarse de *bárbaro* sin violar las reglas de la lógica severa; y en este concepto, las repúblicas sudamericanas que se han despedazado durante tantos años en la más cruel anarquía, tampoco merecen se les niegue la honrosa calificación de *civilizados*. Y a nuestro juicio, señores, para llevar la apreciación general de Guizot hasta sus últimas consecuencias, la inmortal Grecia que tantas veces agonizó en brazos de la anarquía y del desorden social, el Egipto glorioso que tantas veces se entregó a las perturbaciones civiles y al retroceso, no podrían figurar en la historia de la civilización, si se ha de buscar en la vida de Egipto y Grecia la realización completa de ese hecho absoluto.

Siendo la *civilización* el ideal a que la humanidad aspira, ningún pueblo puede aún haberlo alcanzado: y por eso el autor doctrinario hace resaltar en esa palabra la idea de *progreso* para concluir diciendo que los pueblos que *marchan* son los pueblos *civilizados*.

De manera, señores, que todas aquellas naciones que alcanzaron el cumplimiento de las más altas fórmulas del progreso, para estacionarse luego se encuentran a retaguardia de la civilización, puesto que no vi-

ven la vida de las demás naciones. Creemos que esto ha deseado significar Guizot, respecto a países como la India y la China, y nos conformamos a su criterio.

Ahora ¿puede aplicarse su última hipótesis a los imperios americanos? Más adelante veremos, señores, si en el seno de esas razas, *las facultades y la existencia de los individuos se desenvuelven y transcurren en el aislamiento, si ellas no obran las unas sobre las otras y desaparecen sin dejar huellas; si las generaciones sucesivas entregan a la sociedad en la misma situación en que la recibieron*, si era la vida de esas razas, *el estado de las tribus salvajes*.

En este caso, la opinión de los que negaban civilización a la virgen América, habría triunfado con sus menores detalles, y pobre sería el bien que reportara la posteridad en el estudio prolijo de una historia monótona, sin gloria ni esplendor.

III

Finalizaba el siglo XV cuando las naves de Colón entregadas al azar de los mares, arribaron a las playas de un hemisferio portentoso, apenas entrevisto hasta entonces por la audaz mirada del genio. Hemisferio flamante coronado de vírgenes selvas y bañado de gigantes ríos, mundo brillante cuyas misteriosas fuentes de inagotable vida parecían brindar sus aguas regeneradoras a una *civilización* cien veces combatida, cien veces errante como el arpa del trovador en el desierto de la Edad Media!—*civilización* hastiada cuya diadema de perlas y brillantes, fraccionaron los feudales se-

ñores, que venía presurosa a buscar en los bosques del Nuevo Mundo los laureles de la eterna esperanza con qué ceñir sus sienes de reina destronada!

Tan fausto acontecimiento fué una revolución para el espíritu humano, pues nuevos y sorprendentes sucesos vinieron a reemplazar la monótona marcha de los viejos siglos, y presentaron a la actividad intelectual fecundos problemas a resolver, en casi todos los ramos de la ciencia. Habíase considerado la existencia del Nuevo Mundo como un sueño de poeta: Cristóbal Colón de corte en corte suplicaba auxilios para una expedición al Occidente, y doquiera encontraba resistencias su magno proyecto. No decayó por esto el ánimo del sublime aventurero. Una secreta y poderosa intuición lo impulsaba hacia adelante: parecía que hubiera columbrado horizontes desconocidos do derramara espléndida sus dones la civilización humana, más tarde, desosa de alejarse del ruinoso teatro de sus hazañas para respirar las auras de libertad salvaje y purificarse en los edenes inviolados.

Gobernaban Isabel y Fernando la España, prepotente ya con la toma de Granada cuando debido a la generosa protección de esos monarcas, el descubrimiento de América se había casi por completo consumado. El ilustre genovés realizó sus sueños, sobrepujando todavía los desmedidos alcances de la imaginación y ofreciendo a España, en compensación de las carabelas que armó para su expedición, inagotables manantiales de maravillosa riqueza.

En aquella época, los Reyes Católicos merecieron por algunos de sus actos, graves censuras, ataques violentos que se repitieron en tiempos posteriores, ali-

mentados por antagonismos y rivalidades nacionales. ¿Tienen esas censuras razón de ser? Inútil fuera esa interrogación, recordando los criminales desbordes de la conquista; pero ha habido alguno que levantara con elocuencia cargos infundados, hechos a aquellos monarcas por su conducta con Cristóbal Colón.

Ninguno de vosotros creereis, señores, que sea nuestro ánimo vindicar los actos de los reyes; pero escribimos apreciaciones históricas, y ellas han de basarse en la verdad y en la imparcialidad más recta, si aspiran a ese título. En ese concepto, juzgamos con el autor de las *Cartas Mejicanas* que el retiro de Cristóbal Colón y su vuelta a España, no fué un acto de negra ingratitud sino una resolución de estricta justicia, de parte de los Reyes Católicos.

Se dijo en otro tiempo y nadie lo ha seriamente desmentido, que el ilustre navegante hallándose una ocasión frente a un ejército numeroso de indígenas, y siendo limitadísimo el suyo, por cuanto no constaba sino de un grupo insignificante de soldados; colocó por delante de sus filas muchos perros hambrientos, los cuales desorganizaron y mutilaron aquel conjunto de infortunados que sólo ejercían el derecho de defensa.

¿Es o no reprehensible este hecho, señores? Imposible negarlo, así como imposible atenuar su criminalidad con el ejemplo de los elefantes empleados en las guerras de la antigüedad, o con las caballerías aún subsistentes entre las más poderosas armas de la milicia, arrollando y destrozando con los cascos de los brutos las formidables peonadas.

Pero no es esto todo. Agrega el autor citado: "Llevó Colón a España varios americanos que habían quedado prisioneros en una batalla; y apenas puso el pie en la corte, cuando los *distribuyó* entre algunos principales señores. Se lisonjeaba Colón, que además de granjearse con tan exquisito presente muchos y muy buenos amigos, adelantaría considerablemente en la buena gracia de los dos monarcas poniéndoles a la vista un tan ilustre testimonio de los brillantes triunfos que lograban las armas españolas en estos remotísimos países, a donde ninguna otra nación de Europa había llegado... Isabel I no pudo mirar en su capital aquellos pobres y sencillos isleños, sin enternecerse sobremanera; y de acuerdo con Fernando, mandó seriamente a Colón, que los restituyese luego a la América, condenándole además a pagar los gastos del viaje."

Prescindiendo de otros actos indignos, practicados por Colón, basta lo expuesto para probar la justicia que asistía a los monarcas al adoptar la resolución de apartar a Colón del mando; no vindicamos hechos posteriores de aquellos Reyes, y nos limitamos a lamentar profundamente que el más famoso Almirante de los siglos, nublara un tanto su imperecedera gloria con tan vituperables desaciertos

IV

Consumado el descubrimiento prodigioso de ambas Américas, sucediéronse acontecimientos memorables durante tres largos siglos, acontecimientos intrincados, cuyo carácter no es fácil definir, sino estudiando

el de los aventureros que precipitaron y concluyeron la conquista.

La esfericidad de la tierra, más que los datos de Marco Polo, había proporcionado a Cristóbal Colón que estaba convencido de ella, la feliz idea de navegar hacia el Oeste 80° o 100°, y las islas Bahamas corroboraron sus sospechas. Creyó que eran parte de la India que buscaba y denominó India Occidental al conjunto de las Bahamas. Las bocas de los ríos Orinoco y Marañon le indicaron la existencia de grandes tierras, cuando más tarde se adelantó en sus atrevidas excursiones por el mar de las Antillas.

Ojeda, acompañado por el florentino Amerigo Vesputio, práctico para delinear cartas náuticas, consiguió nuevos descubrimientos; el Nuevo Mundo fué entonces bautizado con el nombre de América por los marinos, y la posteridad ha respetado aquella usurpación de gloria, hecha al ilustre genovés. A Ojeda siguieron Balboa y Magallanes, y en diversos lapsos de tiempo, Grijalva, Cortés y Pizarro; el primero surcó el Grande Océano y el segundo pasó el estrecho de su nombre por el año 1519, cuatro después que Solís descubrió las riberas del Plata.

Todos estos ilustres navegantes, como los sabios que les precedieron en sus portentosos viajes, han dejado páginas brillantes en el libro de la ciencia, pues la misión de esos sublimes peregrinos se concretó a descorrer el velo denso que cubría a los ojos de otro, un hemisferio de grandezas y prodigios.

Relativamente a ensayos hechos, pálida es la gloria de los héroes de la conquista, a cuyas hazañas hemos de arrebatár más tarde su usurpado brillo; hoy,

en el reducido espacio de esta conferencia, nos limitaremos a trazar algunas líneas sobre el carácter e índole de sus acciones, como dejamos indicado más arriba.

Realizábase en España la monarquía pura. Venidos los árabes en sus últimos atrincheramientos, anexada de nuevo a la nación la hermosa provincia que viera brilar tantas dinastías, como lucieron en Córdoba y Granada, no existían ya obstáculos a la centralización del poder, y los últimos restos feudales, a su vez, dejaron lugar a la acción férrea del gobierno absoluto. Se comprende que, después de tan rudo batallar, grande sería el número de guerreros en España, sin tarea ni destino, a pesar de la campaña de Nápoles donde bastaba el caballeresco valor de Gonzalo de Córdoba.

Ancho campo a sus ambiciones proporcionó el Nuevo Mundo a esos guerreros, y a él se precipitaron en pos de excepcionales aventuras. La soberbia feudal de la Edad Media, el orgullo inmoderado de raza, y el fanatismo religioso impelían a la nobleza castellana en sus temerarias empresas, y hacían que sus actos revisitaran cierto tinte de crueldad y de dureza, tanto más, cuanto en el otro continente la monarquía pura avasallaba la resistencia de los señoríos individuales, arrebatándoles sus prerrogativas tradicionales, como muy en breve iba a sofocar las municipalidades independientes con la sangre de los heroicos comuneros. Así esos aventureros anhelaban encontrar en las vírgenes florestas de América, el predominio que perdían en el viejo teatro de sus hazañas. A esa nueva emancipación individual se agregaban los grandes medios materiales

y los innúmeros tesoros, arrancados por el hierro o la perfidia a una raza infortunada.

Junto a un Alonso de Ercilla que canta la gloria de Araucania, se hiergue un Pizarro que sacrifica lo más noble y lo más santo a sus rudas brutalidades de soldado.

Con ellos, vemos transportados a América, señores, al trovador y al señor feudal, al representante de una edad de oro y al representante de una edad de hierro. Cada uno llena su misión en el Nuevo Mundo, como llenan su misión la civilización y la barbarie: el uno inmortaliza las virtudes del pueblo indígena, el otro lo oprime y extermina.

Los desbordes sangrientos de los aventureros de la conquista, tienen su origen en la guerra de independencia, que era también guerra de religión. Habían combatido contra los musulmanes en duelo a muerte, y creían combatir infieles de igual condición en los infelices indígenas; se habían acostumbrado al botín y a los despojos en Francia, en Italia, en Flandes, y el Nuevo Mundo les ofrecía a raudales la plata y el oro que no consiguieron en sus contiendas formidables, de política y de religión. Siendo entonces la Europa un vasto campamento, y la profesión militar casi una necesidad, no debemos extrañar los hábitos funestos que hace contraer un estado de guerra permanente; hábitos arraigados en el ánimo de los aventureros y que tantos males causaron a la primitiva *civilización* americana. Si no, ¿cómo explicar las criminales violencias ejercidas sobre los países conquistados? ¿Cómo definir la refinada crueldad de aquellos guerreros que arrancaban los tiernos infantes al seno de las ma-

dres para arrojárseles a sus mastines a guisa de alimento opíparo? (1) ¿Cómo clasificar esa ferocidad comprobada por autoridades incontrastables? (2)

Si no bastaran testimonios tan severos, apelemos al español Bartolomé de las Casas, a Montesquieu en su *Espíritu de las Leyes*, a Marmontel en el poema *Los Incas*; por fin, a las graves protestas del libre examen.

Hechos semejantes, más fáciles de forjar que de creer, indican la más profunda depravación moral en los que así martirizaban a los vencidos y a las débiles mujeres. Y creemos, señores, que hay un reproche justo, una reconvención rígida, una queja bien amarga y verdadera en los escritos contemporáneos contra los dominadores, sin que exista el pretexto de antagonismos y rivalidades nacionales, pues que ya América es libre y la España dejó de ser árbitro del viejo continente, para considerar como rencorosos desahogos esos legítimos y severos juicios de la indignada conciencia histórica.

Pizarro y Cortés han sido juzgados como conquistadores ilustres. Sin negar las cualidades que los distinguían como guerreros, no permitiremos restringir la desmedida gloria que sus parciales y admiradores les atribuyen por sus proezas en Méjico y Perú.

(1) Torster, Viajes al Polo Austral.

(2) Torster; ya he dicho que quiero conceder por un instante que sea cierto el hecho que se cita, y supongo que hubo realmente en el ejército de Cortés, soldados que sin más objeto que el de divertirse arrojaron a sus perros al tierno infante, que como aquellos otros militares puestos por Rafael de Urbino en su incomparable pintura del martirio de los Inocentes, habían arrancado con extrema violencia del pecho de la madre — Moxó, Cartas Mejicanas, pág. 123.

Pizarro y Cortés eran soldados animosos y valientes que hubieran brillado como heroicos caballeros en las pasajeras borrascas de la Edad Media, pero quienes no habrían conseguido sobre pueblos civilizados y aguerridos tal vez, las fáciles victorias que consiguieron en el Nuevo Mundo sobre razas atrasadas en el arte terrible de la guerra. Como sus pechos cubiertos con la coraza del caudillo, sus almas estaban forradas en bronce, y si de vez en cuando se abrían a la piedad, era para consumir más rápidamente la sumisión de las razas. El Cuzco y Méjico fueron teatros de hechos sangrientos, hechos que la posteridad condena, condenando a Pizarro, censurando a Cortés. La muerte de Atahualpa como la muerte de Montezuma precipitaría la sumisión y afianzaría la conquista; y ¿podrá nadie negar que tales medios emplearon para su fin aquellos guerreros? Solís, en su extensa apología de Hernán Cortés, cree vindicarlo, mas juzgando esos sucesos bajo el más recto criterio, se verá que hubo cierta perfidia en admitir la oferta de Montezuma, en asomarse al terrado para desarmar a sus súbitos con la palabra, cuando ellos exacerbados aún por el combate y por la conducta pusilánime del prisionero, habían elegido nuevo monarca y quizá jurado la muerte de Montezuma. (1). Aun dado que no hubiera existido una conducta pérfida en este caso, la muerte de Guatimozin basta a la condenación del conquistador.

¿Habrà quien haga de Pizarro, un Bayardo en América? No! Menos noble y grande que Hernán Cortés, en carácter, inclinaciones y hechos, combatió y ven-

(1) Solís, *La Nueva España*, tomo 2.º, pág. 140 y siguientes.

ció a un pueblo menos predispuesto a la guerra que el mejicano, y sobre el cual hizo pesar una cruel tiranía. Para la completa sumisión de las razas, lo que no hizo el hierro en el Cuzco o en el Valle de Otumba, lo hizo la religión.

V

Nadie pone en duda, aparte de los crímenes y de la sangre inútilmente derramada en la conquista, los beneficios de la propaganda moral entre las tribus americanas. La religión hizo progresos en el espíritu dócil y apacible del indígena, y más que la religión, las ideas morales. En la naturaleza dulce y expansiva de una raza tan duramente tratada, los misioneros no hallaron resistencias obsecadas para inculcarle sus doctrinas; gran número de tribus olvidaron sus ciegas idolatrías aceptando las prédicas del cristianismo, pero en cambio no demoró el fanatismo en declararse como siempre cruel e intransigente, y las preocupaciones católicas invadieron las sumisas poblaciones, compeliendo a la conversión por todos los medios a las tribus fieles y no redimidas, destrozando los ídolos y formas de su culto externo, entregando a las llamas los monumentos que atestiguaban pasados hechos e ignorados anales de América.

Como veremos más adelante, estos atentados produjeron funestos efectos y postergaron hasta el presente la solución de sombríos males. Multitud de tribus, perseguidas y atormentadas, reaccionaron, volviendo a sus primitivas creencias, y la organización po-

lítica de los pueblos modernos nos enseña la influencia fatal de las preocupaciones religiosas. Méjico antiguamente, y todavía hoy; el Paraguay, Chile, Ecuador y casi todas las repúblicas sud americanas, recibieron y conservan tan lúgubre legado de inercia y retroceso. Felizmente en la actualidad se progresa en sentido de instituciones liberales, pero, cuánta sangre, cuantas lágrimas, cuántas persecuciones infames ha sufrido el espíritu innovador para sembrar en un suelo privilegiado los fecundantes gérmenes de la libertad y de la razón!

Durante la era luctuosa del coloniaje, los inquisitoriales procedimientos del poder religioso en América, arrancaron a la filosofía del libre examen formidables protestas en Europa, y no menos anatemas, la conducta política de las naciones conquistadoras. Del corazón de un mundo subyugado brotaban profundas quejas: las nacionalidades rivales increpaban los sucesos y tan graves eran las acusaciones, que Leibnitz se vió obligado a decir: "A España corresponde desmentir esos hechos, si desea que no lo creamos".

Pero imposible ha sido a la metrópoli desmentir inconcusas verdades, imposible correr un velo impenetrable sobre un escenario de horrores, sin embargo, ¿concluiremos de aquí que su predominio no ha dejado a la par de semillas malditas, benéficos frutos?

América habla el idioma de Cervantes y hereda una religión-tinieblas: por un bien, reporta cien males. Cuando la raza más prepotente del Nuevo Mundo caía derrotada en los valles de Otumba, todo lo malo de una civilización decrepita, se posesionaba del hemisferio virgen: la superstición religiosa con su noche

moral, el pavoroso absolutismo político con su inercia de muerte, el vasallaje de la Edad Media, envuelto en su estandarte hecho girones, la tiranía de los monarcas oculta bajo el manto de los Virreyes... Sólo el cóndor en las cumbres del Chimborazo, se agitaba altanero y libre!

Y la gloria de América, señores, es el haber conquistado por su propio esfuerzo la *Libertad*! Sí; la libertad que nadie se la dió, brotada en su seno fecundo para significar la civilización humana, oprimida en las cadenas de la monarquía..

Orígenes históricos

TERCERA CONFERENCIA

SUMARIO: Resumen de las anteriores conferencias — El problema de las razas. — Antigüedad de América — Primera hipótesis: Las Arias y sus peregrinaciones — Segunda: Cautividad de Samaria y dispersión de las tribus de Israel. Fragilidad de este argumento — Tercera: Emigración de colonias africanas y su llegada al Nuevo Mundo — Errores fundamentales de esta teoría — Cuarta: Invasión de las tribus, cien años antes de Jesucristo — Inexactitud de esta versión — Diversidad de lenguaje — La población de América es aborígen? — Anales de Méjico — Tradiciones del Perú.

I

Gratos nos es, señores, dar principio a las investigaciones de Historia Americana, a pesar de los obstáculos numerosos que se oponen a la satisfacción de nuestros deseos; pues los secretos de esta historia se confunden aun descubiertos, arrancados laboriosamente al silencio de las ruinas, con la diversidad de opi-

niones eruditas, y tarea enojosa es el acertar con su verdadera fuente, dada la sensatez o la inverosimilitud de esas opiniones.

El objeto de nuestras anteriores conferencias no ha sido otro que el de hallar y depurar esa fuente de fecundos recuerdos, merced al testimonio más fiel e irrecusable de los sabios, y el de acompañar en su formidable aventura al inmortal Colón, para conocer el terreno sobre el cual han de encaminarse nuestros pasos en la difícil interpretación de los hechos. Y era necesario ese viaje, señores; era necesario que antes de iniciar la síntesis de los acaecimientos, visitáramos el teatro en que ocurrieron, sondeáramos la magnitud de sus causas primeras, contempláramos los escombros leyendo inscripciones violadas, florestas do se consumaron impías hecatombes; en una palabra, en pos de las huellas de autoridades reconocidas y acatadas, ir recogiendo los frutos fecundísimos que su labor constante produjera, al peregrinar por los mudos desiertos del pasado, disipando las tinieblas con el hachón de la ciencia.

La linterna de los cronistas no alcanzaba a dejar las sombras densas del pasado americano; por eso los que emplearon la antorcha fulgurante de la ciencia consiguieron sondear escrupulosamente el misterio de esa noche. Así mismo, señores, ha solido apagarse esa llama bienhechora al soplo del viento de los sepulcros, cuando los peligros, las contrariedades, los afanes aumentando día a día, rodeaban y perseguían al glorioso viajero en esos desiertos del pasado, do la humanidad duerme eterno sueño, sin permitir, muchas veces, al alma sedienta de verdad, el tránsito fugaz por esos do-

minios que en horas de grandiosa vida regara con su sudor y sangre el hombre, y que en horas fatales de luto y de llanto, esterilizara y oscureciera la muerte.

Por eso, los que lanzándose valerosos al abismo de los muertos años, retrocedieron sin arrancar el velo que los cubre, nos legaron una incompleta historia; pero otros más audaces y perseverantes nos extenderán ancho campo al estudio y a la reflexión.

Desde luego, señores, el problema de las razas se presenta al espíritu con distintas soluciones; y es ese el motivo por el cual no ha pasado de problema en las grandes discusiones de filosofía de la historia. En verdad, alguna de las soluciones dadas inclina al pensador a fundar un juicio razonable sobre tan delicado punto, como más adelante veremos, desvaneciéndose un tanto la incertidumbre histórica.

Si fuera nuestro pensamiento pasear una mirada por el orbe antiguo, fácil nos sería vislumbrar en el Oriente el origen de las razas que marcharon al frente de la civilización; mas no es nuestro designio indagar los orígenes del Egipto, del Irán, de Cartago o de Grecia, sino los de esa raza americana que alcanzó un grado de progreso admirable y a quien no se quiere conceder la virtud de haberse elevado por sí misma en un hemisferio maravilloso. Ved aquí, señores, la causa por la que, los anticuarios, exclusivistas hasta el punto de no admitir civilización más que en una raza, al encontrar en América vestigios de una imperfecta cultura, han pretendido probar la incapacidad indígena para tales adelantos, apresurándose a inquirir en los usos, en la política y en la religión de las tribus, el fiel retrato, o mejor dicho, la reproducción más o menos

alterada de las costumbres, religión y política de otros pueblos que pasaron al Nuevo Mundo, ya al impulso de su espíritu aventurero, ya a efectos de una dispersión inmensa.

Extraña presunción, señores! ¿Por qué negar a una raza lo que otra adquiere en la eterna batalla de la civilización con la barbarie? ¿Por qué empalidecer los triunfos brillantes de las generaciones americanas, y sólo concentrar los rayos de la civilización sobre el cerebro del viejo mundo? ¿Por qué han de emanar tan sólo de los centros privilegiados todas las luces del saber, con desdoro de la personalidad humana, una e idéntica en todas sus formas y manifestaciones, una e idéntica en la aspiración al ideal, a la claridad, a la vida, al perfeccionamiento? ¿Por qué romper despiadadamente la unidad sublime de la creación y clasificar moralmente la escala de los seres humanos, estableciendo castas y entregando a la más aristocrática la elevación indefinida de la enorme colmena del progreso?

Bien se ve, señores, que los que así degradan la naturaleza del hombre y mutilan la obra del Hacedor, pretendieron siempre constituir en el alma del progreso a ciertas y determinadas razas. No tan sólo negaron a las generaciones americanas su civilización propia, sino que también enunciaron el absurdo de que el Nuevo Mundo "era una reciente organización de materia". ¿Y cómo el arte antiguo no hubiera sufrido hace tres mil años una completa revolución física, si América, como se pretende suponer, hubiera brotado a la superficie de las aguas? ¿Dónde están las tradiciones egipcias, índicas o chinas, que nos dan cuenta

de acontecimiento tan excepcional? No; teoría tan contraria al buen sentido, es absolutamente falsa. La antigüedad de América es incontestable, ha vivido la misma vida material que el viejo mundo; y esto se consolida más en nuestro espíritu, si no detenemos al observar que sus climas y producciones son superiores a los de Africa y tan iguales a los de Europa y Asia, que no faltando seres ni aun a los áridos desiertos de la Lybia ni a las lúgubres estepas de la Sarmacia, habría sido una blasfemia el creer que la especie humana no habitara regiones cuyos caudalosos ríos eran y son manantiales eternos de dones fabulosos, vírgenes bellezas y de tesoros sin fin.

Por otra parte, los anales memorables de las más caducas monarquías nada dicen de un desequilibrio estupendo como el que produciría América al brotar del fondo de los mares; así como tampoco los hebreos que poseían la famosa "revolución divina" desde la creación, presintieron siquiera, la existencia de un mundo tan original y bello, en los confines de esa asombrosa masa líquida que los antiguos llamaban "maræ tenebrum" y en cuyos senos insondables creían ver hundir al sol apagando en las aguas su carro de fuego.

II

Dijimos que eran muy contrarias las opiniones vertidas sobre los orígenes históricos de América, y nos es preciso citar las principales, , analizarlas y combatirlas, para enunciar después la que juzgamos menos hipotética y posible en alto grado por su naturalidad

y verosimilitud; sin que esa opinión importe otra cosa que un acto de justicia histórica al genio y a la iniciativa de la poderosa raza americana, tan mal comprendida y peor estudiada.

La lingüística, aventurando de una manera audaz sus interpretaciones, ha hecho provenir el origen de una de las civilizaciones americanas, de los Arias, tribus que componían uno de los pueblos más antiguos del mundo. Las tribus arianas adoraban las grandes manifestaciones de la naturaleza, la tierra y el sol; y su lenguaje ha sido considerado por la erudición moderna, como reguador de los idiomas clásicos. Las noticias acerca de la vida de este pueblo misterioso, alcanzadas merced al continuado afán de los próceres de la ciencia, no bastan a nuestro juicio para sentar una teoría tan atrevida: ¿cómo se pretende hallar en la nación de los Incas herencias morales de esas tribus, sin antes haber penetrado profundamente su historia, su civilización, sus progresos en los retirados años de las sociedades primitivas? ¿Cómo suponer que casi del centro del Asia de los espléndidos jardines de la Bactriana, esos pueblos pastores, por más belicosos que fueran, cruzarían el estrecho y toda la región septentrional de América y vinieran a sentar sus tiendas en el Perú, sin dejar en aquella región un solo vestigio?

¿Qué hicieron, señores, de sus ganados esos pueblos esencialmente pastores? ¿Cómo se posesionaron de un territorio virgen que no poseía, a pesar de su magnificencia, las condiciones cómodas de la rica Bactriana? ¿Acaso los Hicksas, belicosos pueblos pastores, no penetraron en los valles del Nilo y peregrinaron a tra-

vés de comarcas dilatadas, siempre conduciendo sus ganados y rebaños?

Aunque fuera eso incierto: ninguna tribu de la antigüedad más remota olvidaba sus carros de guerra arrastrados por brutos domesticados, e imposible es también que ninguna atravesara errante e impunemente la tierra de los Sacios, de los Indianos y de otras naciones sin sufrir contingencias y derrotas, dado el caso de que el Asia estuviera ya inundada de tribus querreras, cuando los Arianos emprendieron su peligrosa excursión a un mundo por ellos ignorado. Y dada la suposición de que la cuna del género humano, el Asia inmemorial, no encerrara en su primera época pueblo más fuerte que el de los Arianos, ¿cuál fué la causa de la dispersión increíble de esas tribus originarias? ¿Cómo se concibe que siendo uno de los pueblos más antiguos y belicosos perdiera en la primitiva edad su preponderancia, y abandonara lo seguro por lo posible, tierras fecundas y prodigiosas por otras que, — a juicio evidente, — no sabían existieran, y que si descubrieron y poblaron, fuera a efectos de una vida errante y sin objeto, por cuanto el Asia les brindaba todas las comodidades materiales que más tarde explotaron de una manera admirable, imperios opulentos bajo el cetro ilustre de los Acheménides?

No desconocemos, señores, que hay analogías y similitudes entre los usos y costumbres de los Arianos con los Peruanos. La adoración del sol era común, pero también casi todas las naciones antiguas le veneraban, como símbolo de la prepotencia divina; los Arianos relegaban los hechos a la memoria, porque desconocían la escritura, y los peruanos inventaron los “qui-

pos" (1), nudos de diferentes colores en los que los escritores entusiastas creen descifrar oscuros anales, y con los cuales marcaban sus épocas y acontecimientos notables aquellos nobles indígenas. Las analogías de lenguaje, con tanto esmero buscadas, así como lo que antecede, ¿son suficientes datos para fundar con acierto el origen de una raza americana? Mucho tiene que agradecer la ciencia, los afanes de los que han querido arrancar el secreto de los indígenas, auxiliados por los progresos modernos; mas ella no puede admitir la simple hipótesis como verdad, y en todo caso aspira a formularla más probable, la que más se aproxime a la certidumbre histórica. Y si esto decimos de los Arias y de sus peregrinaciones, ¿qué diríamos de la suposición que da por orígenes a la América, las tribus de Israel, cuando cautivas en la caída de Samaria, fugaron a través del Asia, dispersándose por el Nuevo Mundo?

Fácil nos será, señores, refutar tan extraña hipótesis. Siete siglos antes del cristianismo, Salmanasar, rey del segundo imperio asirio, redujo a su dominio al pueblo de Israel. Las tribus israelitas, — se dice, — no pudiendo soportar tan dura cautividad, abandonaron las riberas del Eufrates y pasaron al otro hemisferio, entonces desierto y del que se posesionaron.

La audacia de esta teoría, basta para confundirse a sí misma. Esas tribus errantes, para arribar a América, debieron cruzar los inmensos territorios de la India o de la China, cuyos guerreros no permitirían tan inopinada irrupción; y concedido que accedieran al tránsito de los fugitivos, ¿cómo en sus inagotables tradiciones no mencionan suceso tan importante? ¿De

(1) Acosta - Garcilaso de la Vega.

qué modo llegaron a las playas del Grande Océano y en qué mares surcaron sus ondas para alcanzar su arriesgado intento? Si salvaron el estrecho después de cruentas penalidades, y se extendieron por las regiones nórdicas¿en qué pueblo mejicano vemos la herencia de esas tribus, soberbias con su culto, culto que no han desechado un instante sus infortunados descendientes, perseguidos y dispersos por las cinco porciones del mundo? ¿Por qué causa no dejaron siquiera una huella de su existencia moral y religiosa en las instituciones de los Aztecas, cuando aún hoy practican sus dogmas con la misma religiosidad de entonces? El hecho no puede ser más falso, y las apreciaciones de ciertos cronistas que pretendían hallar muchas analogías entre los mejicanos y los israelitas (1), no son sino vagas consideraciones desprovistas completamente del criterio filosófico.

Hasta tal punto, señores, llega el desvarío de las investigaciones eruditas, y de tal modo se desprestigia la "ciencia nueva" que para el bien de la humanidad y del porvenir, iniciaron Vico, Bossuet, Montesquieu

Dar al Nuevo Mundo por origen de su civilización, la del becerro de oro, y por habitantes tribus humilladas por el despotismo y la derrota!

Hacer llegar a las vírgenes selvas del Anahuac, por medio de una fantasía caprichosa, las puebladas místicas del Tabernáculo, de David y de Salomón; hacerles allí vivir, crecer, desarrollarse, hacerlas por fin desaparecer a favor de otro prestigio sin dejar un solo rastro de su azarosa permanencia!

(1) García. Origen de los indios del Nuevo Mundo.

III

La tercera hipótesis no merecería nuestra atención, si en obras bien organizadas no apareciera apoyada y defendida por autores de ilustración notable. Ella consiste en la creencia de que, colonias africanas a favor del viento de los trópicos, arribaron felizmente a las playas del Nuevo Mundo, poblaron sus mejores costas y levantaron ciudades en el interior de las tierras.

Ved ahí, señores, eliminada la gloria imperecedera de Colón y otros marinos ilustres, pues que ellos hicieron en bajeles imperfectos, pero con brújula y vasto velamen, lo que aquellos africanos hicieron en simples embarcaciones sin rumbo ni derrotero.

Para refutar esta suposición, nos concretaremos a indagar sus consecuencias lógicas. Si las colonias aventureras que se mencionan ignoraban la existencia de América, es absurdo el creer que se precipitaran en el desierto inmenso de las aguas en naves de frágil construcción y sin prepararse para un viaje de duración prolongada, a pesar del favor de los vientos tropicales. Si ellas conocían o tenían certeza de este hemisferio, ¿por qué una vez en él no construyeron nuevas escuadras para volver a su patria en busca de materiales necesarios a la civilización más ruda, y de animales útiles que tan bien sabían aprovechar en las soledades africanas? Por otra parte, señores, las ruínas de la primera edad americana, los restos sagrados de sus martirizados, imperios, únicos testimonios elocuentes de una civilización misteriosa, ¿nos dicen algo que pueda acercarse al genio, a la religión, al idioma de

esas colonias? No! Absolutamente nada; esas reliquias tienen otro origen, otro brillo, otra historia. Los escombros de Palenque, las ruinas de Cuzco, los desmoronamientos de Mitlan, no son aquellos escombros en que deliraba Mario desterrado; no son aquellas ruinas en que meditaba Volney, no son aquellas aglomeraciones de fúnebres y dislocados monumentos en los que Champollión buscaba las cenizas heladas de los Faraones.

Reina sobre ellas la sombra que proyecta la noche del pasado; y así mismo esas ruínas nos indican la vida del progreso en el seno de soledades cuyos oasis aún conservan la majestad de su primer belleza, pero a los cuales supo cultivar la mano del hombre.

La crítica histórica, no contenta con las teorías enunciadas, persiste en no conceder al genio americano la erección de esas obras y viendo victoriosamente combatidas las primeras, inicia la última, atribuyendo a los Hunos la población del Nuevo Mundo.

Se asevera que cien años antes de la era vulgar, esos bárbaros invadieron por el Septentrión, se esparcieron por las campiñas de Méjico e inauguraron el imperio de los Tultecas. Si esto fuera cierto, tendríamos que admitir la realización de fenómenos imposibles, tanto en lo físico como en lo moral. La fisiología nos instruye acerca de los caracteres distintivos, de lo que se ha resuelto llamar "razas", a causa de las diferencias externas y superficiales y nos dice que la constitución física del indígena no es la de aquellos bárbaros, así como no hay la más mínima similitud en el valor, el coraje, el carácter aventurero y emprendedor de uno u otro pueblo.

La lingüística viene a corroborar los juicios de los fisiólogos, pues estudiando detenidamente la infinidad de idiomas americanos, no se encuentra analogía grave con ninguna de las lenguas indo-europeas; y sin embargo debemos esperar que esas dos ciencias, en sus adelantos futuros, nos revelen algo más terminante en nuevas investigaciones. En la época actual muchos ensayos se han hecho en ese sentido, sobre todo a la aparición de un libro sobre las lenguas indo-europeas, publicado en París. Este libro versa sobre el origen de las tribus arianas, y sobre la influencia de su lenguaje en la civilización antigua, y sus lecturas han sido aprovechadas por algunos americanos concienzudos, hasta el punto de atribuir a los peruanos el patrimonio de ese lenguaje regulador. Aunque hemos refutado ya esta hipótesis ligeramente, no reservamos la tarea de vertir algunas opiniones circunstanciadas sobre ella, cuando lleguemos al estudio de la civilización del Cuzco.

Vemos, pues, señores, que el lenguaje de las tribus indígenas, no habiendo sido interpretado hasta el presente, de una manera satisfactoria para atribuirle un origen mediato, — y nos referimos al lenguaje de los Aztecas o de los Incas, — contribuye a afianzar la creencia de que la población de América es aborigen y por consiguiente todo lo que brilló bajo el cetro de dos grandes imperios, es puramente americano.

“Si los europeos, asiáticos o africanos — dice un sabio viajero y geógrafo — poblaron la América, doce o quince siglos antes del descubrimiento, aunque no llevasen animales domésticos, semillas cereales de primera necesidad para ellos, ignarantes de encontrar allí el maíz que no conocían; aunque se hubiesen olvidado

de llevar aperos de labranza; aunque no hubiese uno entre ellos que no hubiese visto o supiese hacer un par de ruedas para una carretilla de manos; aunque ninguno de ellos conociera oficio alguno; aunque todos ignorasen leer y aun hacer nueve o diez números para contar; últimamente, aunque se hubiesen olvidado de Dios, bajo el nombre de Jehová, Baal, Fo, Osiris o Júpiter, no habiéndose hallado entre ellos rastro alguno de lo dicho, ¿cómo es que quince siglos antes del descubrimiento, tenían ya cantos, compuestos por reyes y príncipes, y figuras históricas pintadas en pergamino, refiriendo cuatro edades del mundo?"

Nada hay que oponer, señores, a esa lógica irresistible, a esa argumentación sencilla y severa, resultada de una meditación profunda, y que puede reasumirse en esta interrogación dirigida a los partidarios de la "unidad de razas": —¿En qué sitio de América, en qué momento, en qué vestigio de otra edad, se descubre "a la evidencia" el reflejo siquiera de una civilización, o el carácter de una raza indo-europea?

La Geología, con sus modernos descubrimientos, ha venido a comprobar la antigüedad de América, desconocida por los ingenios más preclaros. Las grandes excavaciones practicadas en varios puntos, ya por la mano del hombre, ya por cualquier otro fenómeno natural de los elementos, dieron resultados positivos: los terrenos secundarios y terciarios encerraban despojos admirables tanto del reino vegetal como del reino animal, de productos y razas ya extinguidas; y hoy mismo en algunos terrenos de Chile,—según nos hemos enterado en estos días,—se han encontrado fósiles, huesos de exageradas proporciones que componían el es-

queleto de un mastodonte. A ser cierto este dato, una nueva prueba fehaciente habrá aumentado el precioso caudal de testimonios irrecusables que la ciencia posee sobre la antigüedad de América.

Ahora bien: ¿fuera posible que un hemisferio de grandezas y prodigios no viera agitarse en su seno al hombre, como viera vivir y desarrollarse en medio de sus vegetaciones exhuberantes a otra especie inferior? ¿Fuera posible que ni aun salvaje y feroz, la vida humana se arrastrara aislada y solitaria por las mudas campiñas de una magnífica creación? ¿Acaso esa creación sublime tuvo en sus orígenes por historia, en vez de la febril agitación humana, las muertas horas de la tumba y del silencio?

Ligeramente apuntadas dejó varias cuestiones de palpitante interés, que la discusión seria y meditada desenvolverá a su tiempo; cuestiones que bien pudieran llamarse *problemas*, por la dificultad de resolverlas conjuntamente y a satisfacción en las estrechas páginas de una conferencia.

Los anales de Méjico y las tradiciones del Perú nos ampliarán un tanto los juicios vertidos, aunque difícil es deslindar la verdad de la ficción, en los tiempos heroicos — digamos así — de esos dos pueblos originales. Ya que rapsodas inspirados, de generación en generación, no nos legaron cantos legendarios; ya que la épica lira no resonó jamás bajo las eternas bóvedas de la floresta virgen, para repercutir sus acentos en la soledad de los transcurridos años, encaminemos nuestros pasos inseguros por en medio de los sepulcros, en cuyos vacíos cóncavos se encerraron todos los discordantes sonidos del pasado para confundirse más tar-

de al variado concierto de la civilización. Ella avanza siempre, señores, pero cuida de recoger solícita toda vez que las ve brillar, las perlas y esmeraldas que la actividad humana en sus lamentables delirios o en sus horas de omnímoda grandeza, deja caer en el cieno de los tiempos; y con ellas elabora la corona rutilante del progreso, así formada por todos los pueblos del orbe, en su grado respectivo de adelanto y de virtud.

No son sólo los pueblos cultos, los que han dado vida a la civilización del mundo. La virtud de la bárbara Germania salva con la salvaje rudeza de sus hijos, a la civilización agonizante, al regazo del monstruoso imperio de Occidente; los bárbaros de la Edad Media libran del derecho divino la autonomía del hombre; las razas americanas ofrecen su sangre robusta y generosa a las generaciones empobrecidas y degradadas bajo el yugo secular de las tiranías, y fundan al calor de sus grandes días, el augusto templo de la libertad permanente!

Así, señores, devuelve América los inmensos males que la hizo sufrir el viejo mundo, y así se prepara a ser la reina de la civilización y del porvenir.

La Cueva del Tigre

Como que nunca había conocido el freno en el largo transcurso de tres siglos, la hueste charrúa allá por los años 1832 se hacía sentir de vez en cuando con terrible violencia.

Por donde pasaba su manada de potros, el rastro era profundo.

La hueste, como el tigre cebado, escogía las mejores presas. Caballos hermosos, novillos succulentos, esbeltas yeguas, nutridos rebaños de ovejas, tributos cuantiosos de dinero; todo era para colmar sus apetitos. ¡Eran los dueños de la tierra! Los propietarios los veían llegar cual una nube negra preñada de piedras; siniestros, temibles, gruñendo un idioma gutural y agitando las lanzas adornadas de plumas con un gesto de dureza implacable. Había que complacerlos y permitirles que corrieran el ganado para escoger. Derribaban las reses flor y le sacaban con cuero el costillar de arriba, pues no se tomaban la pena de desollarlas o volverlas del otro lado. Arreaban lo que les convenía. Por días enteros oíase en el campo invadido el silbido de las "boleadoras" y estremecíase el suelo bajo frenéticas carreras tras de la gama y el avestruz. El grito charrúa solía alzarse por encima del

bramar de los toros, como nota aguda de un himno bravío. Los despojos se aglomeraban en el valle junto a las viviendas, y antes de blanquearse los huesos, del mismo terreno así abonado surgían las fiebres pútridas. De este mal se veían en el caso de alegrarse los ganaderos. Con las miasmas mefíticas se aparecía en tarde calurosa o en callada noche, el genio malo, y matando invisible aquí y acullá y ponían en fuga 'a horda. Los caciques adelante, luego la hueste; después las mujeres con sus carguíos de criaturas, pieles y andrajos. En el llano cubierto de esqueletos, podredumbres y ranchejos ornados de guiñapos, quedaban tan sólo agitándose en torbellino bajo los rayos candentes del sol estival, gusanos en el suelo, y en el aire millones de mosquitos, tábanos y abejorros. La horda sombría se perdía en el horizonte y aun ya lejos, persistía en la retina del ganadero como una fantástica legión de enormes aves de rapiña de garras como cuchillas y p'umajes nauseabundos. "Se van, murmuraba con fruición. Que otros lomos los aguanten!"

Y así era. Sobre otras espaldas se desplomaban, allí donde crecía la verde gramilla, en dehesa feraz regada por aguas cristalinas y llena de piaras de engorde. Clavadas las lanzas de los caciques, tendíase el campamento. La infusión de yerbas circulaba por los grupos en aspas de toro, a'ternada con el aguardiente y el tabaco; las curanderas revolcaban sus enfermos en la ceniza todavía ardiendo o les chupaba con fuerza en el ombligo; los mocetones jugaban a las carreras sobre ágiles potros o tiraban a la estaca sus boleadoras de dos ramales; y después repetían escenas estremitosas con el ganado, los venados y ñandúes. Este

otro ganadero les sonreía, aunque en el fondo les deseara cien "gualichos". En ningún idioma podía hablársele de razón y buen derecho a la banda formidable, sin que sus guerreros contestasen con la moharra, la macana, la bola o la flecha certeras. El caso exigía resignarse y dejar hacer. En sentir del ganadero "serían peores que baguales".

Con sus brazos y piernas desnudos y fornidos, sus "cuya-pies" de piel de yaguareté o sus "chepies" de aguará, sus greñas cerdunas recogidas en parte y en parte sueltas al viento como crines llenas de abrojos, coronadas en mitad del cráneo por un plumón de loro, de ñandú o de chajá, sus ojillos semi cerrados de una fosforescencia felina y sus pechos salientes como enormes bustos de bronce oxidado, seguidos de mujeres capaces de ahuyentar a un muermoso, de perros tigreros confundidos en el enjambre y de matalotes cargados con racimos de rapazuelos color cobre, los indómitos charrúas provocaban fácilmente el pavor apenas los denunciaba una ráfaga de viento. "No es necesario ser perro — decían los estancieros — para olfatear a media legua a estos demonios". Precedíanlos en verdad cierto olor de fiera que era como un trasudor de sus instintos. Sus rostros rayados con pedernal, hierro o espina de mangrullo humedecidos en alguna savia opringle especial, dábales un aspecto imponente.

A su sola presencia había que ceder. Unicamente las pestes podían ahuyentarlos, y ellas venían al fin! . . . Seguían entonces su marcha vagabunda.

En medio de esa vida errante llegaron un día a sus toldos varios emisarios del General D. Fructuoso

Rivera, Presidente de la República para invitarlos a una guerra con el Brasil. Se les prometía, en cambio de su ayuda, los mejores despojos del triunfo.

La oferta era halagadora y decidiéronse a dejar sus soledades, sus bosques y sus espesuras llenas de criaderos de calandrias y cardenales blancos con penacho rojo, de madrigueras de tigres, pumas, agua-raes y ñandúes, de prados cuajados de venados e inmensos pabellones vírgenes, a las márgenes del Arapey y del Cuareim.

Tratándose de pelea y de botín espléndido, ¿qué más ambicionar? Ellos habían nacido para la lucha, y en la lucha tenían fatalmente que concluir, sin reconocer nunca, ni aun en la hora de morir, superioridad en el adversario. Eran los señores del suelo, y a nadie tenían bajo la luz del sol.

Una guerra con el Brasil les pareció buen partido, una campaña sembrada de victorias y de innumerables recompensas.

No alcanzaban ellos, por entonces, a trescientos mocetones de armas; pero creían que unidos a las tropas de Frutos eran de sobra para derrochar valor en campos y ciudades. El último emisario les dijo que urgía su incorporación al ejército, a fin de proporcionarles trajes militares, raciones abundantes y armamento escogido, con todo lo cual constituirían una vanguardia insuperable, capaz de intimidar al imperio y de abrir camino a las tropas a través de multitudes, pueblos y desiertos. Como despojos les correspondería la mayor porción de los inmensos rebaños arrebatados al país por los ejércitos brasileños en otros tiempos; y para el pastoreo de tantos miles de ani-

males vacunos se les cedería, hecha la paz, las hermosas y fecundas tierras que el gobierno poseía entre los dos Arapey. Por encima de esos, tendrían ellos derecho, proporcionalmente, a los tesoros de metal y carne que dan el triunfo y el saqueo (oro, mujeres, plata y negros).

Con estas reglas de *jies jentium* y este plan de campaña tan aceptables, la horda bravía aderezó sus caballos de guerra, hizo cantar a sus mujeres un himno tradicional — mezcla de quejas, de plañideras y silbidos de tormenta —; estúvose atenta a la arenga de sus caciques que les recordaba las viejas luchas y glorias; y listas lanzas y flechas, se marchó.

El punto de cita era el de la costa del Queguay, frente a la cueva del Tigre.

Frutos tenía allí reunidos hasta mil hombres. Entre éstos se encontraba una fuerza sin armas al mando del mayor Luna, la que tenía instrucciones concisas y terminantes. El coronel D. Bernabé Rivera, hermano del famoso caudillo, y jefe del segundo regimiento de caballería, fué el guía de la hueste que encabezaban los caciques Venado y Polidoro.

Ya en el campo, los charrúas, recelosos y ariscos, parecieron vacilar un momento.

No tenían memoria de haberse confundido nunca con ejército alguno, pues siempre habían acampado lejos, a un flanco, como las manadas de lince al acecho de los rebaños, en los tiempos de Artigas.

Viéndolos perplejos, huraños y ceñudos, Frutos llamó a Venado y púsose a conversar con él marchando muy juntos al paso de sus caballos.

El cacique iba mudo, observando el cuadro.

Los clarines lanzaban la nota de atención.

Los soldados se movían en silencio, con aire siniestro, prendidos los sables y colgadas al cinto las pistolas de pedernal...

Bernabé, tendiendo el brazo hacia un vallecito espaldado por nutrida vegetación, dijo a Polidoro: "Allí pueden desmontar".

Moviése el cacique y con él la horda, con ese andar lento, indeciso y desconfiado de los gatos monteses fuera de la espesura.

Eso de desmontar, en medio de las tropas, parecíale sin duda una grande exigencia.

Sus nalgas de ñandubay formaban parte integrante de los lomos equinos, y se sentían demasiado bien en esos lomos para abandonarlos en aquella hora.

Pero Frutos llamaba en voz alta de "amigo" a Venado, y reía con él, marchando un poco lejos; y Bernabé, que nunca les había mentido, brindaba a Polidoro con un chif'e de aguardiente en prueba de cordial compañerismo. En presencia de tales agasajos, la hueste avanzó hasta el sitio señalado, y a un ademán del cacique todos los mocetones echaron pie a tierra.

Apenas Fruto, cuya astucia se igualaba a su serenidad y flema, hubo observado el movimiento, dirigióse a Venado, diciéndole con calma: "Emprestame tu mangorrera para picar el naco".

El cacique desnudó la cuchilla que llevaba en la cintura y se la dió de buen talante.

Al cogerla, Rivera sacó una pistola y disparó con ella sobre Venado.

Era la señal de matanza.

El cacique, que se apercibió con tiempo de la acción, tendiéndose sobre el cuello de su caballo dió un aullido; la bala se perdió en el espacio.

Venado partió a escape.

Entonces la horda se arremolinó y cada charrúa precipitóse a su caballo.

Pocos, sin embargo, lo consiguieron en medio del espantoso tumulto que se produjo instantáneamente.

El escuadrón de Luna se lanzó veloz sobre las armas de los indios, lanzas y algunas tercerolas, apoderándose de su mayor parte y arrojando por el suelo, bajo el tropel, varios hombres; el segundo regimiento buscó su formación a retaguardia en batalla, con el coronel Rivera a su frente; y los demás escuadrones, formando una gran herradura erizada de moharras y sables, estrecharon el círculo y picaron espuelas al grito de "¡Carguen!" Los clarines tocaron a degüello.

Bajo aquella avalancha de aceros y aun de balas, la horda se revolvió desesperada, cayendo uno tras otro sus mocetones bravíos como toros heridos en la nuca.

El archicacique Venado, atravesado por muchas lanzas, fué derribado en el centro de la feroz refriega; Polidoro sufrió su misma suerte; otros quedaron boca abajo entre rojos charcos, con la astilla del rejón clavada en los pulmones. De algunos cueilos bronceados y macizos saltaron coágulos negros bajo el filo de las dagas, pues no había sido vano el toque sin cuartel, y al golpe repetido de los sables sobre el duro cráneo indígena, voló envuelta en sangre y sesos la pluma de ñandú, símbolo de la libertad salvaje.

No fueron pocos los que se defendieron, arrebatando las armas a las propias manos de sus victimarios. El teniente Máximo Obes y ocho o diez soldados pagaron con sus vidas la cruel resolución del general Rivera.

El cacique Pirú, al romper herido el círculo de hierros, le gritó al pasar, con fiero reproche: "Mirá, Frutos, tus soldados matando amigos". Su compañero Sepe, indómito y rugiente, cargó en dispersión con ochenta mocetones, y a su embestida de toro quebróse el cerco, rompiéronse lanzas y abierto el camino entre regueros de sangre, aquel resto de tribu heroica coronó la loma, para desaparecer en medio de terribles alaridos rumbo a las soledades.

Para estos charrúas, — pues todos los demás habían sucumbido —, quedaba reservado el desagravio.

La venganza fué espantosa!

Poco después de la bárbara hecatombe de sus hermanos, el cacique Sepe es perseguido de una manera tenaz en sus lejanos refugios del Cuareim por el coronel Rivera. Este jefe, osado e intrépido, que fiaba a sus espaldas más de lo que debía, hostiliza infatigable a sus enemigos.

Alcanzado Sepe cerca del cerro de las Tres Cruces, deja un grupo a la espera del perseguidor, y con el resto de su fuerza se oculta más adelante en lo intrincado de un monte provisto de grandes potriles.

El coronel Rivera carga sobre el grupo que le aguardaba al pie del cerro, con todo su escuadrón; el grupo cede y huye rumbo a la emboscada; Bernabé no desmaya, aunque sus soldados ván quedándose a

retaguardia con los caballos rendidos, y los sigue sin descanso.

Pero al enfrentar la espesura, lo sorprende de imprevisto el salto del tigre.

Sepe le sale al flanco entre alaridos, y Rivera vuelve bridas con desgracia, pues rueda su caballo. Sus compañeros el comandante Bazán, el alférez Viera y todos los soldados, menos un sargento que se internó herido en el bosque, se defienden inútilmente en desesperados lances individuales: uno tras otro, caen acribillados a lanzadas.

Prisionero el coronel Rivera y herido en la cabeza por golpes de bola, Sepe dispuso que sus guerreros cubriesen las moharras con piel de vaca, dejándose apenas a la vista la extremidad de los hierros.

Luego ordenó que lo lancearan.

Por largas horas soportó Bernabé el suplicio y los gritos terribles con que lo acompañaban: "¡Queguay! ¡Venado! ¡Matando amigos!"

Promesas, ruegos, todo fué en vano...

El oído del cacique era sordo al perdón. Vagaban ante sus ojos las sombras de sus hermanos muertos en la Cueva del Tigre.

Consumado el sacrificio, Sepe hizo cubrir con algunos nervios del cadáver el extremo de la moharra de su lanza. Enseñábala más tarde con delite feroz.

Esta fué la última hazaña charrúa, provocada por un acto de barbarie del presidente Rivera.

Después, el resto de la tribu formidable, desapareció para siempre.

El molino del Galgo

Muchos lo recordarán. Era un molino de viento; gran cilindro de material terminado no por un casquete precisamente, sino por un cono aplanado de madera, semejante en su forma y color a las casquillas ásperas y tostadas de criar abejas reinas, estilo de colmenares, y que a su vez tenía por remate, coronamiento y veleta, un galgo de hierro, con sus pies en el vacío y la cola encorvada, todo pintado de negro y los ojos blancos. A juzgar por el símbolo, debe suponerse que el establecimiento no era mediocre, y sí muy superior a todo molinete o molinejo que en los contornos presumiese de muy activo y acelerado en materia de molienda. No poco de verdad había al respecto. La molinería era escasa y la industria se resentía forzosamente de esta deficiencia. Se estaba al tiempo, y a la calidad y cantidad de la materia prima. De los molinos molondros podía llamarse este el rey, aunque como los demás de su categoría dependiese siempre de los caprichos del viento. Harineros eran todos; que arroceros o de chocolates, de aceites o de papel, nunca han sido conocidos, lo que da una idea del estado floreciente de la industria molinera entre nosotros. Y pues que el del Galgo era de viento, tenía desde luego, en lugar de rodeznos, unas aspas enormes,

bien afirmadas y fijas en la extremidad exterior del eje de una de las ruedas del artificio, al aire libre, para que la moviesen las ráfagas fuertes e hicieran funcionar todo el mecanismo.

Ocupaba el punto céntrico de un dilatado terreno llano que circundaban sensibles lomas a todos los rumbos. Los contornos eran agrestes y tristes. Allá en el fondo, a la parte del levante, se divisaba el mar como una línea azul y a veces algunas blancas velas parecidas a gaviotas vagabundas; a un flanco, en pintoresca zona, las quintas de Basáñez y de los horneros llenas de verdes boscajes y árboles frutales; y al norte la plaza de toros, con su aspecto de Spolarium rebajado.

Los pequeñuelos de hace cinco lustros miraban con respeto aquellas aspas forradas de lienzo: cruces equiláteras o equis formidables, cuyo velamen ceñido, al ser batido por el viento, producía un rumor sordo e imponente al voltearse los brazos a raíz de la tierra, que parecían rasar para erguirse enseguida hasta lo alto del casquete, en cuya aguja el galgo jineteaba.

Era el paseo de los días de fiesta. Una cerca de maderos impedía la aproximación peligrosa, y el enganche manchego de algún truhán demasiado alegre.

Para proveer al molino hacíaase comunmente la trilla del "trigo del milagro", tan poderosa grama de arista recta como la del candéal; y, aunque distinto ese trigo del llamado panizo, denominábase también "barbudo" por su espiga idéntica a la de la cebada.

El trigo del milagro, — como era conocido por las familias canarias dedicadas a la agricultura en la zona comprendida entre la Unión y Carrasco —,

brotaba y crecía en excelente costra arable, formando en la época de la siega verdaderos lagos dorados entre alfombras de verdura. Aquellas ondas de espigas producían como un rozamiento de élitros y rumor de abejorros cuando el aura matinal las agitaba; y aun en las horas calurosas del pesado ambiente, solían columpiarse sus millares de penachos, prolongando con el contacto de las aristas su música monótona y plañidera.

La cigarra con su canto, la langosta pequeña con sus zumbidos y otros insectos con sus estridulaciones desde el fondo de las hierbas trigueras, aumentaban esos ritmos; cuando no, dominaba todas las sonoridades alguna bandada de mixtos o tordos, tan nutrida como una nube, abatiéndose famélicos sobre el grano para dorarlo sin demora, al punto de mondar en breves momentos centenares de espigas.

Échase por esos trigos — como dice el proverbio castizo — era frecuente en los chicuelos y casquilucios de los alrededores, los que, reunidos en grupos o bandas como los pajarillos voraces, se lanzaban a todo correr a lo hondo de la espesa grama, en la misma hora ardiente de la siesta; ya para retozar bulliciosos a modo de chivatos montaraces, ya para perseguir mariposas de alas encendidas con pañuelos y chambergos, ya para acometer al igual de los cuzcos a los mansos bueyes aradores que habían salvado la cerca arrastrando las guascas de la coyunda. Zarrandeando los granos a golpes de puño, lo mismo que si hicieran sonar descomunales panderetas.

Gran número de chicuelos hacía coro a la faena, saltando en torno del coral que encerraba la era y dirigiendo descompasadas voces a los yeguares para que

apurasen su ronda frenética. Otros formaban círculo, cogidos de las manos, estrechando en el centro a uno que hacía las veces de avestruz “que pedía carne”, y no pocos circulaban ganosos en redor del horno en cuyo vientre entraba a cada instante una palita de madera para dar vuelta los pasteles, palitas que manejan comunmente las manos rugosas de alguna vieja gruñidora. Antes de empezarse el trillamiento, y cuando aún no había llegado la manada de yeguas, los traviseos se apostaban provistos de lazos confeccionados a su modo a la orilla del camino, “para hacer un tiro a las crías” y quedarse con alguna si eran felices en la empresa y contaban con el beneplácito de los arrieros.

Estos, lejos de contrariarlos, estimulábanlos en la travesura, al solo objeto de apoderarse más tarde de los lazos y argollas de hierro o bronce, convencidos de que el animal de cuatro pies puede más en la puja que el de dos, tratándose de granujas; y a más, porque los gandules hallaban gran diversión y contento en este género de episodios.

De aquí que, entre los muchachos del lugar, se formasen parejas — no siempre de varones — con el fin de asegurar mejor el golpe poniendo al unísono los esfuerzos del músculo que en el fondo venía a constituir el único capital de esta comandita.

Los que arreaban las manadas solían dejarles como cebo uno que otro potrillo ruín o enfermo; pero, en tratándose de algún “animalito airoso” se apresuraban a poner todo celo para que escapase llevándose la sogá.

Distinguíase siempre por su vivacidad y osadía,

entre todas las parejas de que hablamos, la de Cecilia y Bruno; al extremo de que eran muy pocos los que los acompañaban en sus atrevidas diversiones, ya porque el carácter de la primera inspirara antipatías, ya porque el precoz ceño adusto del segundo pusiera miedo a sus alegres camaradas. Cecilia era una doncellita un tanto sucia, de pelo rubio, ojos celestes y labios muy rojos y maciza como una manzana en sazón, ligera y retozona, capaz de andarse entre las breñas y de hacer muecas a los perros bravos con una vara de espinillo en la mano. Así se había criado, creciendo siempre sin conocer la escuela y aprendiendo apenas algunas rudas faenas domésticas, de las que ella procuraba verse libre cuanto antes para reunirse en las cercanías con las de su estofa y entregarse a sus entretenimientos cotidianos. Entre éstos, eran los principales: irse por los trigos, saltar zanjas, azuzar los bueyes viejos con ramas puntiagudas, cortar pinchos de pitas para juego de "gallitos", ver lanzar guijarros a los rapazuelos con la honda y trepar los árboles en busca de nidos. De una malicia singular a su edad y por ello arisca, brusca y resplandona, se había impuesto a la banda de tertulianos y hacía cabeza en ciertas correrías no congeniando entre los diablillos que se asociaban con ella y sus numerosas compañeras, más que con Bruno, el cambado. Bruno tenía once años y decíanle el "cambado" porque andaba por defecto natural con las piernas en arco, sin que este vicio de origen obstase a que él fuese ágil y fuerte, recio de contextura y audaz como pocos. Sus ojillos negros eran muy vivaces, casi desnudo de pestañas, la tez cobriza con pecas color chocolate; la nariz chata, de fosas saltonas,

la boca de labios delgados y duros y los pelos erizados de su cráneo, muy alto en el coronal a modo de gran calabaza con verruga, dábanle en conjunto cierto aspecto de fiereza. De ahí que algunos de sus camaradas le creyesen mal entrañado, berrenchín y chúcaro; porque a partir de que los antecedentes, condenan, bastaba que él fuese hijo de un tape que había figurado en el regimiento de "Guayaquíes" de Rivera para que todas sus cualidades físicas condijesen con el origen y aumentaran la suspicacia de sus pequeños émulos. "Zorro dañino" solían motejarlo; sin que él hubiera nunca robado una gallina siquiera, y nada más que por tener un remolino en el occipucio, que le volvía fuera las greñas en forma de cola de rapoza. Feo él y hermosa ella, se entendían, sin embargo, a su manera. Bruno la defendía bizarramente contra las agresiones de sus mismos compañeros y Chela — como a ella la llamaban — daba de puñadas a Bruno o le tiraba de las greñas cuando éste incurría en su enojo. Él cambado se dejaba pegar sin protestas e iba a echarse muy mohino en los trigos. Luego de merodear un rato, Cecilia acudía al sitio. Vengábase él entonces, haciéndose el desdenoso. Ante su silencio y su indolencia, la muchacha prorrumpía en frases de despecho y le llenaba de injurias; en tanto, Bruno se encogía de hombros y entreteníase en fabricar las espigas.

Estas escenas terminaban sentándose ella a su lado de repente, con abandono; y cambiada así la táctica, hacía cosquillas con una paja detrás de la oreja.

Bruno permitía el juego por largos momentos; hasta que sintiendo al fin muy cerca la respiración de la traviesa, volvíase de pronto, estrujábala entre sus bra-

zos, con arranque brusco y la besaba en la boca. Sin miedo ni violencia, Cecilia dejaba que él la encariñase y se gozara en los contactos de sus labios con los suyos de clavel, concluyendo por abrazarlo a su vez y devolvérselos en silencio. La venganza era muy dulce. Oprimíale Bruno con las dos manos la linda cabeza y la escondía bajo su pecho orgulloso. Después la apartaba con gestillo de señor e ímpetu violento, la contemplaba con deleite y volvía a besarla. Ella suspiraba y dejaba hacer, echándole sus manos de leoncilla al cuello y ofreciéndole en silencio su boca fresca y húmeda, en desagravio de las injurias. En deliquios de esta índole se lo pasaban callados largos momentos: él, ardoroso, casi febril; ella, suave y subyugadora, con los ojos entreabiertos, las mejillas llenas de pintas róseas y las trenzas rubias medio deshechas enredadas con las espigas.

Después se hablaban con palabras cortas, en ese idioma suave y extraño de los que no hablan bien ninguno, se incorporaban al menor ruido, al mismo eco lejano de sus alegres compañeros; y ya, tranquilos, concluían por mirarse en los ojos con una expresión de ternura profunda.

Cecilia se iba arrastrándose sobre las rodillas con pereza y poníase a arrancar pajillas que juntaba jugueterona en una de sus manos, dando la espalda a Bruno. Este permanecía hosco y callado en su sitio, mirando de soslayo cómo se abatían riñendo los tordos en los trigos. Luego se alzaba de un brinco y corría a donde estaba Cecilia. Sin pronunciar una sola frase, la cogía nervioso entre sus brazos, volvíala a estrechar, llenándole de caricias sus manos, y caían enton-

ces las pajillas, quedándose muy unidos el uno con el otro para besarse cada vez que tropezaban sus labios temblorosos. A esa actitud se arrancaban al fin lentamente, alejándose despacio cada uno por su lado, inquietos, con miedo, como si hubiesen cometido un delito grave en presencia de muchos testigos, mirando a todos rumbos llenos de azoramiento. Horas más tardes volvían a reunirse con otros compañeros que jugaban en grupos; casi fríos e indiferentes, como si se hubieran olvidado de sus minutos de intimidad y de deliquio, de aquellas tiernas expansiones en el asilo secreto de las espigas, tan propicio al encelamiento infantil, bastante torpe todavía para romper el tenue velo de los pudores y castidades.

Apenas se miraban de reojo y no se hablaron palabra, ni se ponían cerca. Parecían absolutamente extraños el uno al otro. Cuando se quedaban solos, sin embargo, los dos se iban aproximando poco a poco, y así que estaban a un paso, ella, sin dejar de jugar con una varita o una rama cualquiera, recostábase en él y le empujaba colérica, sin mirarle ni sonreírle. El cambado gruñía y toleraba los empellones resignado.

Después Chela terminaba el requiebro pellizcándolo fuerte y huyendo a todo correr por el campo. Bruno se iba muy atufado a su rancho, frotándose la parte dañada.

En una de esas tardes, ella le dijo con tono imperativo:

—Mañana hay trilla y quiero un potrillo de la manada de Jijuán... Si no me lo agarrás voy a pedirselo a Tomasito que es baqueano.

Al día siguiente, en realidad, había trilla en la chacra de Mateo el carcamal, que estaba situada en el sitio opuesto al del molino.

Bruno se sintió un tanto humillado y contestó lleno de un aire de desconfianza:

—Yo te voy a enlazar uno, aunque me reviente la cinchada.

—Quiero verlo! Siempre se te van hasta los “guachos”, de maula no más.

—Vas a ver que yo los puedo, Chela... Es que los lazos eran los flojos...

—Échales la culpa, mentiroso! Es una vergüenza que una vez te arrastrase el doradillo de Martincho, como un muñeco, y te hiciera comer polvo.

Bruno la miró con los ojos torcidos y replicó:

—¿A que no me arrastra otro más forzado que ese, mañana? Ahora tengo un lazo de trenza que aguanta a una yegua.

—Hum! De piolín ha de ser.

—No me digas esas cosas tan sin motivo, Chela, porque yo no soy de barro...

—Y bien de barro! — prorrumpió ella iracunda — ¿Qué se te ha figurado, verruga de ombú, que tú te pareces a la demás gente? Toma por atrevido!

Y le dió dos puñadas en la nuca.

Bruno se quedó quieto y triste. sentado en el pasto sin murmurar una palabra.

Chela se fué, muy encendida en cólera.

Pero bien luego volvió al sitio en que permanecía inmóvil y boca abajo el cambado.

Sacudiólo en silencio, y viendo que no se movía, se echó a su lado, poniéndose a pinchar con un palito

a uno de esos insectos de coraza y retorcidos cuernos negros, que ellos llamaban viejas.

Transcurridos algunos minutos, Cecilia arrojaba el palito con la vieja enganchada en él a larga distancia; y, atenta a los contornos, por si alguien la veía, pasaba su mano por el pelo de Bruno, como pudiera hacerlo por el lomo de un gato regalón.

Y a la manera del gato somnoliento, que al sentirse acariciado alarga hacia adelante las afelpadas zarpas y bosteza, el cambado estiró sus miembros y volvió la cara angustiosa con los ojos semi abiertos hacia su blonda compañera. Enseguida la puso del otro lado, relamiéndose como el "morrongo".

Ella le acercó entonces una pajita al oído y se quedó compungida hipócritamente.

Bruno alargó el brazo al tanteo y luego que la cogió del hombro la atrajo con dureza. Sin cambiar de postura incorporóse un poco, puso la cabecita adorable bajo la suya, de modo que su cuello y el de ella formaron cruz; y luego empezó a hacerle cosquillas en la garganta mórbida muy dulcemente. Chela, se reía a ponerse roja, clavábale las uñas en las orejas o pasábale por la nuca cual si pretendiese ahorcarle, una de sus trenzas doradas; y cuando esto no bastaba para que no la apurase en el retozo, hincábale sus diente-cillos blancos en el carrillo hasta dejarle bien marcadas las huellas. No hacía él caso de esto; y así que Cecilia cedía sofocada por la risa, le llenaba toda la boca con la suya, o le cerraba con los labios los ojos húmedos y alegres.

En medio de estos juegos prohibidos, el rumor de

un galope en el camino los hizo levantar de súbito y escaparse cada uno por su lado. . .

Al siguiente día, temprano, la grande era estaba lista en la chacra de Mateo el carcamal; los trigueros prontos, el horno caliente para recibir los pasteles de la fiesta, y las muchachas muy engalanadas con sus pañuelos nuevos al pescuezo, sus zapatos flamantes y sus "mates" de reluciente "bombilla" en las manos, a la espera de los forasteros de golilla y "vichará" al brazo.

Todo anunciaba jolgorio en los alrededores. Los chicuelos de la vecindad merodeaban a grupos por los lugares que ocuparon los haces, recogiendo las espigas sueltas para hacer penachos, y poníanse luego a correr en desfilada hacia la era, entre silbos y voceríos.

Bruno no se encontraba en la ruidosa asamblea. Desde las primeras horas había tomado posesión de una zanja que bordeaba la cerca del camino, provisto de su lazo, y al acecho de la manada que no tardaría en llegar para dar comienzo a la trilla.

A buen seguro que en la manada venían más de diez potrillos flor, muy alcotanos y lustrosos!

Chela iba y venía por las cercanías, atenta, curiosa, con un dedo en la boca, las crenchas volando, y visibles signos de impaciencia en el rostro. Aquella "yeguada" debía ser de potrancas "pasmadas", por la tardanza.

—¡Lerdísimos! — murmuraba con rabia Cecilia. Ni siquiera han de traer yegua madrina.

Pero al fin sonó claro un esquilón.

La manada avanzaba por el camino entre una nube de polvo, produciendo gran ruido, semejante al de

una tronada. A ese ruido sordo uníanse los gritos y silbidos de los conductores, cada vez en aumento, a medida que los cercos de pita iban presentando mayor número de claros o portillos por donde las yeguas pudieran dispersarse. Para evitar la fuga, algunos de los que arreaban trotaban largo a los flancos, cubriendo las salidas a campo raso, revoleando los rebenques o agitando en alto los ponchos. Al acecho de los potrillos que venían muy ceñidos a sus madres, Bruno, agazapado a la zanja, componía su lazo de trenza delgada terminado por una argolla de bronce sujeta con costura de "tientos" y botón fornido.

Cecilia, que se hallaba muy próxima, al ver que un potrillo alazán se dirigía a la cerca, aturdido por el polvo y los gritos, entusiasmóse de súbito y prorrumpió a grandes voces:

—¡A ese, Bruno, a ese! ¡a ese!.. No lo dejes escapar... No lo castiguen ustedes para que se lleve el lazo, que eso no es gracia!

Y saltaba, palmoteando de contento, con la mirada ansiosa y el rostro encendido.

—¡Tirá, Bruno! No errés el tiro, que ese es mansito y orejano! ¡Oh, qué lindo!..

Bruno, callado y jadeante, había arrojado su lazo con tanta suerte, que la armada, entrando por la cabeza del alazán, se había corrido a lo largo del cuerpo, concluyendo por ceñir bien al potrillo de los corvejones, al punto de que éste lanzaba en vano de a docenas los corcobos sin conseguir desasirse ni avanzar un paso.

—¿Ves? De puro goloso! — seguía gritando Che-la. ¿Cómo vas a componértelas ahora? Lo hubieras

apretado del pescuezo, maturrango, y entonces se sofoca y se tumba. ¡No aflojar, sonzote, no aflojar!

Bruno se afirmaba sudoroso con los pies en el borde de la zanja, perdiendo a cada instante terreno a medida que el potrillo pujaba estimulado por los azotes y silbidos.

Los conductores se reían a grandes carcajadas; y esta hilaridad tomó mayor incremento cuando Cecilia dirigióse de un salto a la zanja para ayudar a su compañero.

Hízolo con tal empeño, que un paisano dijo amoscado:

—No seas machorra, muchacha... Si no lo largás te va a llevar el arreador.

Cecilia se volvió colérica, sin ceder en la puja, contestando:

—¡Es lo que quisieran ustedes para robarse las guascas, sinvergüenzas!.. ¡Tirá Bruno, hasta que reiente!

Bruno se había echado boca abajo y forcejeaba por dos, cogido al lazo con ambas manos, sin disposición alguna de ceder, lo que, visto por el arriero que se había quedado solo con el potrillo, pues la manada se había entrado ya en el corral de la trilla empezando su gira vertiginosa, indújole a tropellar con su caballo al pequeño alazán para obligarlo a mayor esfuerzo y precipitar el desenlace.

Con esta ayuda poderosa y empujado hasta derrengarse, el potrillo arrastró a Bruno y a Cecilia muchas varas; pero, ya a punto de largar el lazo que se escurría entre sus manos desollándoles la piel, rom-

pióse la presilla de súbito y la argolla de bronce, despedida como una bala, saltó silbando.

Chela se llevó la mano a la sien derecha y cayó cual si hubiese sido herida por un rayo.

Rióse el paisano y picó espuelas, arreando el alazán hacia la trilla.

—¡Tomá por zonza! — iba gritando con el sombrero en la nuca y el poncho “vichará” en movimiento.

Bruno, que se había puesto lívido al observar a su compañera inmóvil, tal vez muerta, sintió como un vértigo y corrió veloz detrás del potrillo sin saber lo que hacía.

El pequeño alazán, espantado por el flanco por donde se deslizaba el cambado furioso, cambió de rumbo y saltó el cerco que separaba el camino del molino y en pos de él brincó a su vez como un gato montaraz el pilluelo.

El paisano sujetó riendas “y se entró en la trilla”. convencido de la ineficacia de su persecución.

El molino funcionaba a impulsos de un viento recio que marcaba el galgo como encalvado en el espacio, giraban crujiendo a toda lona las aspas enormes, esparciendo a los lados ráfagas violentas que parecían atraer con la fuerza de un torbellino.

Al saltar la cerca, el pequeño alazán había caído de lomos, dando tiempo a Bruno para improvisar una lazada escurridiza; de manera que, antes que arrancase de nuevo en rápida cerrera, él pudo echarle la soga al cuello, apretádoselo con todas sus fuerzas.

Semi ahorcado el potrillo, se abalanzó ciego al molino entre sacudidas y desesperadas corvetas; pero, prevenido por el instinto, de un peligro mayor, ya en-

cima de las aspas mugidoras, sentóse de golpe y dando un volteo rapidísimo, colocó a Bruno en el arranque bajo la equis formidable.

—¡No ahorcarte, bellaco! — gritó el cambado pugnando por aplastarse como un gusano.

Con todo, una de las aspas cogió de las ropas con uno de sus extremos a Bruno, lo levantó a considerable altura, y al romperse la frágil blusa de lienzo en que se había enganchado, lo lanzó como una piedra despedida de la honda al medio del camino. El cuerpo se sacudió en un instante, y quedóse inerte, como el de Cecilia en el fondo de la zanja... En tanto, bajo un sol ardiente y una atmósfera de menudo polvo, la manada sudorosa, espumante y despavorida, daba vueltas y revueltas alrededor de la era; llenaban el aire los ruidos del cencerro, los latigazos e interjecciones bestiales; y una banda de traviesos se agitaba junto a los palos del corral entre alegres voceríos.

Sarandí

1825 - 12 DE OCTUBRE - 1901

La suerte de las armas se había mostrado propicia al intento de Lavalleja y de sus heroicos compañeros; pero ellos estaban en el comienzo de una obra colosal. No contando con más recursos que los propios, que eran muy escasos, sin apoyo directo ni indirecto de los gobiernos vecinos, empezaban a palpar los graves inconvenientes de la empresa y a comprender lo serio de la aventura, para cuyo complemento érales preciso el concurso del genio militar e ingentes sumas de dinero.

Los hechos fundamentales se habían consumado con trabazón lógica, preparando acaso al país para una vida ficticia, o por lo menos agitada y turbulenta.

La representación nacional convocada, ardiendo el país en dura guerra, había elegido en uso de sus facultades un gobierno efectivo y diputados al congreso argentino; lo mismo que Artigas hiciera en otro tiempo y bajo el imperio de otras circunstancias.

Pero antes de producirse este hecho y las declaratorias notables de la asamblea, súpose que el gobierno de Buenos Aires había dispuesto se formase un

ejército de observación en la línea del Uruguay al mando del general Martín Rodríguez.

Cuando este jefe pasó a recibirse de su puesto, una versión alarmante circuló en esos momentos, y subsistió mucho después.

Se dijo que el general Rodríguez llevaba órdenes para aprehender al brigadier Lavalleja, y remitirlo a Buenos Aires.

Esta especie fué adquiriendo cada día mayor crédito, sin que el tiempo y los sucesos la desvanecieran.

Subsistía el rumor entre los orientales, y éstos se lo explicaban claramente.

La diplomacia argentina que había traído a Lecor, trataba de mantenerlo en el terreno conquistado.

Erales entonces forzoso, para merecer el auxilio y provocar la conflagración, dar prueba segura de su lealtad, y así mismo, extender su acción y su poder en el territorio por una victoria ruidosa.

En caso feliz, el apoyo sobrevendría por el exceso mismo del mal que perturbaba profundamente el equilibrio de la vasta zona. Si el éxito era desgraciado, los vencidos no debían esperar más que la prisión y el proceso.

A esta triste alternativa estaba condenado el ideal de la aventura, por la política insensible y la fría diplomacia. Entre esos dos hielos se encontraba la aspiración ardiente de los débiles, que todo lo fiaban a los milagros del valor.

Era necesario dar la prenda.

El brigadier Lavalleja sometió la dirección de la empresa militar al poder ejecutivo de la república,

ofreciendo así prueba eminente de espíritu de orden.

Este compromiso no fué aceptado.

La resistencia del gobierno general a tomar cualquier intervención explícita, quedó excusada legalmente por preceptos que era preciso llenar de un modo solemne.

Contra esa resolución se habían estrellado todos los esfuerzos y los ruegos del pueblo oprimido; las vehementes insinuaciones del espíritu nacional; los argumentos de los tribunos y del patriotismo exaltado.

Indispensable era que el denuedo de los nativos, luchando solos con el enemigo común, rompiese aquella barrera consagrando su *afán constante* con un triunfo memorable; y preciso era que ellos confirmasen los votos protestados por su libertador, por medio de un acto armónico con sus instituciones.

Lo primero se ansiaba día tras día soñándose con una aurora de una jornada cruenta, que despejase un poco los horizontes del porvenir; lo segundo se había hecho por una asamblea con mandato imperativo, que, en el fondo, no podía suplantar los efectos de un plebiscito necesario.

En un país de cien mil almas, cuyos ciudadanos sin escuela de gobierno libre eran soldados, y a quienes en esas horas críticas les era corto el tiempo para preocuparse de otra cosa que de batirse a muerte contra un adversario diez veces superior, no debía esperarse tampoco que la voluntad del conjunto, la expresión meditada y tranquila de la voluntad soberana, se manifestase por otros medios más correctos.

El día 25 de Agosto la asamblea había declarado al país, de hecho y de derecho, libre e independiente del

rey de Portugal, del emperador del Brasil y de cualquier otro del universo; y en pos de esta declaratoria viril, hecha en medio de zozobras y peligros, había dictado también la ley que lo incorporaba a las provincias unidas del Plata, como porción integrante de su antigua soberanía.

Era ésta, sin duda, una concepción más clara y luminosa de la patria, cuyo sol debía nacer en el confín sur brasileño y hundirse detrás de los Andes, después de alumbrar inmensas regiones destinadas todas a las razas laboriosas del mundo y a todas las libertades sin arraigo en las naciones caducas; era el haz de fuerzas que hacían la solidaridad perseguida, la cohesión de los medios y la armonía en los fines, dando aparente solución al problema del equilibrio platense.

Aparente, porque ¿no invocaba el imperio, iguales títulos que su rival a la posesión y exclusivo dominio de la tierra disputada, y no eran sus pretensiones antecedentes de funesto augurio para el futuro?

La fórmula de incorporación, que era en sí misma expresión de poder y de fuerza, resultaba para el dominador impuesta por la brutalidad de los hechos, y como un reto a su soberanía, por cuanto los nativos, años atrás, habían resuelto la anexión al imperio por intermedio de sus cabildos, únicos cuerpos de carácter representativo y popular.

En esta grave querrela, para nada tenía en cuenta el Brasil que los orientales no querían en el fondo lo que sus cabildos hicieron: ni Buenos Aires se daba por entendido tampoco de que la célebre declaratoria no era un acto espontáneo de los pueblos oprimidos.

Dirimían sus antagonismos sin consideración a la

prueba. Y la prenda anhelaba ser entidad neutra, y por lo mismo libre y respetada. Pero, no siendo eso práctico por sus solos recursos, ninguno más adecuado como quien saca fuerza de flaqueza, que el de aquella declaratoria. La incorporación, al cambiar el dominio, traía consigo el conflicto, y hacía teatro de la lucha el mismo suelo disputado; mas, al fin de esa lucha, podría bien suceder que del exceso de sangre vertida surgiese la zona neutral por utilidad recíproca, y de esta situación, una independencia que era imposible adquirir por otros medios.

De las propensiones locales firmemente acentuadas, a raíz de aquella última declaratoria, surgía esta conclusión: libertémonos del yugo extraño, y después Dios proveerá!

Ese juicio resumía, con los anhelos de una generación formada al calor de la lucha, y que todo de la lucha lo esperaba, lo incierto de su destino.

Tal vez se descubría en ese juicio el fondo de soberbia genial que constituía la base de las rebeldías indomables, pero esa naturaleza bravía, favorecida en su desarrollo por las condiciones geográficas del territorio, aislado de los otros en casi su totalidad por mares y grandes ríos, era precisamente la causa del conflicto, la razón inicial de la aventura legendaria.

Y bajo esa faz el problema de futuro ¿podía considerarse *asimilable* el elemento nativo?

En la bandera a cuya sombra los orientales peleaban se leía en letras negras la inscripción de ¡libertad o muerte! que era su grito de guerra y también de gloria.

En ese lema se condensaban sus ideales; en ese grito sus virtudes guerreras. ¿Se obstinaban ellos en probar que eran capaces de ser libres dentro de un gran todo o de una gran patria de comunes sacrificios; o buscaban significar con ese lema, que tenía su origen en Artigas, que toda dependencia les sería odiosa aun dentro de la comunidad primitiva?

Decididamente esto último.

Los orientales resolvieron librar sus destinos a la suerte de las armas.

En los campos de Sarandí libraron combate.

La lucha fué heroica. Los clarines rompieron con el toque a degüello en esa jornada memorable; dos mil aceros se alzaron destellantes a la voz de ¡carabina a la espalda y sable en mano! y dos mil cuatrocientos enemigos fueron destrozados, a pesar del valor y del esfuerzo con que arrojaron la terrible carga.

Este hecho militar tuvo sus peripecias.

En la carga cayeron cerca de cien hombres, antes que las dos líneas chocaran. En el choque, la formación desapareció en el acto. Las dos alas brasileñas fueron acuchilladas por la espalda hasta encima de sus reservas; pero en cambio, cortada en dos la extrema derecha enemiga por los dragones de Rivera, una de estas mitades, formando masa compacta con las tropas del centro imperial que avanzaban sobre el centro republicano, caía con irresistible violencia sobre la izquierda de éste, arrollándola impetuosa y comprometiendo el resto.

La acción del centro oriental quedó anonadada bajo el peso del número. La pelea se trabó reñida entre un grupo pequeño y una mole enorme de adversarios,

sin que fuera bastante el denuedo de Oribe para rehacer su línea y evitar los estragos de la carga. Fué entonces que Lavalleja acudió en su ayuda con la reserva, acuchillando bravamente con los húsares todos los escuadrones enemigos dispersos en la ladera, al punto de exterminar la mayor parte de sus soldados. En esta carga cayeron prisioneros entre otros jefes y oficiales, Pintos y Burlamaqui. Zufriategui, después de doblar el ala izquierda imperial, desordenándola y poniéndola en fuga, afirmó su posición en el declive de la loma. Bajo el sable de sus escuadrones habían caído los más esforzados soldados de Ribeiro, cuando hecha la descarga por los carabineros de Río Pardo, dió este regimiento media vuelta en dispersión, al comienzo mismo del combate. Rivera, por su parte, había dado cuenta de las caballerías de Bentos González. Centenares de muertos, en número casi igual al de los prisioneros, millares de armas y considerables pertrechos de guerra, fueron los resultados materiales de esa victoria.

Del punto de vista moral, sus efectos fueron de alta transcendencia. La diplomacia argentina cambió de táctica; el pueblo hermano rindió culto fervoroso a los valientes; sobrevino el apoyo suspirado; y después de Ituzaingó alcanzóse por fin la fórmula que consultaba el hondo anhelo de los uruguayos de constituirse en nación independiente.

Conmemoremos con unción patriótica la fecha gloriosa del 12 de Octubre de 1825.

Día de Difuntos

Habent sua fata sepulcra.

Ayer celebró el catolicismo el aniversario de los cadáveres.

¿Viene a ser esa celebración lo que los romanos llamaban *días nefastos*? —No. El día de difuntos con su sacrílega pompa, es una de esas horas de los siglos teocráticos, en que la Iglesia convierte la mansión de los que fueron, en *jardín público*. Prado de encanto y de placer, cuando debiera servir a los plácidos momentos de meditación y de verdad. Cualquiera creería que el *día del juicio*, instante de la dispersión inmensa según las profecías, había originado la fiesta religiosa del dos de Noviembre: fiesta que va a irradiar su falsa luz y repercutir su profano bullicio, en el fondo misterioso de los sepulcros solitarios.

La *Vida*, con su traje de Mefistófeles, va a visitar la *Muerte*, vestida de mortaja. La *aristocracia* latente se aproxima a la *nivelación* absoluta de la tumba.

¿Qué busca allí la vida? Nada! Arrastra sus orepes sobre el polvo de las sepulturas. ¿Ora? la oración católica es un sarcasmo. Se funda en el error; se eleva con el delirio.

Un hombre hincado sobre una tumba; conciencia muerta a la verdad.

Las tumbas no necesitan la oración de los obscurantistas: las almas han pasado el puente de lo infinito, y en la región inmortal, Dios obra como Dios sabe tan sólo obrar.

La conciencia humana tiene el arcano por frontera, al ideal por astro, a la inmortalidad por patria. Si no habeis profundizado el arcano, deteneos en esa frontera; si os ilumina el astro, no pidais consejo a las tinieblas; no habeis abandonado el mundo, dejad pues en paz la patria eterna a do no llegan las aberraciones de la combatida tierra!

Acercaos en buena hora a la sepultura de vuestros deudos, lloradlos, desahogad el sentimiento oprimido, calmad los sombríos pesares; mas no convertiais el deber en recreo, la virtud en vanidad, el culto en fanatismo, en ficción la sublime concepción del alma.

Sobre la tumba se siente y se medita.

Los anales del sepulcro son la historia de los pueblos.

II

La Pirámide! Hé ahí el postrer asilo de los Faraones. Egipto en monumento, hablando al viandante el lenguaje terrible de los siglos que pasaron.

Pompeya! Hé allí el osario de la Roma Cesárea, mostrando al viajero los esqueletos de las primehas generaciones latinas.

El Partenon! Hé allí la maravilla de Oriente, el sarcófago de las grandes virtudes, el túmulo de las ciencias que resplandecieron sobre las primeras razas

del mundo. No arde en él la pálida llama de las religiones yertas; pero el recuerdo glorifica los escombros.

La Via Apia! Ved allá la mansión solemne de los insignes varones, de los fogosos tribunos, de los fieros capitanes, do parece errar sin sombra el enlutado genio de la vieja Roma.

El Anfiteatro! Vedlo acá vetusto, impotente y hueraño: *carnero* de los gladiadores, infierno de los mártires que no iluminaban los jardines de Nerón, circo de las muertes horrendas, de los suplicios sin consuelo ni esperanza.

Bosque de Ansonia! Hé ahí errante el alma antigua de las Galias, viviendo en los troncos de las encinas seculares, a cuya sombra consumaban los Druidas el humano sacrificio, y do escapaba como un lamento tristísimo la vibración lírica de los bardos.

Cartago! Hé ahí la reina del Mediterráneo, muda, ruinoso, asolado, enorme monumento funerario de los mercaderes, fosa de los mercenarios, inmóvil vestigio de los famosos días africanos, corona de Dido, sepultura de los poderosos Barcas.

Jerusalén! Hé ahí el panteón de Jesús, escombropereenne del pueblo hebreo, sitio de íntimas lamentaciones, tumba memorable de Absalon, de Josafat y de una raza diezmada par el yagatán del árabe, lugar memorable de contiendas estériles, que parece repercutir todavía las notas sonoras del arpa de David.

Es verdad! Los sepulcros también tienen su destino... tienen su historia de tremendos ejemplos! Foción era un héroe educado en las virtudes clásicas de la antigüedad homérica. La Grecia debíale gratitud y cariño; ¡y el polvo de su cadáver fué arrebatado al

sepulcro! Los rudos escombros de Lacedemonia entera, gravitan sobre el cuerpo mil veces acuchillado de Leonidas: ¡digna sepultura del fiero espartano! Se concibe que aun levantado el Etna, no se encontrara bajo sus hórridas entrañas el gigante que con él sofocara Minerva; pero para hallar siquiera el cráneo de Leonidas, tendrían que levantar los griegos genízaros las ruinas de cien generaciones.

¡Cementerio colosal de Epaminondas, de Fidias y de Temístocles: hablen con Volney tus ruinas, y respiren por sus hendiduras las voces airadas de los manes vengadores!

La tumba inviolable donde recogiera Niebhur el perdido secreto de las edades, se convierte en ludibrio: lavanderas del Tíber tienden sus ropas en los muros desolados; otomanos clavan sus tiendas en las rocas de las Termópilas!

Morada inviolable, y sin embargo no la respetan los vivos, no le consagran la veneración que engendra la majestad de los que fueron.

Habent sua fata sepulcra!

Reposaba Mirabeau en el panteón conquistado con su genio: la diosa augusta de la Libertad velaba sobre los manes del gigante traidor: la República tendía sobre su féretro, como único tributo al hijo bien amado, la tricolor bandera; la patria dolorida lanzaba hondas quejas; y de repente llegaron los días lúgubres y Marat, el propagandista del crimen, reemplazaba a Mirabeau, cuyas cenizas se arrojaron al viento!

Se ve así también en el seno de los juncales de la India, arrastrándose en busca de la caverna de un muerto león, el tigre enfermo; encuentra y alcanza por fin

la morada que sirviera de tumba al rey del desierto, arroja en ella sus últimos despojos, y agotados sus esfuerzos, muere rugiendo en el mismo sitio en que expirara su valiente e implacable enemigo.

¡Tumba violada por la cobarde venganza! ¡Tumba usurpada por el último odio!

III

El Cementerio engalanado alberga en su recinto una muchedumbre *brillante*. Las clases sociales todas, han concurrido bajo un cielo de primavera, celeste mar de las alturas cuajado de blancas navecillas.

Se ven allí confundidos la aristocrática dama, el *león* galante; el comerciante por menor, *bourgeois* en traje dominguero; el jornalero humilde; el libertino, *histrión* de las fiestas; el estudiante en ciencias y el clérigo sin sotana; agregad las flores, los perfumes, los terciopelos, las coronas, las miradas, las entrevistas, los desengaños, los crespones, las elegancias, las tristezas, los llantos, las sonrisas, las primeras querellas de amor junto a las tumbas de los seres que se amaron! . . y tendreis un *martes de Carnaval* cernido sobre los muertos!

La capa de Antístenes cubre a la sociedad allí reunida: observad al través de los agujeros, y vereis todo, menos la psicología de la virtud. De noche, cuando esa sociedad se ha retirado al hogar y despojado de sus oropeles, si fueran ojos de Dios las fúlgidas estrellas, no verían ya las bellas coronas y los faustos fúnebres, sino blancas lápidas y desnudos túmulos. En las altas horas del silencio, la *exposición* ha concluido, los obje-

tos preciosos se recojen, nada hay ya que *admirar* en los sombríos refugios de los finados!

Observemos con el alma triste: la campana del cementerio se lamenta en medio al ruido de las carrozas: tules y lutos, pensamientos *negros* y siemprevivas: hé aquí las perspectiva: nada de *realidad* amarga, nada de pesar funesto, nada de llanto entre sollozos vertido.

Se creería *une promenade* a los Campos Eliseos. El vergel que crece y se atavía de primorosa flora sobre la tierra que cubre los huesos del pueblo, presenta henchidos sus recintos, con la vanidad de los vivos: espectáculos extraños, episodios misteriosos, cuadros tristes de inefable ternura, se desarrollan y muestran a la mirada escrutadora, al través de la arboleda umbría.

—Sobre la tumba de una niña muerta a los quince años, gime desconsolada una mujer. Madre infortunada, ¿por qué llorais? Enjugad las lágrimas. Ellas no reanimarán yertos despojos, ellas no humedecerán ya la frente purísima de ángel que arrebatara la muerte en vuestro regazo de cariño y de amor. La hija amada plegó sus alas en el sueño de la décima quinta aurora; una mirada de inocencia fué su edad; una sonrisa, su placer; un beso fué su historia; arrebatada en la primer mañana de juventud, ningún pesar en su conciencia lleva a la region de la eterna vida!

Tal plega sus alitas doradas, el avecilla armoniosa, en la rama del árbol, que el rayo de improviso troncha; su existencia fué un canto tímido y dulce; su amor, la caricia de primavera; su morada, el silencio y el misterio del bosque, que impregnara de melodías suaves en el despertar bello de la somnolienta aurora: tal muere a la primer descarga de la borrasca el

picaflor, avecilla escapada del Edén, teñida con los matices de la alborada.

Pobre madre! ¿lloráis la pérdida de su belleza?

En la tranquila y serena noche, mirad el fuego extraño que despide la podredumbre de un cadáver en el osario; es una llama pálida y triste, a veces azulada y tímida, que brotando de un rostro, en vida deslumbrante de hermosura, se eleva lenta y fantástica hasta la copa funeraria de los cipreses; desciende en raudos vuelos, se detiene en el cáliz de las flores, se aleja y torna, os trae y subyuga, os persigue con el brillo de la ficción. Parece el alma de la muerta escapando a las paredes del sepulcro; os rodea y creéis que os acaricia, disminuye sus destellos y por fin se apaga entre las flores de las tumbas solitarias!

Así es la belleza: fuego fatuo que muere sin prodigar fulgores; fuego fatuo del jardín de la existencia y del paraíso del mar. ¿Qué graba allí el poeta, en la losa de un sencillo monumento?

¿Qué medita luego con gesto sombrío?

¡Ah! Es la tumba de Adolfo Berro.

Sin duda piensa en los astros eclipsados en el cielo americano al penetrar apenas en la región de los plácidos encantos; en los plectros que se enlutaron con los crespones de la prematura muerte, de la temprana tumba, sin dejar en ella siquiera una copa funeraria en qué beber las purísimas aguas de las sagradas inspiraciones!

Sin duda piensa en espíritus como aquél, que brillan aún en la noche del sepulcro ¡cisnes arrobadores cuyo laud suena con el quejumbroso cantar de ultratumba, aves viajeras por los espacios abrasados de

amor, que sólo dejaron en el oriental Pindo el eco melancólico de su última queja!

—Más allá un grupo de jóvenes, a paso lento por la arboleda, se aleja silencioso como buscando una lápida ignarada. Son todas ellas, hermosas y pálidas mujeres: *reinas* de vida airada, que procuran la postrera mansión de una compañera de goces y deleites, en la flor de sus otoños fenecida. En sus manos llevan *bouquets* de rosas y pensamientos: la rígida palidez de sus semblantes resalata con el *negro* de sus vestidos, y sus sonrisas forzadas corroboran la tristeza profunda de sus almas. En vano buscan la solitaria fosa de aquella *Margarita Gauthier*; en vano visitan las humildes cruces de madera: la sepultura no tiene epitafio, no tiene lápida, ni siquiera una flor fúnebre señala el sitio de su descanso sempiterno.

¿Qué fué de aquella alma? Triste mujer! Algún día descolló el esplendor de su belleza, encantando el recinto de las *hadas* sin corazón; algún día en su voluptuosa existencia atrajera la pasión de los hombres con su sonrisa de ángel caído, y encabezara los orgiafantas en noches misteriosas de alguna *Maison-Dorée*. Hoy ninguno encuentra el lugar de sus cenizas.

De igual modo que la diosa de un harem, en el crepúsculo melancólico del estío, la lamfirida vuela en la floresta encantada, iluminando sus amores: gira y caprichosa se columpia en el terso espejo del sereno lago; escóndese en el capullo de las flores, y de repente apagando su momentáneo brillo expira en los zarzales, mientras a miradas reposan sobre ella las fulgurantes lamfírides en silencioso afán y callado vuelo.

IV

El jardín, la estatuaria, las cruces, los panteones, el osario, la huesa abierta por el cólera : ¿todo esto atrae vuestra admiración, muchedumbre brillante? ¿Todo esto no desvanece el pensamiento impío si él existe, o no origina luz en vuestro espíritu? ¿Sólo buscáis la bóveda de la *Rotunda* para aspirar el aire embalsamado, en las graderías que gravitan sobre los huesos de Artigas, hueco mausoleo de formidable recuerdo, en cuyos blandones la imaginación absorta cree ver reflejos siniestros de la coraza de Marte?

¿No miráis más allá?

.....

Pensar que existe un reino de noche eterna, pensar que el alma humana sedienta de vida aun al abandonar el mundo, no halle sino profundísimo vacío de caóticas tinieblas do vaga sin lumbre el genio de maldita nada; pensar en la no existencia más allá de los astros, más allá de los soles y de los océanos de luz; pensar que el hombre fuera materia animada al capricho del acaso, átomo sin destino, concepción sin inmortalidad; pensar que el mañana es el silencio frígido y el absoluto olvido, sin un ambiente de consuelo, sin una centella de justicia, sin una celeste visión, fuera negar a Dios!

La última noche del alma en el mundo, es el arcano velado de un misterio: noche sin astros, noche de brumas desoladoras. El hombre se halla en la penumbra; sus sentidos duermen ya para siempre en el último

grado de la agonía: se hunde el espíritu lentamente en lo insondable, y tal vez flota sobre él la claridad ignota, que en vida y delirante viera el hombre en su sien lucir.

Así en la sombra lúgubre del desierto, perdido el viajero con su camello sediento, vaga incierto: la desesperación ahoga sus bríos y la sed agobia su cuerpo; ninguna luz en las ruinas silenciosas que él no ve, ninguna estrella en el cielo... ni una esperanza en su alma. Marcha desesperado en la sombra: las tinieblas le arrastran y subyugan, el aire candente le sofoca; se detiene al fin y se resigna a morir. Las ansias de la agonía, le permiten aún vislumbrar el primer destello de la alborada, y a su azorada vista, el oasis se descubre!

La muerte es una transición de las tinieblas a la luz. El alma despliega por vez primera sus inmensas alas; la inmensidad de esas alas la remonta a la región de misterio, y domina los astros.

¡Ascensión culminante de profundo secreto!

Dejemos morir a la materia; busquemos más arriba la solución del hondo problema. Dejad el cementerio, buscad el alma del que llorais, identifícaos con ella y vuestra conciencia no temerá las borrascas de la vida ni al misterio terrible del sepulcro.

Noviembre 2 de 1872.

Los últimos momentos de Florencio Sánchez

Sr. don Eduardo B. Anaya. — Montevideo. —
Mi estimado amigo: Me pide usted algunos datos sobre los últimos días del malogrado joven compatriota Florencio Sánchez, arrebatado a la vida y al arte cuando se disponía a conquistar nuevos éxitos duraderos que fuesen seguros de gloria y perpetuidad de su nombre.

A solicitud de varias personas a él estrechamente vinculadas por lazos de sangre, de cariño y admiración, algo escribí desde Italia acerca del dramático episodio, en forma confidencial, por escrúpulos de discreción y reserva.

Ahora que el tiempo transcurrido, único atenuante de los grandes dolores morales ha suavizado la crudeza del hecho infausto, sustituyendo la angustia intensa de los primeros días por una natural resignación en los que lo amaron, no veo inconveniente en satisfacer su noble interés y en dar amplitud a los informes someros que entonces transmití a sus deudos y amigos.

Como aquéllos, los que agregó son de fuente fidedigna, sin que esto excluya de mi parte algún error de detalle, confiado como soy en mi memoria. Las

cartas y telegramas relacionados con el suceso, las conservo en Buenos Aires. El singular Florencio necesita un biógrafo, además de crítico, y estos fugaces apuntes pueden ser de alguna utilidad al que se imponga esa honrosa tarea.

Un día se me presentó en Roma. Desde muy jovencito era mi amigo, me escuchaba y algunas veces me atendía. Yo lo estimaba de verdad y lo alentaba en sus esfuerzos y trabajos literarios. Se sentó con frecuencia a mi mesa. Comía poco; era un decididor muy interesante. Pero en ciertos días lo noté preocupado y mustio.

Pensé entonces en distraerlo, en retemplar su ánimo y encaminarlo a sitios que le produjeran emoción.

Mediaban precedentes graves.

Cuando pasó por Río de Janeiro la dolencia por él olvidada, o mejor dicho, no creída en razón de la edad, de la inexperiencia y acaso, de la obsesión de que uno no ha de morir sino cuando uno quiera — la más mísera de las obsesiones, — esa dolencia mirada por sus ojos grandes e ingenuos, por sus ojos llenos de ansias de conocer, de gozar, de prodigarse, como un malestar pasajero y despreciable, seguía su natural proceso. Lo sacudió, lo amonestó, lo amenazó con la acritud propia de la parca que se apresta a cortar el hilo.

Como Florencio desdeñara las advertencias severas, le sorprendió de improviso un vómito de sangre. No hizo tampoco caso, ni se resolvió a un cambio prudente de costumbres. Repúsose de esa impresión física, limpióse los labios con el dorso de las manos y siguió la vida errante. Parecióle sin duda que su carga de

treinta y cinco años estaba distante de ser destinada al hueco de un ataúd. El ataúd era para los seniles sin una gota de savia y él tenía mucha. De aquella ráfaga de muerte, pues, había que hacer caso omiso, como lo hace el soldado valeroso del plomo que pasa silbando por sus oídos. En tanto que así pensaba, henchido de anhelos, y de pasiones que apenas se encendían voraces, por el auxilio de medios materiales de satisfacerlas, el pobre baciloso no sentía que su organismo, en apariencia fuerte pero en realidad linfático y débil de morbidez ficticia, iba paso tras paso hacia el derrumbe, a poco que una demasía cualquiera acentuara el desequilibrio y las toxinas llevaran su aliento letal al corazón. Ahí estaba ahora en mi presencia, diciéndome con plena confianza a cada paso, que su salud era inmejorable, que nunca se había sentido mejor, y que venía dispuesto a observar, estudiar y a escribir cosas de aliento.

Lo felicité por todo ello, agregando que yo lo ayudaría sin reserva alguna en el sentido de allanarle dificultades que obstasen al logro de sus nobles propósitos y aspiraciones.

Pero, aquellas sus caídas súbitas de espíritu, de vez en cuando, de las que reaccionaba pronto, parecieronme síntomas de un malestar persistente.

Resolví, pues, proporcionarle oportunidades de distraerse y de estimular sus dotes de dramaturgo a fin de inclinarlo a trabajar y producir. Con todo ¡era tan difícil adivinar los gustos y predilecciones de aquel joven lleno de rarezas! Había, no obstante, que ensayar. ¿A qué lugares lo llevaría que exaltaran su mente y lo predispusieran a la inspiración y a la labor estética?

Era un problema.

¿Allí, donde el mar entona durante las noches invernales sus furiosos himnos de espuma y de borrasca que estremecen los peñascos seculares y graban en la arena de las playas el idioma del abismo? No, no era para cautivarle las monotonías de un coro siempre igual de agudos silbidos y las notas de bajo profundo del oleaje turbulento. Otros alicientes necesitaba su espíritu calmoso y adormido. Aquellos espectáculos de la naturaleza en desorden, y aquellos estruendos nunca oídos sino en los dominios del piélago no producían en él más ecos que un fósil caracol marino.

¿Sería entonces allí, donde las ruínas sombrías cuentan a la noche y al silencio la tradición de dos mil años, hirsutas en el espacio, a modo de águilas en esqueleto, de águilas que parecieron tener ocho alas para alzarse ufanas con todos los trofeos del mundo conocido?

¿Allí donde los restos del teatro antiguo, como el teatro de Marcelo, sirven de madriguera a bajos oficios, en el sitio mismo en que se representaban los dramas y tragedias que ningún moderno ha superado?

¿Allí, donde se declamaba el latín de Ovidio, Marcial, de Lucrecio, y solían reproducirse los sonos del platagón y del sistro del alfa de la música griega como una perpetuidad de los tiempos en que los dioses vagaban por la tierra?

No: nada de eso conmovía su espíritu.

Miraba con indiferencia. El escombros, la piedra sucia, la estatua mutilada, símbolos de lo muerto, recuerdos imponentes de una vida anterior, no eran para su vida actual, ni encuadraban en su temperamento,

ni decían a su ánimo taciturno cosas que lo soliviasen por un raptó de admiración o de simple interés, siquiera pasajero.

Acaso, me dije, en las clásicas galerías de lienzos y esculturas maestras; en las gradas del coliseo, — el teatro gigante de las pasiones en masas y de los sacrificios en carne viva —; en el fondo tenebroso de las catacumbas, asilos y osarios de generaciones perseguidas, ciudad subterránea del prestino credo, de los poemas místicos, de los mártires ignorados; en las catedrales y basílicas llenas de prodigiosos monumentos; en los conventos medioevales con aspecto de enormes mausoleos, en cuyos recónditos la vida se arrastra y siente una atmósfera nunca renovada de seis o siete siglos, como si allí la marcha del tiempo siguiera midiéndose con la ampollita de arena; los parques, los paseos, las villas, las campiñas, acaso, pensé, todo esto en conjunto lo sorprenda, lo enajene, lo impresione al menos lo bastante para sustraerlo a su hábitos de existencia errabunda.

Y tenté. Dócil como un niño se dejó llevar a todas partes; dócil escuchó.

Pero si algunas cosas lo suspendieron o asombraron, ninguna observación oportuna hizo, ni un solo comentario. Concluía por encogerse de hombros. Todo eso le fastidiaba. En su rostro, de una palidez amarillenta, ni una línea se contraía. En el palacio Spada, frente a la estatua de Pompeyo, volvió a poco la espalda. En el templo de Vesta encendió un cigarrillo. En el arco de Tito movió la cabeza con levedad y su mirada se perdió somnolienta en los contornos, como

absorbido por algo que estaba lejos de aquellos fantasmas de la vieja historia.

¿Presentía tal vez, que él también comenzaba a ser ruína? Roma le dolía; le dolían los ojos de ver sus ladrillos negros, esos montones en hilera de la vía Apia semejantes a rezagos de un saqueo y de un incendio. A ocasiones una lagartija le producía una impresión de sorpresa y contento y seguía la con la mirada curiosa hasta su escondrijo. Luego se reía como una criatura, más que con la boca, con los ojos. Su mano larga, con todos sus dedos flacos juntos, señalaba la marcha veloz del pequeño saurio a lo largo del vetusto murallón.

En ciertos momentos interrumpía mi verba para hablarme de asuntos muy distintos al del arte monumental antiguo o moderno. Quejábase de lo muy parciales y hostiles que habían sido para con él muchos hombres de su generación, así como de cuán agradecido estaba a algunos que después de haberle negado habían concluido por reconocerle lo único que constituía su orgullo: sus aptitudes para las obras de escena. El drama y la comedia eran la Egeria de su cerebro, y sólo para eso él servía. Entonces me empeñaba yo en consolarle, diciéndole que eso pasaba a todos los que valen por entero, y a los que algo valen. No se concebiría de otro modo dentro de lo humano de la leyenda bíblica de Caín y Abel, ni tendría explicación racional la leyenda histórica de la suerte que cabía a la espiga más alta en el criterio del rey soberbio. Que se resignase por el don de poseer talento superior para decir en el teatro verdades luminosas, y saberlas decir, pues ese era su mayor delito; delito imperdonable

para muchos de los coetáneos porque el principio igualitario manda que nadie sobrepuje a nadie en las repúblicas "bien concertadas", y con especialidad en la república de las letras con ser representativas de los fueros del intelecto, niega todo al intelecto con salirse éste del nivel preestablecido. Para prevenir tales audacias hay academias muy formales y círculos graves de "trusts" literarios que no dan boleto de pasaje al porvenir, aunque de ese recaudo no hayan menester las alas enormes del viajero para acercarse al sol sin derretirse. Que aún cuando el mito de Icaro no sea más que una clásica y honda ironía, los que usan alas de cera se imaginan por el contrario que el mito importa perdurable elogio hacia el esfuerzo por alcanzar la región de luz; siendo por ende los pulmones del águila caudal en comparación...

Aquí volvió Florencio a interrumpirme, para bisbisar, con mirar opaco y sonrisa leve:

—Plumas de pollo embadurnadas en palo de gallinero.

—Algo parecido...

—Por eso quiero empeñarme en producir obras que sobrepujen a las ya hechas, que no sé si lograré. Me apuran en ese sentido, pensando acaso que mi ingenio dará para tanto. "No se atan perros con longanizas..."

Cito este último proverbio viejo, porque le era familiar. No todos los que le rodearon lo comprendieron en su verdadera acepción y alcance.

En realidad, Sánchez poseía el sentido del teatro.

Entre bambalinas, bastidores y escotillones, a telón corrido, era otro hombre, se transfiguraba, re-

vivía para impresiones sólo por él experimentadas. Quedábase como extático observando el ensayo de una pieza bien urdida, o de una larga risa cómica correctamente plasmada, aunque él riera, por otras causas quisiera más bien estar llorando. Complaciase en oír con mucha atención las frases de un duodrama trágico, las que surgen anudadas con el reproche severo y se diluyen en hiel al saltar de los libros; o los ecos de la vida que solloza porque siente que se extingue en plena juventud, sin apercibirse del drama que se repetía sordo con la regularidad de un péndulo en el fondo de su propio organismo carcomido. Con idéntico interés concentraba sus sentidos en observar las cambiantes contorsiones y los visajes de los artistas falsos o verdaderos; si eran apropiadas y oportunas las salidas y entradas por los foros hasta producir el efecto que debían mantener la atención del público sin disgustarlo o aburrirlo; y si la acción en detalle y en conjunto de los personajes correspondía al argumento, a la trama y al desenlace. El palco escénico resumía así al mundo de su espíritu.

No era capaz de hacer lo que el actor, pero sí de inventar, copiar y presentar entidades que pusieran a prueba la habilidad o el talento del intérprete y le diesen fama, y a él renombre. Conocía en una sola prueba al cómico de envergadura, y en un solo gesto al cómico de la legua: inútil para una "pose" personal en las tablas se la enseñaba de maner insuperable a más de uno de sus artistas predilectos. Quería hombres, no simios. No bastaba con imitar; había que interpretar. Y en conseguir esto era muy sueve y paciente, como era sedosa su risa y como era manso y

plácido el mirar de sus ojos pardos. Comprobó su vocación en múltiples esfuerzos felices. Su ingenio explotó con éxito los actos extremos de la existencia desconocida en el ambiente de la altura.

Lecturas fugaces de Nietzsche, o de algunas de sus teorías a través de D'Anunzio, lo incitaron al drama hondo que labró triunfal. "Los derechos de la salud", producto de una emoción vivida, fué una muestra elocuente de aquel pensar profundo que él clareó en la escena con toques magistrales. Dura lex. Por el martirio de su heroína debía pasar él también lejos del hogar, en apartadas tierras, entre muchedumbres extrañas que se agitan indiferentes y no distinguen preeminencias. Un viajero, con ser un iluminado, no es más que una sombra que pasa y se esfuma en el vacío de los egoísmos glaciales que más crudeza de las arenas "que andan" en el desierto verdadero.

Recién llegado a criterio maduro, Sánchez empezaba a presentar ideas de cuerpo entero.

En cuanto a la emoción que debían producir, no había duda; pero como derivativa en él de una sensibilidad moral rudamente castigada. Aquellas ideas eran como imágenes reales del mundo del dolor. Los apremios de la vida bohemia le afligían a medias o no le afligían en la medida que a otros, cuyos cerebros parecen hechos para atender las exigencias del día y nada más. Su facultad de observar le instruyó de causas y de fenómenos complejos, no accesibles "a esos otros", que él llevó a las tablas con rara exactitud, como experimente en cabeza propia. No obstante, más que la desgracia suya, lo inspiraba la desgracia ajena. Se acordaba del pan cuando sentía necesidad. Si hubiese po-

seído dones de aeda habría sido cáustico, pero no filosófico en el fondo y en la forma literaria. Con todo la prosa amarga de su vida fué la prosa de su teatro.

De otro modo, su estilo no llevaría sello personalísimo, porque en él mismo vió y sintió los espasmos y las angustias del conjunto.

A partir de sus planes de futuro, tales como me los confió en la intimidad con resolución y firmeza, me propuse acercarlo a autores entonces en boga, cuyo comercio de ideas podía serle de gran provecho, así como a artistas capaces de encarnar sus principales creaciones dándoles sangre, fuego y realidad palpitante. . .

Mi sabio amigo, el profesor Angelo de Gubernatis, solía celebrar reuniones en su casa, vía Lucrezio Caro, a las que concurrían los más distinguidos hombres de letras; y con este motivo pensé llevar allí a Florencio para ponerlo en relación con dramaturgos selectos que lo alentasen con su habitual gentileza y notoria pericia en el arte.

Y en ello estaba, cuando el huésped desapareció de pronto, inesperada y silenciosamente.

Pasaron días y semanas.

Transcurrieron meses, sin que de él se supiera.

No escribió una carta ni una tarjeta. Ni puso un despacho telegráfico. Tampoco un saludo verbal por algún trashumante, de tantos accesibles que saltan de uno a otro clima siempre amables y contentos.

Llegué a suponer que hubiese caído enfermo a lo largo del camino; de ese camino que él gustaba seguir y en el que al fin se arroja el báculo y el morral por exceso de cansancio, para alzar la voz sin que nadie la escuche aun cuando sea un adiós a la vida.

Sospeché que se hubiese entrado aterido y vacilante en alguno de los vestíbulos de la muerte; es decir, en alguno de esos hospicios que de trecho en trecho con olor a tumbas, suelen hallarse a la orilla de los bosques o en la falda ríscosa de las montañas.

Con esta preocupación, dirigí notas a las legaciones uruguayas de Francia y España, rogando noticias del peregrino. De una y otra se me contestó que nada, absolutamente nada podían decirme de Florencio.

Me aprestaba a pedir datos a Suiza. Pero, una tarde, estando en la mesa con mi familia, me sorprendió el telegrama que el señor cónsul general, Bernardo Callorda, me dirigía de Génova.

En buenos términos, decíame que el joven compatriota había llegado exhausto, lívido el semblante, rojo el labio por la fiebre, la palabra breve y seca, la mano sudorosa, el aspecto desolado. Pedía protección. Se le prestó sin demora. El cónsul buscó a un médico de renombre, informóle de quién era el doliente y encareció su celo científico porque el joven era digno de esas atenciones.

El especialista en males de órganos respiratorios atendió el reclamo. Clavó en el enfermo su ojo clínico. Hízole quitar de las ropas lo suficiente, tomó el pulso al pasar, auscultó, volvióle de espalda, golpeó de arriba a abajo con la yema del índice repetidas veces esperando respuesta cierta a cada llamada; después puso el oído en los locales afectados, y las contestaciones fueron viniendo con la misma tenuidad de las ondas sonoras de un telégrafo sin hilos. Volvió a golpear con el dedo y auscultar.

Luego se apartó y miró al cónsul como si le dijera: "Aquí hay una doble bacteria formidable; en ellas se anega la fórmula de Forlarini: ni nemo-tórax, ni aire seco que valga; los dos pulmones están cribados: sus cavernas tienen millones de microbios".

Pareció decirle; pero de verdad y a solas, le aseguró grave y fríamente: "Doy a este joven ocho días de vida, si permanece en Génova; sin embargo, creo que ésta podría alargársele hasta seis meses, si en el acto se le traslada a un sanatorio de Suiza", que él indicó. Al despedirse, el enfermo lo interrogó con entereza sobre la naturaleza de su mal, añadiendo que le hablase de un modo categórico porque él era todo un hombre. Ante esa actitud estoica, el profesor le contestó diciéndole cuál era su enfermedad, y que le urgía ir a asistirse a las montañas.

El enfermo decayó ante aquella revelación, y dijo estar pronto a partir. Y aquí empieza el épodo de la odisea de Florencio con sus faces terribles, su serie de puntos de dudas y de angustias, sus mareos en tierra firme, sus desencantos y fiebres solemnes hasta la hora final.

El cónsul, de acuerdo conmigo, dispuso de mil quinientas liras para que de ellas hiciera uso Sánchez en tanto yo solicitaba por el cable del gobierno aprobación de esta medida expresando la especialidad y urgencia del caso. El gobierno que, en su tiempo oportuno había entregado en tres giros la suma de mil quinientos pesos oro a Florencio en su carácter de comisionado oficial ante la exposición artística de Roma, accedió en parte a mi pedido, sin pensar tal vez que el mal inexorable arrastraba ya a su víctima al seno de

la nada. En parte, porque el resto de la suma, fué acordada para sus funerales, de que no se dispuso por ser suficiente aquella de que el cónsul le hiciese entrega.

El buen cónsul padecía ese día de un ataque de bronquitis; pero imponiéndose abnegado a su propia dolencia, pidió arreglo de cuentas al dueño del hotel en que moraba Florencio.

El hotelero se había puesto sobre sí. Aquel muerto que andaba podía ser causa de su desastre, apenas la clientela se enterase de los hechos. Exigió precio doble y dijo ser, desde ese momento, triple, si aquel temible huésped no desalojaba en el acto el local. El tolerante cónsul se explayó en razones, hizo el merecido elogio del viajero, e impetró que no se abusara de su precaria situación. Todo era cosa de breves horas. El tren para Suiza salía al siguiente día muy temprano.

Nada!.. Los derechos de la salud se imponían a cualquier convenio; primero estaba el prestigio de la casa, la clientela tenía horror al contagio; mejor era liquidar sin más parlamento. Esto pasaba en un aparte, como en la escena...

Florencio vió pagar en silencio, y se fué. Se fué con su guía. El tosía y su guía también. Maldita tos! Denunciaba de lejos, porque el rumor siniestro se había difundido. Llamóse a otra puerta. El gerente dijo que no había cámara en disponibilidad. El cónsul insistió arguyendo que tan sólo se pretendía un lecho por algunas horas pues el viandante seguiría marcha al amanecer, y que siendo así, se improvisase un dormitorio donde él pudiese ser asistido! Bastó. No existía un rincón libre. Todo el hotel estaba ocupado...

La señora esposa del cónsul se hallaba enferma;

él sufría fuerte ataque a los bronquios; en su casa, donde Florencio pasara gran parte de la tarde, no había comodidad. ¿Qué hacer? Entraron a otro establecimiento. Miradas fijas. Inquietud. Gestos duros y expresivos. Medio saludo y frialdad. Nadie se movía como era de hábito para cargar con el equipaje. Ni un aposento, ni una cama. A causa de ello, la casa se había visto en el caso de rechazar muchos concurrentes en esa tarde. Imposible, pues, atender a la demanda, con gran pesar. Para la guarda del negocio, la higiene ante todo. No dijo esto el mercader, pero se leyó en sus ojos avizores que hurgaban en las entrañas. Los derechos de la salud eran muy respetables!..

¿Adónde ir? Avanzaban las horas. Viajero y guía se sentían fatigados. El aire húmedo comenzaba a producir sus efectos. Maldita tos!

Siguieron sin rumbo fijo en el vehículo de plaza... Nuevas decepciones... Algunas muy crueles, porque el recibimiento fué casi mudo y la despedida grosera.

Detuviéronse por instinto delante de un hospital. Penetraron en su vestíbulo. Ambiente propio de los asilos del dolor. Fisonomías serias, modales sobrios, frases concisas y concretas como un récipe... Ojeadas más filosas que un bisturí... Al fin vino el director. Oyo poco; sus pupilas inquisidoras rehicieron pronto aquella historia de infortunio. Movi6 la cabeza, y dijo que el hospital, por su reglamento, no podía admitir pacientes de enfermedades contagiosas. El 6nsul agot6 los recursos de su dialéctica.

—Bien, repuso el director. Bajo mi responsabilidad daré hospedaje a su amigo, y lo atenderé de inme-

diato, pero a condición de que mañana temprano continúe su marcha para Suiza.

Así se convino. La actitud de aquel hombre de ciencia consoló al uno y serenó al otro. Era una nota simpática en medio de tan amargas atribulaciones. Casi augusta cuando se siente aletear la muerte por encima de la cabeza, y quien la siente es joven y ansía vivir preñado de esperanzas y de ilusiones de gloria. El médico lo atendió solícito esa noche y recomendó el régimen a seguir.

Temprano y acompañado de uno de sus íntimos, venido de Milán, Florencio subió al tren, su último tren de paso por el mundo. El del viaje eterno le esperaba muy cerca, en la sombra y el misterio. Se me informó que fué un trayecto lleno de contrastes rudos, de escenas impresionantes y de fenómenos nerviosos: ora minutos de diálogos amenos y de alegría tranquila, ora ratos de vocablos cortos y sonrisas tristes, de quejas de desalientos, de inquietudes, de silencio fatídico. Impaciencias y caprichos, surgían a cada momento ante el desfile fugaz de cuadros y de paisajes encantadores, o por efectos del mal agudo que devoraba su cuerpo.

Cuatro horas hacía que el vagón rodaba.

Aquellas impaciencias culminaron. El doliente se sentía casi anonadado, sin fuerzas, sin vigor moral. El movimiento le era ya insoportable. Sea por esto, fuera porque Milán le atraía, como centro en donde se había deslizado no poco de sus días de expansión y goce en sociedad pintoresca con autores y actores de toda estirpe; o ya porque la ciudad de suyo estética y artística, le pareciera más grata para su postrer des-

canso que los sanatorios donde se prolonga la agonía en las cumbres y las nieves, decidióse a bajar y se lo manifestó así a su compañero.

Así fué. En tanto él andaba a paso lento hacia el vehículo que debía conducirlo, el mal espantoso seguía galopando. Estos emisarios del abismo marchan siempre de prisa. Al fin, dijo Florencio que lo llevase a la casa denominada "*Fate bene fratelli*", dirigida por hermanas de caridad.

El sabía que en aquella casa no se inquiría qué clase de enfermedad afligía al recién llegado. Las puertas estaban siempre abiertas y los brazos también para las víctimas de la desgracia. Sonrientes recibía y afales cuidaban al desvalido las mujeres de rostro pálido y de mirada absorta.

En Italia yo conocí a algunos de estos seres muy abnegados, ajenos a la hipocresía y a la reserva sospechosa, excepciones entre muchas que se consagraban para desertar después o se disfrazaban para vivir mejor. Les profesaba sincero aprecio y respeto. Estas de que hablo no habían errado tampoco la vocación. Eran útiles a sus semejantes. Jesús había socorrido a los que tenían lepra en el cuerpo y lepra en el alma. Ellas lo imitaban por deber, por caridad, por costumbre del peligro. La llaga que supura y el bronquio que silba lúgubre, el pulmón que resuella y el cáncer que labra en la carne viva con mil garras la sentencia inapelable, eran a juicio de esos espíritus estoicos, naturales accidentes, miserias humanas, para las que existían en todo idioma culto y hasta en el idioma bárbaro las palabras "alivio y consuelo" "*Fate bene...*" Por eso cuando pisaba trémulo los umbrales un vencido cualquiera en

la lucha por la vida, poco importaba que viniese herido de muerte y exhalando efluvios letales. Manos a la obra! Se hará lo que se pueda. El proceso patológico del que sufre no ha de ser óbice a su piedad. No se creía allí que la salud tuviese más derechos que el dolor que grita amparo y clemencia. Y aquellos entes de proezas secretas acogieron amables a Florencio, lo llevaron al lecho y lo asistieron con buena voluntad. El pobre náufrago tenía su morada muy lejos, y ya sin fuerzas, buscaba aquella donde reina la paz y el silencio absoluto.

Ocho días apenas se sostuvo, fluctuando entre la luz y la sombra. Y una de aquellas asistentes de frente adusta y pensativa, atenta a la agonía, recibió su última mirada melancólica, cuando él murmuraba estas palabras: "Quién dijo miedo!"

Esto cogió de sorpresa a los amigos que el enfermo tenía en Roma. Todos le creíamos en el sanatorio suizo, que había indicado como el facultativo genovés. De ahí que, el conocido deceso ya tarde por telegrama del cónsul uruguayo en Milán dirigido primero al de Génova, se hiciese imposible concurrir a los funerales. El desenlace fué rápido, dentro del breve término angustioso previsto por el diagnóstico científico.

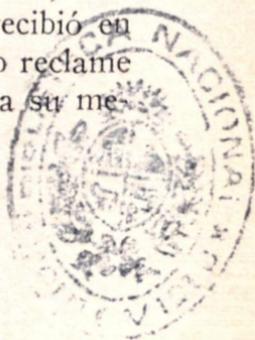
Sin que importe establecer paralelos, Florencio tenía la misma edad de Byron al expirar (treinta y seis años) y un poco de su temperamento en lo psíquico y en lo excéntrico. Al uno no le dió largas la abrasadora fiebre que lo consumió; ni al otro el bacilo que ara sin reposo, y que sin reposo ha de ir consumiéndolo dos tercios del género humano.

No dejó producción nueva alguna, ni una línea

que denunciara el principio de una tarea seria, de la que él sabía acometer con tesón una vez meditado el tema, y urdida la trama con la sagacidad que le era peculiar. Aun cuando él sintiera aletear en su cerebro alguna idea de luz, su índole perezosa le aconsejaba dejar el trabajo de escribirla para otro día. Creía disponer de mucho tiempo del infinito!.. Fué un alma soñadora a su manera; un alma pura en su esencia y rica en inspiración, con envoltura tosca y áspera, como el brillante, como la perla. La hizo él destellar, la hizo lucir. Al principio, con tanteo tímido y con acción ingenua, fijando sus ojos en los rostros de los demás, al igual del niño que teme haber incurrido en un despropósito; después, ante la acogida auspiciosa de mayores triunfos, se dió cuenta entonces de que el brillante era de primera agua. En el último período de su existencia, estaba apenas en el comienzo de sus mañanas de gloria. Era mucho y de esperarse bueno, lo que podía dar de sí.

Pero al permitirse una tregua en la labor intelectual, entendió que ella no excluía el exceso en los placeres; y ya ahito, oyó una voz helada que venía del fondo de su organismo deshecho, y le decía: "De ahí no pasarás". Se derrumbó sin tiempo de protesta, contra aquella iniquidad. La tierra del arte lo recibió en su seno. Bien está allí, hasta tanto su patria lo reclame piadosa y sus coetáneos rindan justo tributo a su memoria.

Rio de Janeiro, II-15-1913.



INDICE

	Págs.
<i>Propósitos</i>	3
<i>Perfil</i> , por Ovidio Fernández Ríos	II
<i>Los Orientales</i> (fragmentos de una leyenda). <i>La Aurora de Libertad</i>	17
<i>Batalla del Sarandí</i>	23
<i>La diosa Razón y el Racionalismo</i> . (Tesis leída en el Club Universitario de Montevideo, en Setiem- bre de 1872)	40
<i>Conceptos sobre religión</i>	5I
<i>Ideales de la poesía americana</i> (Tema laureado en los "Juegos Florales" del "Centro Gallego" de Buenos Aires con un diploma de honor del "Ate- neo del Uruguay", en Octubre de 1884.....	56
<i>Juan Jacobo</i> . Vida errante e ideales de ventura. Romanticismo en acción. Tea de incendio. El ca- ballo blanco.	7I
<i>Diderot</i> . Sistema de tanteo. Dicha positiva. La re- gla científica y el análisis seco. Arador profun- do. El caballo negro.	86
<i>La mujer uruguaya y su educación religiosa</i>	96
<i>A correr sortija</i>	IOI
<i>La civilización americana. Primera Conferencia. Cronistas e Historiadores</i> . Conferencia pronun-	

ciada en el Club Universitario de Montevideo en Mayo en 1873. Sumario: Introducción al estudio de historia americana. Dificultades sucesivas de la investigación de la verdad. Espíritu de la ciencia moderna. Cronistas del Descubrimiento. Historiadores de la Conquista. Deficiencia de sus datos y apuntes para la elaboración de la historia razonada. Solís, Clavijero, Benaducci, Lorenzana. Gomara y Herrera. Las Investigaciones Filosóficas de Mr. Paw sobre las razas indígenas. El Dr. Robertson y su Historia de América. Un auto de fe de Zamarraga. Dos grandes imperios reúnen los elementos imperfectos de la civilización primitiva. Crítica europea sobre la cultura americana. Ginés de Sepúlveda. Consideraciones generales

118

El Descubrimiento y la Conquista. Segunda Conferencia. Sumario: Objeto de esta Conferencia. Hechos de que se compone la Civilización. Descubrimiento del Nuevo Mundo. Esclarecimiento de ciertos actos de los Reyes Católicos. Antagonismos y rivalidades nacionales. Cristóbal Colón y sus arbitrariedades. Carácter de los aventureros de la Conquista. Justicia de algunas acusaciones graves dirigidas por los escritores contemporáneos a los dominadores. Pizarro y Cortés. Sumisión de las razas. La propaganda religiosa, su rápida influencia y sus resultados funestos. Protestas severas del libre examen. Juicio de Leibnitz

130

Orígenes Históricos. Tercera Conferencia. Suma-

rio: Resumen de las anteriores Conferencias. Antigüedad de América. Primera hipótesis: Las Arias y sus peregrinaciones. Segunda: Cautividad de Samaria y dispersión de las tribus de Israel. Fragilidad de este argumento. Tercera: Emigración de colonias africanas y su llegada al Nuevo Mundo. Errores fundamentales de esta teoría. Cuarta: Invasión de las tribus, cien años antes de Jesucristo. Inexactitud de esta versión. Diversidad de lenguaje. La población de América es aborígen? Anales de Méjico. Tradiciones del Perú	150
La Cueva del Tigre	165
El molino del Galgo	174
<i>Sarandí</i> . 1825. 12 de Octubre. 1901	189
Día de Difuntos	196
<i>Los últimos momentos de Florencio Sánchez</i>	206

